



Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

MODULO XII "SOCIOLOGÍA Y SOCIEDAD"
Trimestre: 22-P

Asesor:
Dr. Jorge E. Brenna Becerril

EL SUICIDIO DE INTELLECTUALES COMO REACCIÓN
CONTRACULTURAL ANTE LA CRISIS DE LA CULTURA MODERNA

Calzada Martínez Rodrigo. Matrícula:2183086233
Sanchez Luis Beatriz. Matrícula: 2182021649

Fecha: 28 de septiembre de 2022

ÍNDICE

Introducción	3
Planteamiento del problema	4
Justificación	5
Pregunta general:	6
Preguntas específicas:.....	6
Objetivo general.....	6
Objetivos específicos:.....	6
Hipótesis.....	7
Metodología.....	8
Marco conceptual	10
Suicidio	10
Intelectual	13
Modernidad	15
Crisis	15
Contracultura.....	16
CAPÍTULO I	17
NATURALEZA SOCIOCULTURAL DEL SUICIDIO EN LA SOCIEDAD MODERNA Y SU CRISIS.....	17
1.1 La muerte ¿el principio o el fin?	17
1.2 El suicidio de la edad antigua a la edad moderna.....	21
1.2.1 El suicidio en la antigua Grecia	21
1.2.2 El suicidio en la Edad Media	24
1.2.3 El Suicidio en la era moderna	30
1.3 La taxonomía del suicidio	36
1.3.1 Suicidio estoico.....	36
1.3.2 El suicidio metafísico.....	37
1.3.3 El suicidio nihilista.....	38
1.3.4 El suicidio absurdo	39
1.3.5 El suicidio soberano	39
1.4 El malestar de la cultura moderna.....	40
CAPÍTULO 2.....	44

EL INTELLECTUAL (Y EL ARTISTA) COMO PROTAGONISTA DE PRÁCTICAS SUICIDAS EN LA ERA MODERNA	44
2.1 Espacios de la modernidad: escenarios de suicidios	44
2.2 El bosquejo de los espacios suicidas en durkheim	49
2.3 La épica del suicidio en la modernidad	52
2.3.1 El suicidado por la sociedad: Van Gogh	52
2.3.2 El desencanto de una vida: Woolf	53
2.3.3 Walter Benjamín perseguido por la muerte	56
2.3.4 Vivir con la muerte	58
2.3.5 La muerte Yukio Mishima como crítica a los valores actuales	60
2.4 Las variables del suicidio: contextos y circunstancias	62
2.4.1 El suicidio y los momentos modernos de inflexión	63
CAPÍTULO 3	66
EN TORNO AL SUICIDIO INTELLECTUAL: ESTIGMATIZACION O ROMANTIZACION DE LAS PRÁCTICAS	66
3.1 La percepción del intelectual ante la modernidad	66
3.2 Diálogos ficcionales	67
3.2.1 Van Gogh y la sociedad	67
3.2.2 Virginia Woolf dentro de una modernidad irracional	72
3.2.3 Ernest Hemingway una lucha contra la modernidad	76
3.2.4 Yukio Mishima: la melancolía del último samurái	78
3.3 El suicidio como instrumento contracultural ante el desencanto moderno	86
3.4 Los dilemas del suicida como falta de respuesta de la modernidad	91
Conclusiones: hallazgos y resultados	101
Bibliografías	104

Palabras clave: Suicidio, modernidad, crisis, estigmatización, romantización, cultura y contracultura.

Introducción

La presente investigación tiene el objetivo de conocer las variables socioculturales que intervienen en las decisiones de los sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y los efectos tienen en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que estigmatizan o romantizan al suicidio en la época moderna. En un escenario donde la muerte por suicidios día con día va más en aumento resulta importante cuestionarse el por qué son cada vez más las personas que deciden terminar con su vida, así como vale la pena preguntarse qué impacto tiene este fenómeno en las sociedades y cómo es interpretado por estas.

Esta investigación gira en torno al suicidio desde una visión sociológica en la que ha sido fundamental una exploración interdisciplinaria capaz de bosquejar una diversidad de variables (más allá de una visión religiosa o psicología) que ayuden a la comprensión de este fenómeno que actualmente se presenta como un problema social que poco a poco ha ido cobrando relevancia en los estudios de las esferas académicas e intelectuales.

No se puede explicar un fenómeno sin una indagación histórica, en un inicio el suicidio fue explicado como un fenómeno moral (teológico) o psicológico y que más adelante con la llegada y el desarrollo de las ciencias sociales transitarían a una explicación cuyas variables centrales fueron lo social o lo cultural. Por lo cual, la presente investigación se ha dispuesto de una estructura que consiste en tres capítulos cuyo objetivo es abordar diferentes aspectos del problema.

Así, el primer capítulo contiene el abordaje, análisis y discusión histórica en torno al suicidio a fin de crear una taxonomía robusta del mismo. El segundo capítulo, se centra en la era moderna, con el fin de describir los eventos históricos en los que se ha presentado un alza de actos suicidas en el sector intelectual. Por último, se exponen los efectos de una normalización, de la estigmatización y de la romantización de los actos de suicidio de intelectuales y que nos presentan uno de los dilemas que nos trae la modernidad con respecto al tema. Es así que este trabajo tiene como fin explicar al

suicidio en la modernidad (no como un acto aislado y autónomo del propio sujeto, sino como el resultado de interacciones interpersonales y aspectos externos a la persona), describiendo cómo dicho acto se ha ido transformando, gracias a los contextos sociales, culturales, filosóficos y económicos.

Planteamiento del problema

A lo largo de la historia del hombre, el fenómeno del suicidio ha tenido diversas interpretaciones, las cuales están impregnadas de tabúes que provocan que dicho acto sea juzgado, perseguido y condenado, o, por el contrario, que sea glorificado. Lo cierto es que el suicidio no ha tenido mayor relevancia en los temas de investigación, por lo que recae en un sesgo explicativo, ya que son mayoritarios los estudios de corte teológicos, psicológicos, biológicos y genéticos.

Que de cierta forma han influido directamente para crear prejuicios que lo etiqueten como mera decisión de personas débiles, enfermas, ignorantes y miserables. Aunque, el suicidio no solo responde a una decisión individual, sino que está influenciado por las interacciones y experiencias que se viven dentro del entorno cultural y social. Ocasionando que este fenómeno no sólo deba ser explicado por las ciencias anteriormente mencionadas, sino que debe abordarse desde una visión sociológica, ya que la decisión de acabar con su vida está íntimamente relacionada con las experiencias que el sujeto enfrenta a diario.

Ahora bien, en la actualidad el pragmatismo de la modernidad ha generado que el concepto de suicidio se incruste en la normalización (estigmatización o romanización) representando una salida al “escenario de incertidumbre [...que nada asegura] y la muerte es el único remedio a la desesperación; es entonces cuando un arma es el único amigo, el único consuelo que le queda así al [...incomprendido] **(Pavese citado por Macho 2021, p. 30)**. Aquel incomprendido (el intelectual) no logra adaptarse a las reglas de juego que alienan a los sujetos a la efimeridad y la competencia, de tal forma que su suicidio no solo es la válvula de escape ante una realidad que aprisiona al individuo y lo condiciona para poder ser parte de la sociedad, sino que también, se vuelve una forma de rebelión ante las reglas impuestas culturalmente.

Justificación

El suicidio en la actualidad representa un problema social, en muchos países está catalogado como un problema de salud pública y los índices de muerte por suicidio van cada vez más en aumento, según cifras de la Organización Mundial de la Salud cada año alrededor de 703, 000 personas se suicidan **(OMS, 2021)**. Esto nos indica que, aunque las sociedades son cambiantes a través del tiempo y los contextos, el suicidio sigue siendo la expresión más lamentable de las dolencias que aquejan a las sociedades actuales, aun así, es “un acto subrepticio, rodeado de tabúes y es probable que no se reconozca, se clasifique erróneamente o se oculte de forma deliberada” **(Hernández et. al, 2012)**. Sin embargo, muchas investigaciones sobre el tema son de corte psicológico, biológico o genético y poco se ha tratado desde la dimensión social, provocando que la explicación de dicho fenómeno presente sesgo o vacíos que no permitan comprender la verdadera complejidad del tema. **Hernández et. al. (2012)** expone que los “actos que en ocasiones un individuo lleva a cabo, y que a simple vista expresan una decisión personal, son en realidad consecuencia y prolongación de un estado social que el individuo experimenta en su interacción con la sociedad” (s/p).

Por lo cual es necesario ver el suicidio como fenómeno social, universal, atemporal que es impulsado por diversos procesos culturales y sociales. Como se ha dicho antes el suicidio a simple vista parecer ser una decisión individual, en cambio, es necesario verlo desde un enfoque social debido a que hay factores intersubjetivos dentro de este campo a los cuales se les debe prestar atención, ya que inciden en la decisión de la persona. En este sentido los datos obtenidos en esta investigación, a través del análisis correlacional entre las variables fundamentales propuestas, brindan un entendimiento que procura generar reflexiones y discusiones sobre el suicidio de sectores intelectuales y los efectos que estos actos tienen en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que normalizan (estigmatizan o romantizan) el suicidio en la época moderna.

Pregunta general:

¿Cuáles son las variables socioculturales que intervienen en las decisiones de sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y los efectos que estos actos tienen en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que normalizan (estigmatizan o romantizan) el suicidio en la época moderna?

Preguntas específicas:

- ¿Cuál es la naturaleza social y cultural del suicidio en las diferentes épocas históricas, partiendo de la modernidad?
- ¿Cuáles son aquellos eventos históricos en los que se ha presentado un alza de actos suicidas entre los sectores artísticos e intelectuales en la época moderna?
- ¿Qué efectos tiene la normalización de los actos de suicidio de artistas e intelectuales en la sociedad con respecto a las actitudes, creencias y prácticas culturales?

Objetivo general

Conocer las variables socioculturales que intervienen en las decisiones de sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y los efectos que estos actos tienen – buscados o no—en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que normalizan (estigmatizan o romantizan) el suicidio en la época moderna.

Objetivos específicos:

- Conocer es la naturaleza social y cultural del suicidio en las diferentes épocas históricas, partiendo de la modernidad
- Describir los eventos históricos en los que se ha presentado un alza de actos suicidas entre los sectores intelectuales en la época moderna

- Exponer los efectos que tiene la normalización de los actos de suicidio de intelectuales en la sociedad con respecto a las actitudes, creencias y prácticas culturales.

Hipótesis

El suicidio de los sectores intelectuales se presenta como un acto de completa lucidez y libertad, en donde el sujeto toma la decisión de acabar con la vida que lleva porque esta se convierte en una prisión de la que necesita librarse. La crisis de la vida moderna provoca que el suicidio se vuelva una reacción contracultural ante una realidad en la que la persona no se siente comprendido o bien es incapaz aceptar o adaptarse. Sin embargo, el suicidio de los sectores intelectuales causa un impacto dentro de las representaciones colectivas detonando juicios estigmatizantes o romantizadores del acto en sí.

Metodología

Este apartado es la estructura sistemática para la recolección, ordenamiento y análisis de la información, que permite la interpretación de los resultados en función del problema que se investiga. En palabras de **Balestrini (2020)** “el marco metodológico es la instancia referida a los métodos, las diversas reglas, registros, técnicas y protocolos con los cuales una teoría y su método calculan las magnitudes de lo real” (p.125). Es así como en este apartado se bosqueja el diseño de la investigación que guiarán nuestro trabajo de campo.

Ahora bien, dado que el objetivo de esta investigación es conocer las variables socioculturales que intervienen en las decisiones de sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y los efectos que estos actos tienen –buscados o no—en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que estigmatizan o romantizan el suicidio en la época moderna. Se recurrirá a un diseño no experimental que según **Tafur (2014)**, son estudios que no controlan variables. Dicha investigación se abordará desde un diseño longitudinal, ya que procederemos a observar y recolectar los datos en diferentes intervalos de tiempo.

Debido a que el tema de investigación tiene un sustento teórico suficiente se procederá a realizar una investigación de tipo descriptivo para conocer a detalle las estrategias sociales y culturales que intervienen en las decisiones de sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y como estas influyen en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que estigmatizan o romantizan el suicidio en la época moderna.

De igual forma el presente trabajo será diseñado bajo el planteamiento metodológico de enfoque cualitativo, ya que, este es el que mejor se adapta a las características y necesidades de la investigación, para esta investigación creemos primordial observar la realidad, tal cual la perciben los intelectuales que decidieron acabar con su vida. Por lo cual, esta investigación se rigió por la metodología heredada de la Escuela de los Annales, que busca en un primer momento todos los

posibles indicios sobre algún hecho histórico y aquellos que no pueden ser rastreados pueden ser dibujados por el investigador. **(Duby, 2013)**.

De ahí que nuestra población objetiva son intelectuales que han cometido suicidio en las diversas etapas de la modernidad. De dicha población se obtendrá un muestreo no probabilístico en donde se seleccionen algunos casos por cada etapa; esto con el fin de generalizar los hallazgos en un todo. Para lograr lo anterior, optamos por la etnografía como técnica de recolección de datos, ya que "constituye un método de investigación útil en la identificación, análisis y solución de múltiples problemas". Es así que con este proceso podremos adentrarnos a las situaciones que intervienen en las decisiones de sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y los efectos que estos actos tienen en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que estigmatizan o romantizan el suicidio en la época moderna

De dicha técnica se optó por un instrumento de recolección de información que tiene como fin el sintetizar en sí toda labor de la investigación, resumiendo datos que correspondan con indicadores usados en las variables. Es así que nos proponemos trabajar con un método documental, ya que estos son desde hace años una de las principales maneras de investigación cualitativa. Dicha recolección de datos será estructurada en manera de entrevista ficticia por medio de un método historiográfico de la escuela de los Annales, puesto que nos permitirá crear una narrativa ciertos hechos de históricos vistos desde otros campos de estudios. Esto con el fin de conocer las variables socioculturales que intervienen en las decisiones de sectores intelectuales para cometer actos suicidas

Marco conceptual

Suicidio

Para abordar el fenómeno del suicidio es necesario abordarlo desde diversas perspectivas, siendo necesario el sumergirnos dentro de una visión interdisciplinaria la cual sea capaz de mostrarnos el mayor número de aristas dentro del fenómeno. Comencemos abordando el fenómeno del suicidio desde la filosofía estoica, se aborda como un acto impregnado de racionalidad. En palabras de **Boeri (2002)** “el suicidio puede, en ciertas circunstancias, no solo ser un acto perfectamente irracional, sino también el más racional de todos.” (p.22).

Es justo este pensamiento de suicidio el que da pie a la idea de que el suicidio puede considerarse un acto correcto y razonable con el cual se puede optar, siempre que su ejecución contribuya a preservar los valores salvando su vida, perdiendo la misma. El representante más célebre de dicha corriente es **Seneca** “en cualquier esclavitud o forma de sometimiento, [...] el suicidio se presenta como una vía hacia la libertad” (citado por **Boeri, 2002, p.26**). Por otro lado, el suicidio metafísico según **Sciacca (1960)** “manifiesta la exigencia, compleja y profunda de querer ser Todo con la muerte voluntaria, dada la imposibilidad de serlo aceptando la vida en todas sus dimensiones.” (p.229). En otras palabras, este tipo de suicidio tiene como fin el trascender dejando a un lado la vida, para ser sustituido por el ser y su libertad, es decir que antes de que me quiten mi ser yo decido quitarme la vida. En palabras de **Sciacca (1960)**

Aquí no se trata para nada de aceptar el destino del hombre (la muerte) transformándolo así en un acto de libertad [...] sino de conquistar la libertad interior, de cometer el suicidio cuando se presenta, en determinadas circunstancias una necesidad moral, para lo cual el acto exterior del suicidio mismo se vuelve un hecho secundario, y solamente el medio necesario para la realización de un fin que no es la muerte querida. (p.230).

Así que, el suicidio metafísico es ocasionado cuando el individuo tiene, según él, algo más importante que la vida, los cuales trascienden de este mundo a favor de sus ideales que promulgo durante su vida.

Otra corriente que aborda el fenómeno del suicidio es la nihilista y aunque no describe un tipo de suicidio como tal, hemos optado en abordar estos pensamientos y conceptualizarlos dentro de lo que nosotros denominamos suicidio nihilista, ya que su visión acerca del suicidio su vuelve una pieza fundamental para abordar el suicidio de intelectuales, que ven a la muerte como una válvula de escape. Dicho acto tiene como objetivo morir a tiempo, evitando la vejez, la decrepitud o una vida vergonzosa, pues, según esta corriente para tener gloria se deben despedir a tiempo de los honores y ejercer el difícil arte de retirarse con oportunidad. **(Kerkhoff, 1978)**. En otras palabras, este tipo de suicidio no se ve como una salida fácil, sino que el nihilismo propone pensar al suicidio más que como un acto como una forma de pensar. En palabras de **Cioran (2010)**:

La idea del suicidio me habría matado desde siempre ¿Qué quería decir? Que la vida es soportable tan solo con la idea de que podemos abandonarla cuando queramos. Depende de nuestra voluntad. Es pensamiento, en lugar de ser desvitalizador, deprimente, es un pensamiento exaltante. En el fondo nos vemos arrojados a este universo sin saber por qué. No hay razón alguna para que estemos aquí. Pero la idea de que podemos triunfar sobre la vida, de que la tenemos en nuestras manos, de que podemos abandonar el espectáculo cuando queramos, es una idea exaltante. [...] No necesitamos matarnos. Necesitamos saber que podemos matarnos. Esa idea es exaltante. Te permite soportarlo todo” (pp.72-73).

Es justo la idea del suicidio nihilista la que da al fenómeno un semblante de dinamismo, ya que el suicidio se vuelve una llave para la libertad. El mismo **Nietzsche (2014)** aborda un poco de esto en su libro *Así habló Zaratustra* donde escribe sobre la muerte libre lo siguiente “Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña esta doctrina: «¡Muere a tiempo!»” **(p.43)**. Dicha idea fue desarrollando por nihilistas posteriores entre los que se encuentran Cioran

quien sostiene que la idea del suicidio nutre el hecho de vivir, debido a que saber que puede suicidarse acaba de tajo con el absurdo de vivir. Es esta idea la que vuelve la vida exaltante; fijémonos que habla continuamente de la idea no de la necesidad de ejecutarla. Que nuestra conciencia albergue la idea del suicidio como algo que depende totalmente de nuestra voluntad nos permite vivir con cierta ligereza. Como si al no sentirnos atados irremediabilmente a la vida, sino en el punto adecuado para culminarla, nos resultará sarcástico y nos permitiera incluso reírnos del hecho mismo de vivir.

El siguiente tipo de suicidio tiene como nombre el absurdo el cual consiste en la evasión a la vida que se vive y la esperanza latente de otra vida “que hay que *merecer*, o engaño de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima, le da un sentido y la traiciona” (**Camus, 2005, p. 7**). Este tipo de suicidio nace de la inconformidad que se tiene por la vida que se vive, generando una desilusión de la vida en donde ya no se encuentra las herramientas que pueden darle un significado, volviéndose así un suplicio a la existencia. Cabe decir que dichas concepciones están ancladas a visiones más filosóficas, las cuales no tratan de erradicar dicho fenómeno, sino que estos estudios tienen como fin generar una explicación de dicho hecho lo más fehaciente posible, sin caer en los estereotipos que dicho acto puede crear. Ahora bien, desde la visión sociológica el tema del suicidio ha sido abordando con una visión más estructuralista, ya que esta crea una tipología del suicidio desde una visión social en donde ciertas variables influyen en la toma de decisiones.

Es justo por esto que Durkheim dice que el suicidio se debe entender como “todo caso de muerte que resulte directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, realizado por la víctima misma, siendo que esta sabía que debía producir ese resultado” (**Durkheim, 2004, p.5**). No obstante, este concepto se queda corto, ya que el mismo Durkheim genera una tipificación, la cual a continuación pasaremos a mencionar. El primer tipo de suicidio es el altruista el cual es provocado por “una individuación excesiva conduce al suicidio, una individuación insuficiente produce los mismos efectos. Cuando un hombre está separado de la sociedad, se mata fácilmente, y también se mata cuando está fuertemente integrado” (**Durkheim, citado por Neira, 2018, p. 142**). Este suicidio se genera por una gran o nula integración de las personas en la sociedad provocando que se vea primero por el interés de la sociedad a costa del interés propio.

El segundo tipo de suicidios es el denominado egoísta, este “depende del grado de integración de los grupos sociales de los cuales forma parte el individuo [...] Si es conviene en llamar egoísmo a este estado en el que el yo individual se afirma con exceso frente al yo social y a costas de este último, podemos dar el nombre de egoísta al tipo particular de suicidio que resulta de una individuación desmesurada” **(Neira, 2018, p. 142)**. En otras palabras, el suicidio egoísta se da en personas desvinculadas de la sociedad, que solo piensan en un bien propio.

El tercero se denomina suicidio anómico y se refiere a un estado de desajuste o crisis, el cual “surge cuando la sociedad está alterada, sea por motivos dolorosos o felices [...] es entonces que se produce un alza brusca de suicidios y un estado de desajuste o de anomia en que las pasiones no pueden ser disciplinadas **(Neira, 2018 p. 142)**. El cuarto tipo de suicidio Durkheim lo denomina fatalista y se refiere “al momento en el que la sociedad oprime tanto al individuo que el único método de escape que encuentra es el suicidio.” Este tipo de suicidio se da en sociedades muy cerradas que tienen interacciones internas tan fuertes que acaban oprimiendo al individuo al punto de no tener otra opción más que el suicidio.

El último tipo de suicidio se denomina heroico, es acto consciente y voluntario, es decir se trata de un suicidio soberano e intencionado, no patológico y que finalmente es posible por una condición social objetiva. Consiste en un ataque violento planeado de tal manera que la muerte de los agresores sea estrictamente esencial para el éxito de la acción **(Neira, 2018, p. 147-148)**.

Intelectual

En la actualidad existe una gran diversidad de estudios que vislumbran las capacidades y habilidades que tienen los denominados intelectuales. Estas características son denominadas por **Edvinsson & Sullivan (1996)** como “conocimiento que puede ser convertido en beneficio en el futuro y que se encuentra formado por recursos [...] tales como las ideas, los inventos, las tecnologías, los programas informáticos, los diseños y los procesos.” **(pp. 356-364)**. En otras palabras, el capital intelectual son todos aquellos

atributos que el individuo obtiene por algún tipo de capital¹. Por lo cual cuando nos referimos al intelectual, debemos denominarlo como un ser esencialmente solitario, desconectado de la burguesía y del proletariado, y abocado a una búsqueda personal, de carácter dialéctico que le remite al mundo (al exterior) y a sí mismo (a su interior). **(Pecourt, 2016, pp.344-345).**

Aunado a esto podemos abordar a los intelectuales desde la perspectiva de **Sherwood (1992)**, quien sostiene que el intelectual necesita de dos características fundamentales, la primera son las invenciones y expresiones creativas; mientras que la segunda propiedad consiste en la disposición pública a otorgar el carácter de propiedad a esas invenciones y expresiones. En otras palabras, podemos decir que un intelectual es un sujeto que tiene un dominio sobre sus creaciones provocando que este sea un hombre de retórica y ecuanimidad.

Sin embargo, dentro de un contexto moderno dicha concepción cambia y siguiendo a Foucault:

El intelectual decía la verdad a los que todavía no la veían y en nombre de los que no podían decirla: conciencia y elocuencia [...] El papel del intelectual ya no consiste en colocarse 'un poco adelante o al lado' para decir la verdad muda de todos; más bien consiste en luchar contra las formas de poder allí donde es a la vez su objeto e instrumento: en el orden del 'saber', de la 'verdad', de la 'conciencia', del 'discurso'. Por ello, la teoría no expresará, no traducirá, no aplicará una práctica, es una práctica. (Foucault, 1988, p.9).

En otras palabras, el intelectual ya no ofrece innovación y creatividad, sino que ahora pregona una forma conducirse bajo criterios prácticos, es decir solo juzgará la verdad con base en la praxis. Generando así verdades que solo vean lo que es más conveniente de acuerdo a las circunstancias.

¹ Dentro de un campo hay una “fuerza” o una “energía de la física social” a la que Bourdieu denominó capital y con la que hace alusión a los bienes materiales y simbólicos. Existen tantas formas de capitales como campos y de hecho el capital funciona en relación con un campo; a su vez, los capitales están interconectados, pero funcionan de forma independiente y pueden transformarse o devenir en otro tipo de capital.

Modernidad

Para el concepto de modernidad existe vasta diversidad de definiciones, en algunos casos encontramos a la modernidad definida como un periodo de tiempo, es decir, una etapa histórica con origen en occidente y que más adelante tuvo efectos que repercutieron en todo el mundo, pero aún se discute la extensión que dicho periodo puede tener.

Otras definiciones presentan a la modernidad como un proceso orientado a promover la razón, el progreso y la libertad, o bien el ejercicio de la soberanía sobre la naturaleza, la sociedad, gracias a la ciencia y a la tecnología. como también es posible hallar acepciones que reducen el concepto de modernidad a “la ruptura de todo lazo con el patrimonio”, “el cambio”, “la búsqueda de lo nuevo”, “el destierro de la religión o aniquilamiento de la sacralidad” “la democracia”, “los derechos humanos”, entre otros.

Jorge E. Brenna (2010) escribe en su artículo *La sociología líquida de Zygmunt Bauman* que la modernidad “siempre ha supuesto complejidad, contradicción, paradoja incertidumbre y nostalgia de lo perdido –la certidumbre– (p.16) Lo cierto es que la modernidad significa muchas cosas, sin embargo, una constante que aparece a la hora de definir este concepto es que este toma la forma de una “criatura histórica con poderes sobrenaturales, capaz de disponer del destino de seres y cosas como si se tratase de un Dios omnipotente cuya voluntad es irrevocable” (**Abderrahmane, 2011**).

Crisis

Las crisis son “un momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema, un cambio cualitativo en sentido positivo o negativo, una vuelta sorpresiva y a veces hasta violenta y no esperada en el modelo normal según el cual se desarrollan las interacciones dentro del sistema en examen.” (**Bobbio, et al. (2007, p.391)**). Por lo tanto, podemos decir que las crisis pueden ser económicas, sociales, culturales y simbólicas provocadas por inflexiones significativas, por lo cual creemos necesario abordar estos tipos de crisis, con el fin de tener un amplio panorama del concepto de crisis.

Comenzamos bien, abordando la crisis social que según **Grimson (2018)**, están asociadas a la caída de indicadores como el desempleo y aumento de otros indicadores

como la pobreza. También puede estar vinculada al nivel de conflictividad de una determinada sociedad o Estado. En otras palabras, podemos decir que este tipo de crisis surgen por la destrucción de los preceptos sociales, afectando así las condiciones de vida de una persona.

El segundo tipo de crisis es el económico que básicamente con el sentido de una situación compleja y contradictoria, que necesariamente es una «inflación», «estancamiento» o «recesión», sino que este tipo de crisis es el producto de una combinación de una serie de causas y efectos de las que desencadenan en problemas e intereses en conflicto. **(Bauman & Bordoni 2016)**. Por lo cual esta crisis es una inflexión en la que los problemas e intereses entran en conflicto provocando una escasez en la producción y consumo.

La crisis cultural es la pérdida de la fe, de aquello que la caracteriza como tal y que supone la condición de posibilidad de una humanidad plena: la razón. **(Husserl citado por Diaz, 1999)**. En otras palabras, esta crisis surge cuando los sujetos generan lo que Simmel denomina una tragedia cultural, la cual consiste en la nula asimilación de los sujetos a mecanismos de una cultura objetiva provocando un malestar de la cultura que se caracteriza por el antagonismo entre las necesidades pulsionales del ser humano y las restricciones que la cultura les impone. **(Brenna, 2009)**

Por último, tenemos a la crisis simbólica, la cual va de la mano con la crisis cultural, ya que este consiste en la desacralización de nuestras sociedades actuales, la desviación del imaginario y de la función simbólica han cortado al hombre moderno sus raíces, su identidad y lo han sumergido en un profundo desorden metafísico a causa de la pérdida de sentido. (Schwarz, 2017)

Contracultura

Es todo aquello que se opone a toda forma de convención social o de conservadurismo, a todo lo establecido que permanece inmutable o incambiable” **(Villarreal, 2000, p.23)**. Aunado a esto **Bennett (2001)**, menciona que la contracultura debe entenderse como una desilusión de la época que se transforma en la falta de deseo de no querer formar parte de la máquina de la sociedad.

CAPÍTULO I

NATURALEZA SOCIOCULTURAL DEL SUICIDIO EN LA SOCIEDAD MODERNA Y SU CRISIS

Antes de analizar el suicidio, se vuelve necesario sumergirnos brevemente en el tema de la muerte, con el fin de dar una aproximación a como este era comprendido en las tres etapas históricas que aborda este primer capítulo y en como influyó íntimamente a la noción que se tenía del suicidio. Por lo cual, se pasará a describir brevemente las concepciones de la muerte en la antigüedad, partiendo de Grecia Antigua hasta la Modernidad.

1.1 La muerte ¿el principio o el fin?

Todo cambia, hasta la muerte, esto referido a que se ha reformulado su significado con el paso del tiempo: **Jacques Derrida (1998)** habla de una *cultura de la muerte* y explica que “no hay cultura sin culto a los antepasados, sin ritualización del duelo y del sacrificio, sin lugares y modos institucionales de sepultura [...] toda cultura significa un tratado o un tratamiento de la muerte, cada una de ellas trata del sin según sus diferentes repartos” **(p. 77-78)**.

Durante el periodo clásico de la filosofía griega (siglos V y IV), la muerte en Atenas era comprendida como una transición donde el alma se desprendía de un cuerpo finito, por lo cual para los griegos se volvía necesario el llevar una vida pura, para trascender a lo infinito a la hora de dejar el cuerpo. Esta forma de ver a la muerte como una transición del alma, la podemos ver dentro de las ideas de Platón y Sócrates quienes sostenían que la muerte debe entenderse como una aventura, pues es la transición del alma hacia otro cuerpo. Por lo cual, aquel que vea a la muerte como algo sobrio o malo, no podría trascender a un alma pura, por qué cuando un hombre se aterra y huye de la muerte, no ama su sabiduría y solo busca que perdure su cuerpo. **(Platón, 2010)**. Por ello, las personas buscaban el llevar una vida pura, para que, a la hora de morir, el alma trascendiera con pureza. En palabras de Sócrates, el hombre “trabaja durante su vida [...] para prepararse a la muerte; y siendo esto así, sería ridículo que después de haber

proseguido sin tregua este único fin, recelasen y temiesen, cuando se les presenta la muerte.” (Platón, 2010, p. 29). En síntesis, podemos decir que para la Antigua Grecia la muerte era vista como una transición donde el alma infinita se desprendía del cuerpo finito, y era necesario que mientras se estuviera en el cuerpo se optará por llevar una vida que purificará el alma para la eternidad.

Ahora bien, durante la Edad Media (siglo V y el XV) desde la perspectiva de la cultura occidental, para ser más preciso desde la visión cristiana, donde la transmisión de la doctrina era primordialmente a través de las formas e imágenes (arte figurativo), ya que pocos eran los que podían leer o escribir en latín. En otras palabras, el pensamiento medieval de la vida o la muerte se encontraba subordinado a las figuras. **Dias Angelo De Sousa (2018)** escribe lo siguiente:

Para esa mentalidad [Medieval], el cielo, el infierno y la tierra de los vivos eran esferas interconectadas, casi sobrepuestas. El límite entre esos mundos era poco ‘visible’ o palpable. Para el hombre medieval, así como para los hombres de la Antigüedad, el espacio físico considerado en su totalidad es siempre la objetivación del espacio espiritual. Y en ese espacio, la manifestación de lo espiritual o sobrenatural es libremente aceptada y permitida. Lo imaginario siempre forma parte de la realidad, en especial en la Edad Media, lo imaginario es una realidad (p. 245).

Es decir, la muerte era significado de trascender, de alcanzar algo esperado, el fin de la vida física era interpretado como el principio de algo nuevo y la muerte no era un fin absoluto sino la continuación hacia algo prometido. Aunque en esta época, también la muerte se vuelve una figura somatizada con tintes de oscurantismo debido al temor a ella.

Para finalizar, la perspectiva de la muerte en la modernidad, debemos decir que durante los primeros siglos de la modernidad la idea de la muerte seguía anclada al pensamiento cristiano, por lo cual seguían vigentes las creencias en el más allá (como otro tipo de existencia) impuestas por la iglesia. No fue hasta inicios del siglo XIX que la visión de la muerte comenzó a cambiar de significado. Pues se vuelve a principios de

este siglo, el individuo ve a la vida como un suplicio, en la cual la muerte pareciera acechar a cada minuto, ya que el destino del hombre está en constante peligro. **Careaga (2015)** argumenta que “desde la adolescencia hasta la vejez prematura, [...] la única respuesta animadora es aceptar los términos de esa muerte, vivir con ella como un peligro inmediato.” (p.14).

Es así como en el siglo XIX, la muerte se vuelve un peligro que puede pasar en cualquier momento, y por lo cual se llega a tomar como un riesgo constante para la humanidad, ya no se ve como el desprendimiento de un alma de un cuerpo finito, ni como la transición del alma a un plano espiritual idea que perduró durante la edad antigua y el medievo. Si no como una desgracia que puede pasarle a cualquier persona sin importar su condición, es así como el humano vive siempre con la muerte a un lado.

Para poder entender al suicida moderno se vuelve necesario tratar de comprender la muerte. Aquella a la que nadie es ajeno. *Lo único seguro en esta vida es que todos vamos a morir.* se escucha hoy con más frecuencia ante todos los escenarios de incertidumbre a los que estamos expuestos. En cambio, una de las ambiciones del ser humano es precisamente alargar la vida y eludir tanto como sea posible a la muerte a causa del temor que infunde la llegada de esta. La muerte representa una angustia fundamental del hombre y vive con ella, no obstante, si la gran mayoría trata de hacer lo posible por vivir más tiempo ¿qué hace al suicida hacerle frente y desear morir?

Muchas serían las respuestas a esta pregunta si se le trata desde diferentes disciplinas como la psiquiatría, la biología o la psicología, relacionadas a la melancolía, la locura, la depresión, el narcisismo entre otras tantas. Desde una visión sociológica se argumenta que si bien la decisión de morir es individual cuando esta resulta ser consciente, hay motivos de trasfondo social y cultural que orillaron al sujeto a tomar la decisión de quitarse la vida por lo cual la individualidad de su acto no es del todo cierta, puesto que sus relaciones sociales y el entorno influyen para desarrollar o desencadenar estados patológicos en el individuo.

María Elena Berengueras (2018) en *Suicidio: la insoportable necesidad de ser otro* retoma el argumento de la autora Kunstmann quien asegura que el objetivo del

suicida no es precisamente morirse, pues si se considera a la muerte como negación de la existencia, morir no sería la única finalidad de quien se quita la vida, esa finalidad tendría que ver con la vida: “en el suicidio no podemos ver más que una unida de la vida, los suicidios no los suministra la muerte, ni el pensamiento de la muerte, sino la vida misma” (**Kauders citado por Berengueras, 2018, p. 180**). Huir de la vida, ese es el problema fundamental, ver libertad en la muerte. Entonces, vale la pena cuestionarse sobre aquello que ofrece la vida (social y cultural) que representa una tortura para quien vive en la modernidad.

En síntesis, las concepciones abordadas anteriormente nos darán diversas connotaciones del suicidio en el paso de la historia, pues depende íntimamente de la forma en que las sociedades entiendan a la muerte, ya que tales concepciones influyen en las percepciones que normalizaran (estigmatizaran o romantizaran) el acto de quitarse la vida como lo veremos en el apartado siguiente.

El suicidio actualmente es un tema que muchas veces se piensa desde una visión médica, más concretamente desde la psicología. Sin embargo, este fenómeno se ha abordado, de diferentes formas, según los contextos sociales y culturales, provocando así que se originen diversas visiones que explican dicho fenómeno de una forma completamente diferente. Son justo estas visiones las que colocan el fenómeno del suicidio como un acto que debe ser estudiado de forma interdisciplinar, esto con el fin de esbozar una tipología del fenómeno más fidedigno que presente una descripción vista desde sus rasgos más íntegros.

Este capítulo tiene como fin el rastrear de qué manera el suicidio ha acompañado a la humanidad en sus diferentes procesos históricos y como estas percepciones han originado diversos tipos de interpretaciones del acto. Generando así una radiografía que vislumbre las diferentes naturalezas del suicidio. Para ello, este capítulo se dividirá en tres bloques; el primero de ellos abordará el suicidio desde una visión histórica desde la edad antigua hasta la modernidad. Para después abordar como dichas concepciones han influido en las diversas visiones (filosóficas, psicológicas, antropológicas y sociológicas) que nos permita conocer las diversas concepciones del suicidio. Concluyendo así el capítulo con una breve explicación al malestar de la cultura moderna y como este ha generado un alza en los suicidios.

1.2 El suicidio de la edad antigua a la edad moderna

1.2.1 El suicidio en la antigua Grecia

El suicidio como hecho es tan antiguo como la humanidad misma, sin embargo, para fines prácticos de este apartado se abordará desde la edad antigua, comprendida desde el siglo V y IV a. n. e., ya que dentro de este periodo comenzaron a existir registros capaces de explicar cuál era la visión que se tenía sobre el suicidio. Por ello, este apartado se limitará solo a abordar el suicidio desde su visión histórica, tomando diversos periodos que den sustento a las diversas concepciones que se han ido formando alrededor de este concepto. Para comenzar es necesario abordar las concepciones que se tenían en la Edad Antigua, más concretamente en Grecia clásica, sobre el suicidio, puesto que dicha civilización es un buen punto de partida para entender la concepción occidental.

Para abordar la concepción más antigua del suicidio, es necesario abordar al primer suicida del que se tienen datos. Dicho suicida es Periandro un tirano quien en el siglo VI a.C, decidió acabar con su vida, luego de no poder cumplir sus promesas este planeo su muerte “[mandando...] a dos jóvenes, mostrándoles un camino, que viniesen de noche y le quitaran la vida y enterrasen donde lo encontrasen; detrás de éstos envió cuatro que matasen a los dos y los enterrasen, y, finalmente, contra éstos envió muchos.” (Laercio, 2013, p.73).

Es la forma en que se lleva a cabo este suicidio que nos da una referencia de lo que implicaba llevar a cabo tal acto en la Antigua Grecia, puesto que la forma en que Periandro planeo su muerte responde a una serie de concepciones de suicidio. Dichas concepciones ponían al suicidio como “un delito contra el Estado y los castigos para los suicidas era la mutilación del cadáver, los entierros aislados e incluso la deshonra familiar del suicida”. **(Amado, 2015, p.92)**. Por ello, Periandro decide que su muerte tiene que volverse tan elaborada, para que este no pueda ser condenado de ninguna forma, porque para los griegos el suicidio podría considerarse un acto de cobardía.

El mismo **Platón (1999)**, habla un poco de la condena que existía en la Antigua Grecia, en torno a aquel sujeto que cometería el suicidio en la Antigua Grecia “el que se mate a sí mismo, impidiendo con violencia el cumplimiento de su destino, deben [...] ser enterrado] sin fama en los confines de los doce distritos en aquellos lugares que sean baldíos y sin nombre, sin señalar sus tumbas con estelas o nombres”. **(p.167)**. Esta percepción platónica muestra como la Antigua Grecia, condenaba el fenómeno del suicidio, por el simple hecho de eludir el destino, y con ello aquellos que la practicaban tenían el peor castigo para los individuos de esa época. Dicho castigo exiliaba al individuo quitándole sus derechos como ciudadanos.

Al igual que Platón, su discípulo **Aristóteles (1985)**, condena el suicidio y no solo eso, sino que este es el primero que pone el fenómeno como un problema social, el cual debe ser castigado con la pérdida de todos sus derechos civiles. Porque la decisión de acabar con la vida afecta directamente contra una ciudad. Sin embargo, el suicidio para Aristóteles, puede estar justificado por tres razones:

- Cuando el agente actúa siguiendo una orden judicial (este es, claramente, el caso de Sócrates).
- Cuando es forzado a hacerlo por un infortunio en extremo doloroso e inevitable.
- Cuando ha llegado a participar de una vergüenza intransitable con la que no se puede vivir. **(Boeri, 2002, p. 24)**.

Son justo estas dos formas de entender al suicidio las que dan origen al pensamiento que detonará en muchas de las concepciones de occidente a lo largo de la historia, volviéndose así el suicidio un fenómeno que se comienza a ver de dos

maneras diferentes. Por un lado, se persigue, estigmatiza y castiga por el Estado y la sociedad; pero también es romantizada por algunos sectores.

Ahora bien, en Roma, el fenómeno del suicidio se verá como una conducta que, en determinadas situaciones, se justifica para evitar la ejecución pública y conservar su dignidad. Por lo cual, el suicidio se vuelve una decisión de personas sabias y fuertes, ejemplo de este tipo de suicidio es el de Catón narrado por Plutarco quien “decidió suicidarse en protesta contra el mandato de Julio César. Y no lo hizo de cualquier manera: primero se hirió con su espada en el abdomen y luego se extrajo los intestinos.” **(Rosselli & Rueda, 2011, p.149)**. Dicho suicidio se vuelve así una prueba fehaciente de que el suicidio no solo era una situación de débiles, sino que muchas veces este se usaba como una forma de expresión creada para valientes. Es así como para la Roma antigua el suicidio es considerado una decisión que la persona puede tomar siempre y cuando este suicidio sea para no perder la dignidad.

Como se expresó en líneas anteriores, el fenómeno del suicidio en Grecia y Roma, se desarrolló con base en dos vertientes, la primera propuesta por Platón, el cual ve el fenómeno del suicidio como un hecho que debe ser condenado por la sociedad, ya que esté atenta, no solo con su cuerpo; sino con la ciudad. Mientras que, por otro lado, Aristóteles concuerda en que el suicidio debe ser condenado por el Estado, pero también aporta que algunas veces esté fenómeno, puede ser justificado, porque como dice Séneca, “caer en la muerte con dignidad y serenidad [puede llevarse a cabo con...] el suicidio [sin embargo...] no es válido en todas las circunstancias” **(Frutis, 2017, p.49)**. Estas interpretaciones se volverán la piedra angular para dichas concepciones sobre el fenómeno alrededor de occidente, como lo veremos en el apartado siguiente.

1.2.2 El suicidio en la Edad Media

Con la caída del Imperio Romano de Occidente, los estatutos sociales dieron un giro de rotundo, provocando que las concepciones del mundo se dirigieran a un periodo histórico conocido como la Edad Media. Tal periodo comprende del siglo X al siglo XV. Sobre esta época surgió una mentalidad social y cultural que vuelve el hecho del suicidio un tabú que debe ocultarse por temor a represalias. Marcando una clara ruptura con los preceptos de la antigüedad clásica, ya que la condena social y religiosa se vuelve radical y explícita, no importando la razón del acto, “[...] se inició la estigmatización... Se consideraba una ofensa hacia Dios que prometía un castigo en la vida póstuma” **(Berengueras, 2018, p. 35)**. Por ello este periodo debe considerarse como uno de los puntos de inflexión a la hora de entender el suicidio como una condena al espíritu o alma del individuo.

El giro rotundo se dio por un cambio de paradigmas en occidente y el florecimiento del cristianismo como religión imperante. Por lo cual es relevante poner especial énfasis en el tema religioso, ya que en el Medievo la estigmatización del suicidio está íntimamente relacionada con un tema de valorización negativa, aunque también se vuelve necesario abordar que concepción se tenía sobre la muerte. Este apartado explorará cuáles son los puntos clave para entender el suicidio en esos tiempos, esto con el fin de bosquejar las diversas variables en torno al suicidio en la Edad Media.

Comencemos, abordando que durante el Medievo, las instituciones religiosas alrededor del mundo crecieron en poder e influencia y se encontraron establecidas dentro de las tradiciones de cada país como una célula esencial para el manejo y administración en cada pueblo. Sin embargo, no se debe pensar en este periodo como el origen de la religiosidad, ya que se estaría errando porque los orígenes de la religión son tan antiguos como la historia del hombre mismo².

² **Fernando Chueca (2001)** en su obra *Breve historia del urbanismo* hace una especie de recuento histórico en la que expone que el origen de las tribus y más tarde el de las ciudades no pueden explicarse solo desde el aspecto económico, sino que la unificación social tiene su origen en las deidades que en un principio eran de índole aislada (religión doméstica) para más tarde trascender a ser una deidad del pueblo **(p. 24-65)**. A lo largo de su obra, el autor hace un mapeo para explicar cómo la religión está asociada o guarda íntima relación con el origen de la política y los derechos, explicando así que también las leyes tienen un origen religioso.

La iglesia católica y la religión cristiana tuvieron el más grande apogeo de toda su historia durante el Medievo, a pesar de que Europa estuviera seccionada en territorios con sociedades diferentes, la cristiandad era un factor que compartían y que repercutió de forma importante sobre la vida social e impactó fuertemente no solo en la forma de gobierno sino también en las artes o la medicina. Y en primera instancia, es necesario preguntarse por qué la religión, en este caso cristiana-católica, consiguió tener tanto poder para dirigir discursos que aprobaran o desaprobaran ciertos actos o actitudes.

Aunque, el primer acercamiento de la religión con las personas consistió en cultivar el espíritu por medio de la fe y creencia en algo sobrenatural e impalpable. Más adelante, la religión de la institución católica se presentó ante el hombre como un proyecto que intentaba trabajar en comunión junto a gobernantes; en esta relación, la iglesia se encargaba de dar legitimidad a aquellas leyes que eran convenientes a los gobernantes.

Pero la relación estuvo aquí, desde el principio, claramente caracterizada por la distinción de dos órdenes radicalmente independientes. Teóricamente ambos debían estar subordinados a una unidad superior. Pero por ambas partes, tanto por la eclesiástica como por la temporal, ni se realizó por completo la distinción, ni se entendió suficientemente la unidad. Lo que a lo largo de los siglos encontramos fue, más bien, todo tipo de intromisiones recíprocas y el intento de someter al rival (Sánchez, 2004, p. 649).

Lo cierto es que el trabajo de la institución católica se orientó a forjar a súbditos, porque resulta importante traer a tema el sistema feudal³ (nobles, campesinos, tributos, feudos); un sistema social y económico en el cual para el individuo era inexistente la libertad y era sometido a la voluntad de alguien más. Donde la forma de pensar de nobles o súbditos se encontraba directamente relacionado con los principios, normas y creencias religiosas (De Madrigal, 2017), es decir, si se era gobernante es porque un ser superior lo había dictaminado con anterioridad, al igual que había decidido quien

³ En Occidente, la Iglesia se vinculó directamente a la sociedad feudal; la misma Iglesia era un *gran poder feudal*, al poseer la tercera parte de la propiedad territorial del mundo católico y entre otras cosas, tenía derecho al diezmo, que era la décima parte de las cosechas de toda la gente.

nacería en la cuna de una familia campesina y tendría que afrontar las adversidades que una cruda realidad podía ofrecer. Aún, en este escenario de carencia, los motivos para quitarse la vida eran encasillados a la falta de fe.

La iglesia católica y la religión ofrecían a la mayoría un escenario en donde la felicidad no se encontraba en el plano terrenal, sino que este se conseguiría hasta la muerte, aunque, condicionada a una buena conducta (sumisa). Ahora bien, si la felicidad se alcanza hasta el deceso de la persona, cómo era ese camino hacia la muerte en el Medioevo desde la religión ¿qué era la muerte? ¿Qué era la vida?

Comencemos por dar respuesta a la segunda pregunta. La vida era explicada como una peregrinación, un viaje obligatorio que al término aguarda un nuevo comienzo y la promesa de un utópico mundo divino. **Rocío Rivas Martínez (2014)** en su artículo de *Muerte en la Edad Media* escribe que la muerte “ocupó un lugar privilegiado en la estructura mental del hombre de la época medieval” **(s/p)**, Aún hoy, el miedo o inquietud ante aquello que ocurre cuando se deja de respirar sigue siendo una incógnita insuperable. Pero, la Edad Media es importante porque hay un desarrollo de todo un sistema de creencias y comportamientos rituales para afrontar y dar respuesta a la muerte. En primera instancia, se concebía al cuerpo como la prisión en la que habitaba el alma. Desde la perspectiva del Alto Clero, la muerte tenía dos formas, la muerte *natural* y la muerte *espiritual*: la primera referida a que el alma se liberaba del cuerpo y lo dejaba atrás, mientras que la segunda, era en concreto dar la espalda a la fe, traicionar a Dios cuya consecuencia era el rechazo a lo celestial **(Rivas, 2014)**. Mientras que la muerte por suicidio en el Medioevo era una traición a Dios (como *ente*) y desconocimiento a la fe, en la Antigüedad la significa la transgresión directa hacia el *Estado*.

La misma autora **Rivas (2014)** escribe que en el bajo clero la concepción de la muerte varió de la oficial, ya que en ella “se mezclaban rituales y costumbres paganas...” **(s/p)**. Explicando así tres concepciones sobre la muerte; 1) *rebelde* (no distingue edad, género, posición social, etc.), 2) *religiosa* (el buen cristiano) y, 3) *burlona y hedonista* (vista como una liberación).

Un punto de ruptura sobre la concepción que se tenía de la muerte en esta época, fue la Peste Negra que atacó a la región europea en niveles distintos a finales del siglo XIV, este evento marcó un antes y un después, ya que fue causante de una crisis

espiritual: “¿Hubiera empezado el fin del mundo? ¿Sería la ira de Dios por los pecados de los hombres? La Gran Muerte desestabilizó todas las esferas del mundo medieval” **(Días, 2018, p. 249)**. El hecho de convivir constantemente tan de cerca con la muerte de familiares o conocidos obligó a la reformulación de varios aspectos de la vida, entre ellos las costumbres funerarias, la religiosidad, el arte o la literatura. **Jouan Días Angelo de Souza (2018)** escribe acerca del triunfo de la muerte en la época⁴ porque aquí emerge su representación en su sentido figurativo, es decir, nace una entidad somatizada que está al acecho de la vida de los hombres y que espera sin prisa alguna.

Como anteriormente se mencionó, la muerte sufrió un replanteamiento. Las concepciones *teocentristas* dieron paso “a la búsqueda de la inmortalidad, el culto a la fama o la valoración de las acciones individuales” **(Rivas, 2014)**. Durante este proceso, la “mentalidad medieval buscó las fórmulas más ajustadas al público, plasmando lo espiritual, lo santo, lo maravilloso y lo sobrenatural en imagen” **(Días, 2018, p. 245)**. Aunque, también buscó retratar aquello perverso y despreciable. De esta forma, el pensamiento de la época ponía al cielo como aquello a alcanzar, el infierno como una condena y la vida en la tierra (peregrinación) como ese punto medio. Lo anterior, nos sirve para explicar el giro en el discurso cristiano hacia la valoración de las acciones y al reconocimiento o repudio de estas. Vivir y actuar debidamente se vuelve motivo de reconocimiento, de fama y honor, por lo que las diferentes sociedades e individuos encuentran en sus buenas acciones un sentido a su existencia.

Es aquí cuando la decisión de no vivir y suicidarse forma parte del lado desagradable del ser humano, es ese el lado oscuro, cobarde y débil, es consecuencia de un espíritu mal cultivado en donde el individuo es quien rechaza a Dios. Sin embargo, el trabajo de iglesia católica fue crucial para mantener un número de suicidios “bajos” comparado con la época que le sucedería (la Modernidad) por el temor infundado mediante un discurso que condenaba el alma, si eso no era suficiente su institución judicial (la Santa Inquisición) tenía la misión de procesar y sentenciar a pecadores y herejes **(De Madrigal, 2017)**.

⁴ Ella [la peste negra] alimentó el sentimiento escatológico y la obsesión medieval con la muerte y la salvación, abriendo de par en par las puertas de la imaginación, de la superstición, del misticismo y del gusto por los temas macabros **(Días, 2018, p. 249)**.

Pero, real es que existieran casos en qué la iglesia respetaba y defendía (aún hoy sigue siendo así) ciertos pesares y muertes, mostrándonos que el suicidio no fue ajeno a los judíos o a los cristianos. Se defendían los pesares de aquellos mártires que enfrentaban la dura realidad con ayuda de la fe, o quienes estaban a la defensa de la fe frente a los paganos. Estos ejemplos se pueden encontrar en la biblia⁵; en el antiguo testamento se puede leer sobre el suicidio de Sansón quien se quitó la vida para escapar de la tortura de los filisteos. La muerte de Sansón no representa un acto de rechazado a Dios, al contrario, significó trascender a un reino celestial.

Autores como **Ros Montalbán (1998)** escriben que en los primeros años del cristianismo no existió una condena explícita al suicidio. Aunque, esto cambiaría con el recorrer de los años, principalmente porque serían los maestros o difusores de la religión quienes en sus interpretaciones condenarían al suicidio como un acto despreciable o perverso. La tradición judeo-cristiana supone al profeta Moisés como el portavoz de Dios, a través de él se escribe una serie de diez mandamientos que deben regir la vida de los creyentes. Para San Agustín (1225-1274), el quinto mandamiento guarda especial relevancia, ya que en este se prohíbe a los hombres matar, pero este no solo supone la condena a dar muerte a alguien, sino que prometía también el castigo a aquellos que atentaron contra sí mismos, hecho que estigmática directamente al suicida y lo coloca bajo la lupa del repudio social.

Es importante comprender que desde la perspectiva religiosa occidental se es producto de una creación divina: *Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente (Génesis 2:7)*, al interpretar las palabras anteriores podemos decir que la existencia del individuo está condicionada por un intangible ser superior. Santo Tomás de Aquino, quien apoyó este argumento, escribiría “Tú eres, señor, el que tienes el poder de la vida y la muerte” **(Berengueras, 2018, p. 36)** legitimando la existencia y poder de un creador y negando al individuo el poder sobre sí mismo. Para maestros o difusores de la religión era importante dejar claro que es alguien superior quien da y quita la vida.

⁵ Libro sagrado que contiene historias, códigos, doctrinas y tradiciones que han servido como un medio para orientar la vida de los cristianos.

Guerrero Díaz (2019) escribe lo siguiente: “Si hubo un momento en la historia donde más crudeza y rechazo sufrió el suicida, fue sin duda en el medievo. A la suma de la condena eclesiástica, se añadió el rechazo por parte del Estado” **(p. 4)**. El suicida no solo era un pecador, también era un delincuente ante la Ley, un transgresor del orden merecedor de castigos físicos y expuesto ante el ojo público. Como se ha escrito anteriormente, el poder eclesiástico influyó fuertemente a que los casos de suicidio fueran bajos o escasos, los discursos apelaban a una vida llena de pruebas, injusticias o sufrimiento con la promesa de una felicidad ultraterrenal. Era virtuoso aquel o aquellos que soportaran las infamias de la vida, y el suicidio lejos estaba de ser una prueba de valor, si no que era concebido como una actitud de cobardía y debilidad frente las adversidades. Para aquellos que terminaban con su propia vida tenían por condena que su alma fuera lanzada al infierno, mientras que sus cuerpos debían servir como ejemplo a otros, ya que se les arrebatava toda dignidad y se les exhibía sin ningún respeto al ser arrastrados por la ciudad, se les mutilaba o clavaba una estaca al corazón para atar el alma de la persona, y era un hecho que fueran rechazados del campo Santo **(Berengueras, 2018, p. 45)**.

Aunque, mientras en occidente el suicidio se establecía como un pecado mortal que trasgredía y desafiaba las leyes y el orden cultural, en Oriente (581-1368 d. C) la historia es radicalmente diferente. En china, por ejemplo, desde la antigüedad hay aprobación del suicidio porque este guarda íntima relación con cuestiones de honor (en donde no se puede sobrellevar una derrota o la perdida), se le reconoce y se le honra. En la cultura china, tomar la decisión consciente de morir desde tiempos antiguos está relacionado con dar fin a aquello que representa pesar e inicia el camino hacia la trascendencia.

Sin embargo, el taoísmo, también en china, condenaba el suicidio cuando era cometido por aquellos que huyen del castigo y al igual en que el cristianismo es condenado a ir al infierno. En Japón, los almanaques de sus santos están llenos de suicidas que cometieron *harakiri* (ritual de suicidio por desentrañamiento), a quienes se les presenta respeto por medio de homenajes **(Berengueras, 2018)**. Aunque, en la actualidad las sociedades orientales presentan un grave problema estructural con

relación al fenómeno del suicidio, estas tienen una profunda relación cultural (fenómeno de la homogeneización) y religioso con él.

Mientras la concepción religiosa en occidente rechazaba la idea del suicidio como un puente hacia la libertad, en oriente esta idea era aceptada, por lo que no debe pensarse que la idea de libertad al morir es originaria de la modernidad, sino que en esta época esta concepción recobra una gran importancia. **Schopenhauer (2004)** argumenta que las religiones monoteístas son quienes consideran un crimen suicidarse y quien lo comete, es un desviado, por otra parte, el mismo autor dice que: “lo más manifiesto es que nada hay en el mundo sobre lo cual tenga cada uno un derecho tan indiscutible como su propia persona y vida” (p. 51).^[1]

La influencia de las instituciones religiosas sigue teniendo un peso importante en el desarrollo humano, quizás ya no de una forma tan explícita, como lo fue en la época medieval, pero, basta con explorar el origen del pensamiento y las actitudes de la sociedad para darnos cuenta de que muchas de las ideas actuales han sido traídas de las concepciones del pasado, tal es el caso en que se percibe al suicidio y que resulta ser, aun hoy, un tema que muchos esconden. Si bien muchos fueron los factores que determinaron el deceso del poder clerical, como la corrupción, el oportunismo o la intolerancia, el rigor o dogmática autoritaria de este (**Sánchez, 2004, p. 655**). Pero, es un hecho que su papel fue decisivo para estigmatizar el suicidio. Empero esta idea de condena está en constante choque con las ideas de una nueva época -en donde nuevas concesiones ante la idea de libertad y de ser dueños de nuestro destino-, caracterizada por vientos de cambio y que llevan por nombre Modernidad.

1.2.3 El Suicidio en la era moderna

En el siglo XV la Edad Media termina generando una inflexión que da paso al proceso de modernización que busca un “cambio puro [...] en] la actividad racional, científica, tecnológica y administrativa [...] por eso la modernidad implica una creciente diferenciación de los diversos sectores de la vida social” (**Touraine, 1994, p. 17**). Por lo cual, la idea de modernidad se debe entender como un gran proyecto *inacabado*, que tiene como promesa liberar al hombre de todos los males del pasado, por medio del pensamiento racional, e impactó y reestructuró ámbitos sociales, culturales, económicos, científicos y tecnológicos.

El cambio trajo consigo una nueva estructura social que velaba por las libertades individuales (**Laski, 1939**). Provocando así que se reestructuraran diversos preceptos, entre ellos nuevas formas de concebir la vida y la muerte, y por consiguiente la idea misma del suicidio. Por lo que durante este periodo se originan una serie de estudios que pretenden dejar de lado las teorías religiosas y así debatir aquello que gira en torno al fenómeno del suicidio desde una visión racional. Causando que el acto del suicidio en un primer momento deje de ser castigado por las leyes jurídicas del Estado; aunque, esta concepción con el avance de la modernidad va cambiando, suscitando que dicha práctica se estigmatice o romantice según el momento en se observe. Es por esto que este apartado abordará como los diversos contextos de la modernidad gestas nuevas formas de ver y entender el fenómeno del suicidio.

Aunque a primera vista en la teoría el hombre en la modernidad es presentado como un individuo libre (libre de ser y pensar). No obstante, en la práctica, la modernidad no era como se decía, pues venía acompañado de cruentas violencias, ejemplo de esto nos lo da **Jeffrey Watt (2015)** quien afirma que durante el siglo XVIII y el XIX, en la ciudad de Ginebra ocurrió una epidemia de suicidios, correspondientes al desarrollo de la sociedad burguesa, porque “implicó un enriquecimiento de las clases medias y altas en relación con las bajas, de manera que, ante las nuevas expectativas de riqueza de un determinado sector de la población” (**citado por Plumed y Novella, p. 58**). Dicho sector arrebató y cerró las oportunidades –mediante una serie de estrategias– a las masas, dejándolos con un sentimiento de frustración.

Aunado a lo anterior podemos decir que este nuevo proceso de Modernización cambio la concepción sobre el suicidio, pues para los sectores intelectuales deja de considerarse un crimen, al igual que los griegos, las sociedades renacentistas creían que existían diversas situaciones donde el suicidio podía darse, de esta manera comienza a romperse la cadena de pensamiento con las concepciones religiosas. En palabras de Amador (**2015**) “si uno lee la literatura y textos del renacimiento, entiende que el suicidio para nada era condenado, más al contrario en algún caso exaltado y en otros fue visto como necesario” (**p.93**).

Tal exaltación se refleja en la obra de escritores importantes, ya que este acto se aborda en diversas obras románticas de la época, el claro ejemplo es William Shakespeare, quien dentro de sus obras aborda la temática del suicidio trece veces⁶. Empero, esto solo ocurría dentro de algunos de los sectores (privilegiados), puesto que en otros sectores el suicidio se seguía viendo como un acto plagado de negatividad, pero no del tipo religioso, sino que se comenzaba a ver al suicidio como un tema de enfermedad. **(Vega, et al., 2002)**. En el cual el hombre sigue estigmatizando dicho acto, pero ahora no desde una visión religiosa, sino desde una visión racionalista que ha comenzado a impregnarse dentro de la sociedad, desencadenando nuevas formas de estudiar y comprender el fenómeno.

En 1774, el escritor Goethe escribiría una novela titulada *Las penas del joven Werther*, en ella ocurre el suicidio de su protagonista al ser rechazado por su amada que se encuentra comprometida. Esta obra creó mucha polémica, ya que inauguró una moda de suicidios por amor en donde varios jóvenes terminaron con su vida por causas similares a las del personaje. El impacto de la obra provocó su censura en varios lugares como Leipzig, Austria o España, que justificaban que podría dañar a mentes débiles, siendo el primer caso registrado el de una joven en 1775.

*Una persona muy juiciosa, pero algo histérica, se ha envenenado tras haber leído Las penas de Werther y aún antes de morir confesó sin arrepentirse que ese libro le había determinado a ello. Detalles más íntimos, que no pueden decirse por respeto a la familia, hacen esta historia aún más conmovedora **(Friedrich Nicolai, citado por Hernández, 2022)**.*

La ola de suicidios incitada por la obra de Goethe y su prohibición en diversos sitios es un ejemplo de cómo la sociedad concebía al suicidio en aquellos tiempos, puesto que en 1787, el autor hace un cambio a la obra, en ella el personaje toma la decisión de morir por causas de una enfermedad y agrega las siguientes palabras en donde el joven Werther (personaje de la obra) se dirige al lector diciendo: “Sé un hombre y no sigas mi ejemplo” **(Hernández, 2022)**: Esta modificación es de gran peso, puesto que la decisión

⁶ Los trece suicidas de Shakespeare son: Romeo, Julieta, Casio, Bruto, Portia, Otelo, Ofelia, Lady Habeth, Marco Antonio, Cleopatra, Charmian, Iras, Eros

de Werther queda reducido a un acto de cobardía para afrontar su pesar y se invita a no hacerlo, es decir, se le da una valorización negativa al ser una actitud de rechazo a la vida frente a las adversidades, un pensamiento heredado del Medievo. Lo que nos indica que proliferaba entre la sociedad una estigmatización del suicidio desde una visión moral.

Pero, no fue hasta la llegada del positivismo en el siglo XIX, que surgió una nueva forma de tratar los fenómenos sociales, La gran fuerza de esta corriente radicó en sostener que la forma de acceder al conocimiento era mediante la aplicación de un método capaz de explicar y demostrar porque ocurren ciertos fenómenos, este método es el científico. Surgió como una corriente filosófica que se anteponía y se presentaba como una actitud crítica hacia las verdades absolutas que planteaban la ontología, y la metafísica, corrientes imperantes durante la Edad Media. Augusto Comte, uno de los máximos representantes de esta corriente, sostenía que idea evolutiva del conocimiento tenía tres niveles (o Estadios): el conocimiento teológico, conocimiento metafísico y conocimiento positivo (**Temas para la Educación, 2019**), representando así el camino que llevaría al humano a gobernarse a sí mismo.

Con el positivismo el fenómeno del suicidio, como muchos otros problemas sociales, serian abordados desde una perspectiva racional y se debía abandonar “el argumento utilizado durante muchos años como un recurso para evadir los castigos impuestos al cuerpo del suicida y a los familiares cercanos, [sino que...] se convirtió en la tesis central de la medicina de los siglos XIX y XX: la locura.” (**Salman, 2011, p. 64**). Esta nueva interpretación dio paso a estudios completamente basados en metodologías traídas desde las ciencias naturales, e hizo que el estudio del suicidio se redireccionara en investigaciones meramente científicas, donde deja de ser castigado, pero no estigmatizado, ya que durante esta época surge explicaciones psicológicas y biológicas que ponen al suicidio como mero acto de personas enfermas.

Dado que el positivismo tenía en su base el método científico, este se presentaba como un elemento rígido y poco flexible en otros campos de estudio como las ciencias sociales –quienes comenzaron a recobrar fuerza durante el mismo siglo–, provocando que los estudios a ciertos temas solo se pudieran abordar desde ciertos campos, tal es el caso del suicidio con respecto a la medicina.

Los estudios en el área de la salud a inicios del siglo XIX, comprendían al suicidio desde una perspectiva de enfermedad mental provocada por “un potencial patógeno de unas pasiones aberrantemente estimuladas por las tensiones sociales, culturales y políticas resultantes del nuevo espíritu de los tiempos” **(Plumed y Novella, 2015, p. 60)**. Las explicaciones se inclinaban a decir que el fenómeno de suicidios tenía un origen en los efectos de la revolución y de las incontroladas masas. Por otra parte, Jean-Étienne-Dominique Esquirol, desde una concepción alienista escribió sobre el suicidio no como una enfermedad mental, sino como “síntoma consecutivo dependiente casi siempre del delirio de las pasiones o de algún tipo de alienación mental” **(Plumed y Novella, 2015, p. 60)**.

*[...] cuando más desarrollada se encuentra la civilización, cuando más se excita el cerebro y aumenta la susceptibilidad, cuando más se incrementan las necesidades y los deseos son más imperiosos, cuando más se multiplican las causas de los pesares, y cuando más abunda la alienación mental, más suicidios debe haber **(Jean-Étienne-Dominique Esquirol, citado por Plumed y Novella, p. 61)**.*

La medicina mental atribuyó a los cambios sociales productos de la época la inestabilidad y locura de los seres humanos, por lo que durante la primera mitad del siglo XIX, la explicación dominante al suicidio fue una enfermedad mental devenida por los sucesos de cambio. En la segunda mitad del siglo, el degeneracionismo (teoría biológica que intentaba explicar diferentes trastornos mentales) tuvo su apogeo y explicaba que el individuo es producto de un proceso de degradación como consecuencia de una herencia marcada negativamente. En este momento, el suicidio aparecía como uno de los síntomas y enfermedades sociales resultantes del proceso degenerativo; este punto reforzó el potencial de las conductas suicidas como un instrumento de crítica cultural. Para **Plumed y Novella (2015)**, con el degeneracionismo, los médicos, especialmente los psiquiatras, “dispusieron finalmente de una doctrina que les permitía conciliar el determinismo biológico con la muy extendida percepción de una crisis moral y social que ponía en riesgo la estabilidad y los logros de la sociedad burguesa” **(p. 36)**.

En lugares de América, influenciados por los estudios médicos de Europa occidental (la vanguardia intelectual), también desde un enfoque médico se estudiaba al

suicidio como una epidemia, esto tiene su origen en una obra titulada *Fiebre Imitatoria* publicada en 1837, en donde se planteaba que “existían conductas, como el suicidio, el duelo y la monomanía homicida, que se reproducían socialmente por un gesto de imitación, afectando las pasiones de los individuos que entraran en contacto con ellas” (Beltran, 2015, p. 66). De tal forma que aquellos con sistema nervioso débil que estuvieran en contacto con ciertos hechos, como el suicidio, tendrían mayor posibilidad de generar ciertos estados patológicos. Esta explicación del suicidio como una patología contagiosa daba razón de porque hombres y mujeres de la ciudad sin vínculo alguno tomaban la decisión de morir, al ser los grandes conglomerados donde esto resultaba ser más frecuente.

En casi todo el siglo XIX, reina la explicación del suicidio desde una visión médica, desde este enfoque, aquel hombre llevado a la locura se quitaba la vida porque había sido expuesto a un estado de estrés provocado por el entorno; así se explicaba el suicidio de un obrero, el de un campesino, el de un burgués o el de un intelectual. Mientras que los enfoques sociales reinaron por su ausencia. Como se ha mencionado antes, un problema de la corriente positivista y el método científico fue la forma tan rigurosa de aplicación y sus limitaciones dejaban fuera a las ciencias sociales. Generando una reacción negativa conocida como “antipositivismo” o “negativismo”. Este rechazo abrió las puertas al surgimiento de enfoques de investigación cualitativos y no exclusivamente cuantitativos.

No obstante, a principios del siglo XX, el suicidio encontró cabida dentro de los estudios sociales y esto inauguró un gran panorama para abordarlo, ejemplo de esta nueva forma de ver al suicidio son los estudios de Durkheim y Freud, quienes comienzan a bosquejar dentro del fenómeno variables sociales fundamentales para que los sujetos tomen la decisión de acabar con su vida. Esta nueva forma de ver el suicidio responde a lo que Corpas (2011) narra cómo al aumento del índice de suicidio que se produce a nivel mundial. El crecimiento en los números de muertes por suicidio provocó sectores académicos de ramas como el psicoanálisis, la sociología y el existencialismo se interesarán por abordar el tema desde sus respectivos enfoques.

Cada uno de los momentos repasados dentro de este capítulo son prueba de la diversidad de perspectivas que se gestaron en torno al suicidio. La necesidad de abordar

desde diferentes campos de estudio, ha generado una serie de métodos y principios capaces de crear dar clasificación robusta que ordena y jerarquiza sistemáticamente los tipos de suicidio. Dicha jerarquización será desarrollada en el siguiente apartado, a fin de que el lector tenga un amplio panorama de las diversas formas de entender y categorizar el fenómeno del suicidio

1.3 La taxonomía del suicidio

Tal y como se ha abordado en los apartados anteriores, el fenómeno del suicidio a variado según sea el lugar o el tiempo, y esto ha provocado precisamente el surgimiento de investigaciones en torno al tema, que como lo hemos visto, responde a procesos históricos que han diversificado la forma de concebir el suicidio. No obstante, este fenómeno en la actualidad ha suscitado un gran interés a nivel internacional, por lo cual en lo que queda del capítulo se pasara a revisar brevemente una descripción de los diferentes tipos de suicidios, para así generar una tipología robusta que considere variables personales, sociales, temporales y contextuales que pueda vislumbrar las diferentes aristas del suicidio. Esto a fin de entender lo complejo que es el concepto de suicidio y tratar de generar una taxonomía que refleje variables más allá de las moralistas y médicas.

1.3.1 Suicidio estoico

Antes de adentrarnos a este tipo de suicidio es necesario abordar en que consiste la filosofía estoica fundada por Zenón de Citio hacia el año 300 a. c. Es una filosofía que defiende el mundo físico, animado y divino y encaminado a lo bello y perfecto. Identifican el bien con la virtud y la vida feliz, con la vida virtuosa y de eliminación de las pasiones (apatía). Esta corriente filosófica tiene la virtud de no plantear totalidades, ya que el fenómeno del suicidio es “en ciertas circunstancias, no solo un acto perfectamente irracional, sino también el más racional de todos.” **(Boeri, 2002, p.22)**. Y justamente esta es la tesis central para explorar el tipo de suicida estoico, el cual consiste en llevar a cabo el acto siempre y cuando este sea para preservar los valores y buscar la libertad perdiendo la vida.

En palabras de **Seneca** “en cualquier esclavitud o forma de sometimiento, [...] el suicidio se presenta como una vía hacia la libertad” (**citado por Boeri, 2002, p.26**). Sin embargo, este tipo de suicidio solo era justificado para aquellos sabios que han logrado adquirir una virtud y una razón universal, ya que “para el necio-vicioso el suicidio no puede ser un acto justificable porque su actuar es guiado por las pasiones.” (**Gutiérrez, 2020, p.43**). En síntesis, el suicidio estoico, es solo un acto que se puede llevar a cabo por sabios y virtuosos que no ven libertad dentro de esta vida y optan por la muerte porque en esta haya la soltura que se anhela.

1.3.2 El suicidio metafísico

El suicidio metafísico, según **Sciacca (1960)** “manifiesta la exigencia, compleja y profunda, de querer ser *Todo* con la muerte voluntaria, dada la imposibilidad de serlo, aceptando la vida en todas sus dimensiones.” (**p.229**). En otras palabras, este tipo de suicidio tiene como fin el trascender dejando a un lado la vida, para ser sustituido por el ser y su libertad, es decir, *antes de que me quiten mi ser yo decido quitarme la vida*. En palabras de **Sciacca (1960)**

Aquí no se trata para nada de aceptar el destino del hombre (la muerte) transformándolo así en un acto de libertad [...] sino de conquistar la libertad interior, de cometer el suicidio cuando se presenta, en determinadas circunstancias una necesidad moral, para lo cual el acto exterior del suicidio mismo se vuelve un hecho secundario, y solamente el medio necesario para la realización de un fin que no es la muerte querida. (p.230).

Así que, el suicidio metafísico es ocasionado cuando el individuo tiene, según él, algo más importante que la vida, lo cual trascienden de este mundo. Este tipo de suicidio se da cuando el individuo lucha por ser fiel a todos los ideales que promulgo durante su vida y busca ser uno con el todo. Ejemplo de esto puede ser Sócrates y Jesucristo que decidieron morir antes de traicionar la razón por la que se vive. “Culminando así en la trágica epopeya del suicidio metafísico [...] que] se hunde en la áspera dulzura del infinito deseo de caer siempre más abajo en el abismo, de la vuelta al líquido primitivo del caos” (**Sciacca, 1960, p.246**). En síntesis, el suicidio Metafísico se da cuando el actor no busca

la vida, sino trascender a aquel mundo abstracto en donde este se vuelva uno con la naturaleza de sus ideales, regresando así a la razón más pura del infinito.

1.3.3 El suicidio nihilista

El suicidio nihilista, aunque no existe un concepto como tal de este tipo de suicidio, hemos optado por abordar los pensamientos nietzscheanos, dentro de lo que nosotros denominamos suicidio nihilista, ya que su visión acerca del suicidio se vuelve una pieza fundamental para abordar el suicidio de intelectuales, que ven en la muerte una válvula de escape. Es así como para esta corriente filosófica el suicidio sirve para morir a tiempo, evitando la vejez, la decrepitud o una vida vergonzosa, pues, según esta corriente, para tener gloria se debe despedir a tiempo de los honores y ejercer el difícil arte de retirarse con oportunidad. **(Kerkhoff, 1978)**.

En otras palabras, este suicidio no se ve como una salida fácil, sino que el nihilismo propone pensar al suicidio más que como un acto, como una forma de pensar. En palabras de **Cioran (2010)**:

La idea del suicidio me habría matado desde siempre ¿Qué quería decir? Que la vida es soportable tan solo con la idea de que podemos abandonarla cuando queramos. Depende de nuestra voluntad. Este pensamiento, en lugar de ser desvitalizador, deprimente, es un pensamiento exaltante. En el fondo nos vemos arrojados a este universo sin saber por qué. No hay razón alguna para que estemos aquí. Pero la idea de que podemos triunfar sobre la vida, de que la tenemos en nuestras manos, de que podemos abandonar el espectáculo cuando queramos, es una idea exaltante. [...] No necesitamos matarnos. Necesitamos saber que podemos matarnos. Esa idea es exaltante. Te permite soportarlo todo” (pp.72-73).

Desde esta visión el suicidio debe verse como la llave a la libertad, la cual debemos utilizar a tiempo antes de caer en una vergonzosa vida. El mismo **Nietzsche (2014)** aborda un poco de esto en su libro *Así habló Zaratustra*, en donde escribe de la muerte libre lo siguiente: “Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña esta doctrina: «¡Muere a tiempo!»” **(p.43)**.

Sin embargo, esta idea de muerte toma una vertiente al suicidio con Cioran, quien aborda la idea como un gesto de vitalidad, ya que saber que se puede suicidarse, que puede acabar de cuajo con el absurdo de vivir, le mantiene paradójicamente vivo. Entiende que esto es exaltante; fijémonos que habla continuamente de la idea, no de la necesidad de ejecutarla. **(Cioran, 2010)**. En resumen, el suicidio desde una perspectiva nihilista debe entenderse como un estilo de vida en donde la idea del suicidio se encuentra siempre presente, esto con el fin de vivir con cierta ligereza.

1.3.4 El suicidio absurdo

El siguiente tipo de suicidio tiene como nombre el absurdo, el cual consiste en la evasión a la vida que se vive y la esperanza latente de otra vida “que hay que *merecer*, o engaño de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima, le da un sentido y la traiciona” **(Camus, 2005, p. 7)**. Este tipo de suicidio nace de la inconformidad que se tiene por la vida que se vive, generando desilusión sobre la propia existencia en donde ya no se encuentran las herramientas que pueden darle un significado, volviéndose así un suplicio vivir.

Empero, el suicidio, implicaría dar él “saltó” hacia la desaparición de la subjetividad que es la existencia, es decir, que la utilización del salto como cancelación de lo absurdo resultaría ser la arquitectura fundamental del acto suicida. En palabras más yanas, este tipo de suicidio surge de un sin sentido que genera una vida miserable, provocando así que el sujeto acabe rechazando la vida.

1.3.5 El suicidio soberano

Este tipo de suicidio, está íntimamente relacionado con el suicidio estoico, ya que estos ven el acto de matarse como una opción de libertad, pues tomar esta decisión les da cierto poder sobre la vida. En palabras **Neira (2017)** “algunos suicidios [... se originan] como una opción de la libertad humana, y como una forma de alcanzar cierto grado de dominio de algo que inevitablemente ha de suceder -la muerte-, aunque quizá de una forma menos digna de lo que el suicida desea.” **(p. 156)**. Desde esta perspectiva el fenómeno no responde solo a una nosología, sino que este acto muchas veces depende de un actor soberano que ve en la muerte una solución.

Es entonces, en palabras de **Améry** “la muerte voluntaria [es] un privilegio del ser humano”, es decir, el suicidio es específicamente humano. [...] afirma la libertad, la dignidad y el derecho a la felicidad de cada uno” **(citado por Neira, 2017, 53)**. Aunado a esto para Neira este tipo de suicidio no solo aborda el acto en sí, sino que conlleva todo el proceso que viene detrás, ya que para el autor, el suicidio empieza desde el momento en que el sujeto sabe que sus actos le pueden llevar a la muerte.

El suicidio soberano tiene relación con las misiones suicidas al presentarse como heroico, consciente y voluntario, es decir, se trata de un suicidio intencionado, no patológico y que finalmente es posible por una condición social objetiva. Consiste en un ataque violento planeado de tal manera que la muerte de los agresores sea estrictamente esencial para el éxito de la acción **(Neira, 2018, p. 147-148)**.

En síntesis, los suicidios soberanos, son aquellos suicidios que no tratan de una enfermedad que se apodere de la mente de quien práctica la muerte voluntaria, sino que este suicidio responde a una decisión de personas cuerdas quienes entran en un proceso de acciones que lo llevan a ver al suicidio como una herramienta para llegar a un fin.

1.4 El malestar de la cultura moderna

El proyecto de modernidad, es sin dudas el más ambicioso del hombre, ya que como se abordó en apartados anteriores, buscó generar una serie de libertades que prometían quitar las cadenas que sujetaban al pasado. Mucho se ha dicho de la modernidad, eso es verdad. Aparece explicada como un periodo de tiempo o como un proceso orientado a promover la razón, el progreso y la libertad, y hay quienes no vacilan en decir que es un proyecto inacabado. **Jorge E. Brenna (2010)** escribe en su artículo *La sociología líquida de Zygmunt Bauman* que la modernidad: “siempre ha supuesto complejidad, contradicción, paradoja, incertidumbre y nostalgia de lo perdido –la certidumbre– **(p.16)**. Es cierto que la modernidad significa muchas cosas, sin embargo, una constante a la hora de definirlo o darle significado es que esta toma la forma de una “criatura histórica con poderes sobrenaturales, capaz de disponer del destino de seres y cosas como si se tratase de un Dios omnipotente cuya voluntad es irrevocable” **(Abderrahmane, 2011, p.126)**. En este espíritu se colocan promesas y deseos, al que se le agradece, pero también se le reprocha y juzga: “más tarde ya no la acompaña el alborozo de un nuevo

descubrimiento, sino la incomodidad de un cierto desencanto [...] de aquella figura luminosa empieza a hacerse presente otra faceta inquietante. La modernidad empieza a ponerse en entredicho” (**Villoro, 2010, p.1**).

Es un hecho que las ideas de modernidad en el mundo crearon libertades para los hombres, pero estas libertades venían plagadas de problemas y contradicciones que apenas se vislumbraban. Lo que comenzó como un proyecto para liberar al hombre se transformó en un gran desencanto, porque más que cumplir sus promesas, este proyecto comenzaba a interesarse por el dominio del mundo. Y aunque la modernidad da libertades, estas no son las libertades prometidas.

Es decir, aquellas promesas de poner a los hombres en el centro de todo, comienzan a destruirse. En efecto, la modernidad que transformó las diversas estructuras sociales dio una mayor libertad individual. Aunque, no lograron dar la movilidad social, ni la libertad que tanto se anhelaba. Dejando así promesas inconclusas donde la modernización arrebató la promesa de libertad humana, ya que estas se transformaron en libertades comerciales, suplantando al hombre como el creador de su propio destino (**Marx, 2015**). El ascenso de estas libertades trajo al escenario una ola de desencanto, puesto que este proceso, había suplantado muchas promesas, entre las que se encontraba la igualdad y la libertad por promesas meramente económicas que impulsaron la explotación y desigualdad social. (**Marx, 2015**).

Desde el ascenso del proyecto de modernización, diversos sectores han estado inmerso en una serie de presiones sociales producto de la reestructuración de diversos valores sociales, lo que trajo consigo un impacto importante dentro del individuo, puesto que en la modernidad la cultura objetiva y subjetiva⁷ comienzan a distanciarse y entrar así en un conflicto, en palabras de **Simmel (2002)**:

⁷ La cultura para Simmel tiene dos caras, por un lado, la objetiva que está constituida por el mundo de las formas culturales, en palabras más llanas, son las producciones del ser humano, mientras que la cultura subjetiva se refiere en cultivar nuestra individualidad.

El objeto, en una forma más fundamental que hasta el momento aludida, puede salirse de su significación mediadora y, en esta medida, romper los puentes sobre los que discurre su camino cultivado [...] el objeto adopta tal aislamiento sobre la base de la división del trabajo. [...] por medio de la actividad de diferentes personas surge un objeto cultural que, en tanto que todo, en tanto que unidad que está ahí y que actúa específicamente, no tiene ningún productor, no ha surgido a partir de una correspondiente unidad de un sujeto anímico. (p. 346-347).

Dicho en palabras más simples, el objeto ya no es producido por un único individuo, sino que este se divide en diversos sujetos. Esto provoca que la cultura objetiva crezca a un ritmo acelerado, mientras que la cultura subjetiva se queda estancada. Este problema es nombrado por Simmel como la tragedia de la cultura moderna, ya que en la modernidad los objetos se volverán autónomos y dominarán a los sujetos, provocando así que ahora la modernidad parezca “más bien una fatalidad o un destino incuestionable al que debemos someternos” (Echeverría, 1989, p.1).

Estos problemas son los que someten al individuo a una serie de presiones y que vuelven a la modernidad una simple tragedia, ya que él está sujeto solo a un funcionamiento capitalista que lo hace crear cultura, pero al mismo tiempo no lo vuelve parte de ella. En palabras de Marx, "el trabajador se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo" (p.109). Esta forma de producción aliena a los sujetos, puesto que se somete al individuo a solo ser parte de un proceso en donde son cosificados y mercantilizados, en la necesidad de producir individuos socialmente aceptables, pero ¿a qué costo?

Ante esta tragedia de la cultura, en donde el sujeto tiene un sin fin de herramientas para sentirse satisfecho, sigue sintiéndose insatisfecho con su realidad, dicho problema, es abordado por **Freud (año)** en su libro *El malestar de la cultura*, donde aborda cómo la cultura se vuelve moldeadora de la civilización, por lo cual “el desarrollo cultural le impone restricciones y la justicia exige que nadie escape a ellas” (Freud, año, p. 28). Lo que termina enajenado al sujeto, pues funge como represora de los instintos del humano. En palabras de **Freud** “la cultura no significa tan solo coerciones y restricciones para el ser humano, sino una verdadera protección contra sus propios aspectos destructivos

que, en caso contrario, terminarían por aniquilarlo, junto con toda la especie humana” **(citado por Brenna, 2009, p.75).**

En conclusión, podemos decir que, en la modernidad, el humano trata de buscar su felicidad, por medio de la cultura objetiva; sin embargo, al estar fuera de sus manos o ser un agente externo a ella (al sentirse un extraño dentro de su cultura) crea un sentimiento de malestar y encuentra imposible satisfacer sus pulsiones, desencadenando lo que Freud denomina una neurosis⁸ y suscitando la miseria del sujeto quien se atormenta de su existencia. Sí bien la época de modernidad y su discurso inició con grandes aspiraciones para la búsqueda del desarrollo y libertad humana, en la práctica han caído en contradicción, lo que devino en fuertes críticas y cuestionamientos sobre la efectividad del mismo proyecto.

*[...] una cuestión que ha dominado la atención de los historiadores ha sido la comprobación empírica del (supuesto) aumento en la frecuencia de las conductas suicidas [...] y, en suma, del nexo causal entre civilización moderna y suicidio. [...] se han aducido diversos factores profesionales e ideológicos para explicar el uso constante de la bandera del suicidio como una señal del peligro de la modernidad **(Plumed y Novella, 2015, p. 59).***

A lo largo de todo este capítulo se ha dado un peso importante a la forma de concebir el suicidio a través de la historia, así como el desarrollo de nuevas visiones que con el tiempo han recobrado mayor relevancia. En un segundo momento, se bosquejó una taxonomía en la cual se dejó la perspectiva teológica y médica a razón de conocer otras formas de ver el acto de cometer suicidio. Finalmente, nos adentramos a la modernidad y la cultura a fin de hacer una interpretación con respecto a cómo los cambios dentro y la reestructuración que ha sufrido la cultura han olvidado por completo el desarrollo personal y humano para incrustarse en otros aspectos como el económico. Para continuar con este recorrido, es necesario comenzar a entender el suicidio del sujeto, haciendo especial hincapié en la modernidad y tomando como actor central del suicidio a los intelectuales y esto se abordarán en el siguiente capítulo.

⁸ La neurosis es una afección producto de la represión de los impulsos hacia el objeto.

CAPÍTULO 2

EL INTELLECTUAL (Y EL ARTISTA) COMO PROTAGONISTA DE PRÁCTICAS SUICIDAS EN LA ERA MODERNA

Como lo hemos visto en el apartado anterior, la modernidad trajo consigo el malestar del individuo, debido a que este se volvió prisionero en el proyecto de modernización y fue sometido a vivir los efectos de la reestructuración, y de las presiones sociales y culturales, a fin de encontrarle un sentido a un caótico periodo histórico.

El siguiente capítulo se enfocará en explicar la relación que existe entre el fenómeno del suicidio y los espacios modernos. También, se explicarán las experiencias y escenarios que llevan a los individuos a optar por acabar con su vida, tomando como actores principales a los sectores intelectuales. Esto con el fin de bosquejar por medio de sus vidas y los escenarios en los que se vieron inmersos y como estos influyeron en sus decisiones de suicidio, sentando así las bases para entender dónde, cómo, para qué y por qué se opta por morir y con ello señalar las variables culturales y sociales que explican este acto en la modernidad.

2.1 Espacios de la modernidad: escenarios de suicidios

Con la llegada del siglo XX, la modernidad entra en un estado de crisis social, cultural, económica, política; debido al cambio de paradigmas abordados ya en el capítulo anterior. Y como lo veremos en este capítulo, es justo la crisis de la modernidad la que ha gestado incomodidad y malestar al individuo, quien se vuelve prisionero de un espacio envuelto en *racionalidad*, donde las relaciones se basan en la competencia, el beneficio y la meritocracia.

Las concepciones del espacio en la sociedad moderna han girado en torno a la idea de progreso. En un principio, la razón y la emancipación de los hombres eran la línea a seguir hacia el progreso, aunque “posteriormente se hizo sinónimo de crecimiento económico y se abocó a la modernización de países que no habían alcanzado a salir del atraso y la tradición; así se concibió la idea de desarrollo” (Olivares, 2016, p. 93). En la modernidad, la *ciudad* en tanto espacio es consagrada como modelo ideal de convivencia y socialización humana, es decir, el espacio urbano se superpone al espacio

rural (ahora ya como símbolo de atraso y de falta de progreso). De manera que los discursos se encaminaron a desacreditar la vida en el espacio rural mientras que la sociedad industrial era vista como un proceso civilizatorio en donde hombres, mujeres y niños [viven] en un espacio urbano donde el tiempo deja sentir su huella y el dinero mide la capacidad adquisitiva de los que decidieron construir la moderna manera de vivir y sentir el mundo” (**Graterol, 1990, p. 2**). Si hasta antes del siglo XIX la población mundial era mayormente rural a partir del siglo XX los papeles se invertirán, lo que quiere decir, una población mundial mayormente urbana. La lógica en ese momento fue la siguiente: la revolución industrial traía el progreso económico a las sociedades, la urbanización conllevaba el progreso social y el avance de la humanidad. Hoy sabemos que esto no ha sido del todo cierto.

El ethos histórico es un proyecto de construcción de una “morada” para una afirmación de lo humano frente a lo *otro*. **S. Gandler**, lo explica como “el conjunto de usos, instituciones sociales, formas de pensar y actuar, herramientas, formas de producción y consumo de valores de uso que hacen posible vivir como ser humano o como sociedad [...]” (**citado por Echeverría, 2000**). Es decir, un comportamiento para organizar y dar construcción a la vida. **Bolívar Echeverría (2000)** se refiere a este ethos como una estrategia que, a lo largo de la civilización, ha hecho vivible lo que bien podría resultar ser invivible.

Continuando con el mismo autor, argumenta que una característica del ser humano es su capacidad de autoconstituirse como sujeto, y que la historia de la humanidad es precisamente cómo acontece o cómo se lleva a cabo la autoafirmación de los hombres. Para el autor, los humanos están en constante enfrentamiento con lo *otro* con la finalidad siempre de la autoconservación. En el pasado los individuos se autoafirmaron y se sobrepusieron a la naturaleza, pero, resulta ser que en la modernidad la figura del *otro* con la que debe luchar y autoafirmarse es el capitalismo. Aquí también se nos plantea una paradoja, ya que “al tiempo que la época capitalista se presenta como lo *otro* invivible, también es la condición de posibilidad para la existencia humana” (**Echeverría, 2000, p. 38**).

En la modernidad capitalista, los individuos se encuentran enajenados, tal parece que han perdido su subjetividad y se torna con un cierto carácter “pasivo” (a pesar de que en un principio aparecían como sujetos activos en la creación de un nuevo mundo). Se trata de una de las contradicciones de la modernidad, la del sujeto que pretendía emanciparse, pero en el proceso este objetivo se deformó. **Touraine (1994)**, escribe que el proceso de modernidad pasa a un estado de crisis cuando la racionalización pasa de un principio crítico ordenado del espíritu moderno que quiere acabar con los dogmas que nos ataban a lo tradicional a solo buscar una legitimación para la explotación del individuo.

Para abordar el estado de crisis es necesario antes retomar brevemente el *espíritu moderno* porque representa una pieza angular para entender la crisis, esto debido a que la modernidad apela a la idea de progreso mediante la racionalización. Pero, justo es la racionalidad lo ha desencadenado la crisis moderna. De acuerdo a la noción de racionalización **Wolfgang Schluchter** (intérprete contemporáneo de Max Weber), sostiene que hay tres formas de comprender este concepto: 1) Racionalismo científico-tecnológico: como la capacidad de controlar el mundo a través del cálculo racional, 2) Racionalismo metafísico-ético: referido a sistematización de configuraciones de sentido, es decir expresa la tendencia del ser humano a entender el mundo como un cosmos significativo, y 3) Racionalismo práctico: que resulta ser la obtención de un modo de vida metódico (**Atria, 1997, p. 78**). La crisis de la que Weber escribe es precisamente sobre una crisis de sentido donde:

La modernidad, como espíritu de una época, sería en consecuencia un orden instrumental desprovisto de orientación finalista, incapaz de asumir la historia como movimiento hacia la realización de un mundo de valores. Se trata de una racionalidad que tiene fines (y por ende, cálculo de eficiencia de los medios) pero no finalidad (Atria, 1997, p. 95).

Y este es el problema, porque sin finalidad los fines se hacen contradictorios unos a otros, por lo que consecuentemente solo se aspira a lograr que tales contradicciones no rebasen un cierto límite de tolerancia. Aunque esto queda en entredicho si ponemos

de manifiesto las dos grandes Guerras Mundiales del siglo XX, donde la racionalidad fue usada para fines irracionales. Un estado de crisis hace posible la reformulación de la vida dando paso a nuevas estructuras que ya no son tan benevolentes debido a las contradicciones que están acompañadas de una connotación negativa, provocando un nuevo estado moderno que impuso incansablemente su propio orden social por todo el mundo. Provocando que para el individuo “no es un proceso de vida adoptado [...] sino que parece más bien una fatalidad o un destino incuestionable al que debemos someternos” (Echeverría, 1989, p.1).

El individuo de la modernidad, vive dentro de un mundo sumergido en la racionalidad instrumental⁹ que lo coloca como un ser cuyas conductas y decisiones están íntimamente regidas por la época y que además está en constante reestructuración. Un mundo que obliga a desarrollar técnicas que permitan sobrevivir a un ambiente que se vuelve hostil, con ritmos sociales cada vez más apresurados y donde el tiempo es cada vez más corto. Nos hemos convertido en aquella interpretación que **Benjamin (2008)** le dio al cuadro de Klee, pues somos individuos alejándonos de algo que no podemos dejar de mirar, nuestra vista está sumergida en la catastrófica modernidad que con su velocidad no nos deja detenernos, pues el aire moderno no deja de soplar tan fuerte. Provocando que no podamos parar, lo único que queda es voltear la mirada al pasado, mientras el cúmulo de ruinas va creciendo hasta el cielo.

Ante la condena, el ser moderno no se siente identificado con la cultura a la que pertenece y que recrea, pues en la vida cotidiana, las instituciones y organizaciones lo doblegan por medio de los grandes problemas y conflictos sociales y culturales. Lo que ocasiona que el espacio moderno no sea un sitio óptimo para desarrollarse. En palabras de Hannah Arendt “*El mundo ya no es más un lugar habitable*”. Ante los problemas, el hombre lúcido y educado genera resignación y nostalgia, entendiendo que se ha transitado de lo que **García (1992)** llama el mundo de la belleza al mundo del trabajo. El

⁹ Se entiende por racionalidad instrumental a una sola forma de pensar y de actuar el mundo, a partir de la razón utilizada como manipuladora de la naturaleza y de las culturas (Olivares, 2016, p. 96).

mundo del trabajo al que hace referencia García, es el mundo moderno, donde la economía es la base que mueve los hilos de la vida cotidiana y más que poner al hombre en el centro del mundo, lo moldea para ser una articulación más de la fábrica, la cual solo sirve al capital si es rápida. **Marx (2003)** escribe que en este mundo el hombre “convierte su cuerpo entero en un órgano maquina de una sola operación simple, ejecutada por él durante su vida” (p.57).

Esta repetición es la que deshumaniza, los hombres ahora enfocan la mayor parte del tiempo en el trabajo, debilitando su salud mental, fragmentando el bienestar del individuo y sus relaciones. En palabras de **Weber (2003)** “este es el destino de nuestra época con su característica racionalización e intelectualización y, sobre todo, con su desencantamiento” (p.24). La competencia e individualidad, ideas de la modernización a fin del progreso son causantes del desencantamiento de la realidad, pues, por un lado, se hace creer a los individuos que pueden cumplir cualquiera de sus metas o sueños, pero por otro los aliena para que cumplan un rol. Esto provoca un distanciamiento de la vida social en pos de una búsqueda de satisfacciones individuales, y que perfectamente Simmel sintetiza al decir que “la economía del dinero estimula en el hombre la tendencia a la abstracción y favorece el desarrollo de las facultades intelectuales, provocando una despersonalización de las relaciones humanas y volviendo al hombre individualista” (citado por Olivares, 2016, p.105). La despersonalización de los individuos, ocasiona que el espacio moderno deje de ser un lugar de civilidad -alejado de la idea que se tenía en un inicio cuando el espacio estaba orientado a crear encuentros con el otro-, ahora el espacio es un lugar privado de la convivencia, donde el individuo se vuelve un engrane alienado solo para trabajar de forma práctica:

[...] el pragmatismo tiene que ver con la conducta imbuida de razón; tiene que ver con el modo en que el conocimiento se relaciona con el propósito. Los pragmatistas ven la vida en términos de acción dirigida a fines. El pragmatismo es práctico en el sentido de que da prioridad a la acción sobre la doctrina y a la experiencia sobre los primeros principios prefijados. Tiene el propósito de guiar el pensamiento, un pensamiento que está orientado siempre a la acción y que encuentra en ella su prueba más fiable (Barrena, 2014, p.4).

No obstante, a estos individuos alienados se les vende la promesa de que dicho trabajo le entregará una serie de oportunidades, generando en ellos un espíritu optimista de la modernidad, esta promesa sin dudas nubla la vista de las personas y son sometidos a un sistema de competencia lo que a la larga provoca que cualquier fracaso de sus metas se sienta aún más como un veredicto condenatorio.

Los que están admitidos en un sistema de competencia y por varias razones no logran mantener el alto nivel competitivo, tienden a quitarse la vida [...] Aquellos quienes han perdido toda la esperanza de siquiera poder participar en los sistemas competitivos, generan crímenes que revelan un alto grado de resentimiento y venganza en contra de la víctima que representa al sistema del que se sienten excluidos para siempre (Fromm y Zubirán, citado por Manzo, 2005, p. 157).

Para cerrar este apartado, debemos entender que estamos en una época que promete una serie de libertades, pero al mismo tiempo somete a la miseria al individuo. Entonces el individuo fracasa en una época donde se inculca que es imposible el fracasar, pues el éxito se ha hecho sentir como una posibilidad continua y universal.

2.2 El bosquejo de los espacios suicidas en Durkheim

Los espacios abordados en el apartado se han transformado y han atrapado a los sujetos, los somete a la alienación racional a la que Weber acuña el término de “Jaula de Hierro¹⁰”. Son dichos espacios los que Durkheim bosqueja para explicar el fenómeno del suicidio, ya que este tema, para el autor no solo se debe explicar desde el individuo,

¹⁰ El puritano quería trabajar como vocación; nosotros estamos obligados a hacerlo. Cuando el ascetismo fue sacado de las celdas monásticas al mundo de la vida cotidiana y empezó a dominar la moralidad mundana, contribuye a la construcción del tremendo cosmos que es el orden económico moderno. La preocupación por los bienes materiales debiera estar en los hombros del hombre bueno (santo) como una liviana manta de la que uno puede despojarse en cualquier momento. Pero en la práctica esa manta se ha transformado en una jaula de hierro, Desde que el ascetismo se propuso remodelar el mundo y llevar a la práctica sus ideales en el mundo. Los bienes materiales han ganado un poder creciente y, finalmente inexorable, sobre las vidas de los hombres como en ningún otro período de la historia (Weber, citado por Atria, 1992, p. 80).

sino que debe ser explicado desde su vertiente colectiva. De tal manera que el sociólogo aborda el fenómeno del suicidio desde una visión estructuralista a fin de crear una tipología, la cual tiene una íntima relación con variables sociales. En un primer momento, **Durkheim (2004)** enfatiza que el suicidio se debe entender como “todo caso de muerte que resulte directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, realizado por la víctima misma, siendo que esta sabía que debía producir ese resultado” (p.5). Una vez que el autor bosqueja el concepto procede a generar una tipificación de dicho fenómeno dependiendo de una serie de variables sociales.

El primer tipo de suicidio es el *altruista*, el cual es provocado por algo que el autor llama una *individuación insuficiente*: “una individuación excesiva conduce al suicidio [...] pero también] una individuación insuficiente produce los mismos efectos. Cuando un hombre está separado de la sociedad, se mata fácilmente, y también se mata cuando está fuertemente integrado” (**Durkheim, citado por Neira, 2018, p. 142**). Es así que el suicidio altruista se da dentro de un espacio donde la sociedad logra integrar de manera excesiva al individuo provocando una posible tendencia hacia el suicidio. Para Durkheim el suicidio altruista representa una situación social en donde el suicida entrega su vida y su individualidad porque este se valora poco, en favor de un objetivo social o político.

El segundo tipo de suicidios es el denominado *egoísta*, este “depende del grado de integración de los grupos sociales de los cuales forma parte el individuo [...] Si se conviene en llamar egoísmo a este estado en el que el yo individual se afirma con exceso frente al yo social y a costas de este último, podemos dar el nombre de egoísta al tipo particular de suicidio que resulta de una individuación desmesurada” (**Neira, 2018, p. 142**). En otras palabras, el suicidio egoísta se da por una descomposición del entorno social que desvincula al individuo de la sociedad, haciéndolo pensar en un bien propio.

El tercero se denomina suicidio *anómico* y se refiere a un estado de desajuste o crisis, el cual “surge cuando la sociedad está alterada, sea por motivos dolorosos o felices [...] es entonces que se produce un alza brusca de suicidios y un estado de desajuste o de anomia en que las pasiones no pueden ser disciplinadas (**Neira, 2018 p. 142**). Este tipo de suicidio se da en aquellas sociedades que entran en un cambio de paradigmas, lo cual provoca que las personas pierdan las normas con las que viven, esto debido a un

cambio social veloz o inestabilidad económica, social, política y cultural.

El cuarto tipo de suicidio, según Durkheim, es el *fatalista* y se refiere “al momento en el que la sociedad oprime tanto al individuo que el único método de escape que encuentra es el suicidio.” Este tipo de suicidio se da en sociedades (tradicionales) muy cerradas que tienen interacciones y vínculos internos tan fuertes que pueden resultar oprimiendo al individuo al punto de no tener otra opción más tomar la vía el suicidio.

Podemos decir que el peso del trabajo de Durkheim en la sociología contemporánea aún es muy importante. Sin embargo, a lo largo de *El suicidio*, el lector va conociendo que la valoración que el autor da al hecho no es positiva, al entenderlo como un acto patológico de las sociedades. Durkheim no concibe que *No todo suicidio es precisamente un acto cargado de degeneración (patología)*. Y una explicación mejor sintetizada es la que **Frédéric Gonthier (1998)** ofrece, cuando afirma:

[...] según Durkheim, el suicidio no constituye nunca otra cosa que el síntoma de un cierto grado de patología de la estructura social. El número de suicidios nunca nos ofrece otra cosa que el índice de una desestructuración social y de un estado degradado de la moral colectiva [...] la idea de suicidio solo encuentra su lugar como anomalía que es necesario rectificar, como indicio de una patología que requiere corrección. Si la idea de suicidio es la «mejor» que ha tenido Durkheim, es también, y sobre todo, lo que su teoría de la sociedad pretende hacerse cargo de eliminar” (p. 121).

La sociología durkheimiana del suicidio vehicula valores extra sociológicos –pues es difícil escapar de la línea histórica que condena al suicidio–. Aunque, esto no debe ser motivo para echar por la borda el valioso trabajo tipológico que el autor hace del tema. Puesto que, los trabajos e investigaciones en torno al suicidio que surgieron a partir del siglo XX, han dejado de lado los argumentos teológicos o médicos como principales formas de explicar el tema. Hay un avance significativo en la forma de concebir y explicar este fenómeno y en lo que respecta este trabajo, no pretende satanizar al suicidio, sino tratarlo como un hecho social y estructural cuyo origen puede estar íntimamente relacionado con el malestar cultural.

2.3 La épica del suicidio en la modernidad

Una vez que se abordó como los espacios de la modernidad se han vuelto escenarios suicidas, se vuelve necesario el hacer una pequeña narración que describa a los actores de estas prácticas. Por lo cual, este apartado recaba una serie de historias de intelectuales que decidieron acabar con sus vidas dentro de la modernidad y con ello bosquejar quiénes, cómo, dónde, por qué y para qué cometieron dicho acto. Esto con el fin, de demostrar que la modernidad crea una estigmatización del suicidio, ya que dicho acto no necesariamente es de personas débiles, y está influenciado por una serie de diversas razones ya sean directa o indirecta en la toma de tal decisión.

2.3.1 El suicidado por la sociedad: Van Gogh

Acurrucado en el cuerpo de una de las personas que más amó y luchando por respirar dijo: *Quiero morir así*, después de ello no tardó mucho para que su apasionado corazón se detuviera. El artista le hizo frente a la muerte y todo el dolor vivido fue parte del recuerdo. Vincent Willem Van Gogh, nació en Groot-Zundert, Países Bajos. Hoy, reconocido como uno de los artistas más famosos de todos los tiempos. En cambio, durante su vida fue prácticamente desconocido y considerado un fracasado. Amaba el arte con una vehemente locura, sus inicios fueron como un dibujante a carboncillo, aunque más adelante estudiaría un estilo de pintura llamado neo-impressionismo, o puntillismo técnico que definiría su trabajo.

Hasta ahora son diversas las especulaciones que giran en torno a la muerte de Van Gogh. Se escriben que: “Nadie sabe lo que ocurrió en las cinco o seis horas transcurridas entre el momento en que Vincent comió al mediodía del 27 de julio [1890] en el hostel Ravoux y su vuelta con una bala en el estómago esa noche” **(Naifeh & Smith, 2011, p. 780)**. Entonces, vale la pena detenerse a pensar porque un hombre con una herida de bala se encuentra en este apartado dedicado a suicidios de intelectuales, pero la respuesta llega al indagar en la vida de este hombre.

Su vida se regía por pasiones titánicas, indomables: amor/desamor, hiperempatía, locura, soledad y depresión. *¡Soy un fanático!*, declaró Vincent en 1881 con vehemente actitud. *Tengo una enorme fuerza interior... Es un fuego que no debo apagar sino avivar*

(Naifeh & Smith, 2011, p. 21). A lo largo de su vida adquirió conciencia sobre la injusticia social misma que retrató en diversas pinturas donde a simple vista parecía ser todo menos la cara de la desilusión y tristeza. Es así como nace un corto ensayo escrito por **Antonin Artaud (2008)**, donde se hace una crítica a la psiquiatría de la época y sobre los métodos ocupados para llevar al individuo a la reinserción social. Este ensayo también puede ser interpretado desde el aspecto social, porque para Artaud, la sociedad no se limitó a alienar a Van Gogh, sino que lo empujó a la muerte, “lo suicidó” en el momento mismo en que el artista llegó con su cuerpo y su pintura a encontrar el lugar del yo humano.

Van Gogh a lo largo de toda su vida buscó el suyo [el lugar del yo humano] con excepcional energía y decisión. Y no se suicidó en una crisis de locura por la desesperación de no llegar a encontrarlo, por el contrario, acababa de encontrarlo y de descubrir quién era él mismo, cuando la conciencia unánime de la sociedad, para vengarse y castigarlo por haberse alejado de ella, lo suicidó (Artaud, 2008, p. 7).

Días después de que Van Gogh llegará herido comenzaron los rumores de que él mismo se había autolesionado y no se dudó en preguntarle: *¿Quería suicidarse?* Vincent replicó vagamente mientras parecía ponerle más atención a la nada: *Creo que sí.* Le fue recordado que el suicidio era un delito contra Dios y contra el Estado. Pero, eso no pareció dañar en absoluto la desilusión en su rostro, justificó ya resignado haber actuado por una pasión extraña y esporádica. Y expresó: *No acusen a nadie, dijo, he intentado matarme (Naifeh & Smith, 2011, p. 780).* Fue una infección letal lo que provocó que el 29 de julio de 1890 dejara de respirar. *Ha hallado el descanso que buscaba,* escribió Theo (su hermano) a su madre. *La vida era una carga tan pesada para él [...] ¡Oh, madre! ¡Era mi hermano, mi hermano!*

2.3.2 El desencanto de una vida: Woolf

Virginia Woolf es una de las escritoras más importantes del siglo XX. Su técnica narrativa del monólogo interior y su estilo poético destacan como las contribuciones más relevantes a la novela moderna. Pero, la mañana del viernes 28 de marzo de 1941

Adeline Virginia Woolf, terminaba de escribir una nota a su esposo y se dispuso a salir rumbo al río Ouse; durante el camino, decidió guardar en sus bolsillos cada piedra que encontraba a su paso y al llegar se sumergió dentro del río hasta acabar con su vida a la edad de 59 años. Aun así, no fue hasta la hora del almuerzo cuando Leonard Woolf, pudo leer la nota que comenzaba con: *creo que voy a enloquecer de nuevo*; y aunque trato de detenerla, no pudo encontrarla hasta un mes después flotando en las orillas del río. Entonces “Leonard enterró sus cenizas en el lindero del jardín de Monk’s House, al pie de un olmo” (**Gordon, 2018, p.309**). Ante esta narración se vuelve necesario el explicar cuáles fueron los motivos que la llevaron a cometer suicidio, para esto nos adentraremos a en su vida, y así entender que llevó a una de las grandes escritoras del siglo XX a tirarse al río Ouse a sus 59 años.

Los primeros años de Virginia se pueden entender tal y como lo menciona **Gordon (2018)**, con dos de los recuerdos que la autora llevará hasta su último día. El primero de ellos es la costa del norte de Cornualles, ya que “Una mañana temprano acostada en el cuarto de los niños [...] oyó las olas romper, uno, dos, uno, dos... detrás de una persiana [...] encontró] el éxtasis más puro que pudo concebir” (**p.10**). Dicho acontecimiento se vuelve importante por qué ese momento la inspiraría para escribir sus más grandes obras, pero también esconde un gran simbolismo con su muerte. No es coincidencia que la autora haya decidido tirarse al río aquella mañana, ya que para ella el agua era una obsesión. Tal y como lo narra **Rhoda (1940)**, para Virginia:

*Las rocas se desvanecen. Innumerables y pequeñas olas grises se extienden delante de nosotros. Ya no toco nada; no veo nada. Podríamos caer y reposar sobre las olas. El mar golpear en mis oídos. Los pétalos blancos se obscurecerán al contacto del agua marina. Flotan por un instante y después se hundirán. Seré arrollada por una ola. Otra me llevará sobre sus hombros. Todo se derrumba en una catarata gigantesca en la que me siento disolver (**Rhoda citado en Las Olas, 1940, p.6**).*

Ahora bien, el segundo es el de sus padres, Leslie Stephen y Julia Stephen, quienes desde pequeños los estimularon y alentaron a estudiar recibiendo una educación privilegiada rodeada de intelectualidad; sin embargo, dicho momento solo quedaría en el

recuerdo de Virginia y en una foto deteriorada por el tiempo donde su madre les leía a sus cuatro hijos, como se observa en la **Figura 1**. Esto debido a que en 1895 su madre muere debido a una fiebre reumática y nueve años después su padre Leslie, también. Dichas muertes marcaron a Virginia Woolf a lo largo de su vida, ya que estos sucesos afectaron su condición mental siempre poniendo el pasado antes que su presente, debido a que para Virginia “el pasado es hermoso [...] porque nunca experimentamos una emoción en el momento. Se expande más tarde, y por eso no tenemos emociones completas sobre el presente, sino tan sólo sobre el pasado.” (**Gordon, 1984, p.11**).



Figura 1: Stephen niños con Julia en lecciones, Talland House c. 1894

Tras estas muertes Virginia se vio atormentada por los constantes abusos sexuales que recibía de sus hermanastros Gerald y George, lo que provocó que “La propia Virginia relacionaba su temor a las relaciones sexuales y la repulsión que su cuerpo la producía que no podía soportar el verse contemplada en un espejo.” (**García, 2004, p.73**). Ante estos infortunios en 1907, Virginia y sus hermanos Vanessa, Adrian y Thoby se mudaron a Bloomsbury al Oeste de Londres y es justo aquí donde la escritora desarrollara “sus famosos arranques de excentricidad y sus recaídas en la enfermedad, así como las leyendas asociadas de una mujer inválida, un cuerpo frígido, un retiro del mundo.” (**Gordon, 2018, p.13**).

Sin embargo, no son solo por estos momentos traumáticos pasaría la autora, ya que esta estuvo inmersa dentro de dos guerras mundiales, las cuales repercutieron en un deterioro de su salud mental y por consiguiente del desencanto de su vida. Puesto que, estos periodos para Virginia Woolf eran tiempos repulsivos; sin embargo, esto lo expresó por medio de sus novelas en las que “el tiempo se despereza sobre los

recuerdos o se contrae cuando una época vacía, como la guerra, pasa velozmente, o permanece inmóvil en los momentos [...] de vida” (**Gordon, 2018, p.178**). Es por esto, que la guerra es descrita por la autora como un daño no solo para la sociedad, sino para el mismo individuo y esto fue expresado en su novela que lleva por nombre *La señora Dalloway*, en donde aborda cómo la guerra vuelve a los hombres insensibles. En sus palabras “esta época tardía de la experiencia del mundo había engendrado en todos ellos, en todos los hombres y mujeres, un pozo de lágrimas y penas; valor y resistencia, un porte perfectamente recto y estoico” (**Woolf, 1992, p.10**).

Pero no fue hasta 1939, que la Segunda Guerra Mundial estalló que ella se declaró completamente en contra de la guerra, pues en septiembre de 1940 el ejército alemán bombardeado su casa en Londres, ese es el punto de inflexión que acabó por sumergir a Virginia Woolf, ya que dicho pasaje acabó con la salud mental. Podríamos decir, que fue justo ese acontecimiento el que la llevó a desencantarse de la modernidad y refugiarse en dentro de las lecturas de aquellas obras de la literatura inglesa como la poesía de Anón, Chaucer, Shakespeare, Dickens. Encantada por el romance comenzó a oír sus aspiraciones, sus blasfemias, sus obscenidades (**Gordon, 2018**). Es así, como Virginia comenzó a hundirse en una depresión y escepticismo que la llevaron al río Ouse aquella mañana de marzo.

2.3.3 Walter Benjamín perseguido por la muerte

Walter Bendix Schönflies Benjamin, nació en Berlín, el 15 de julio de 1892, hijo de Emile Benjamin y Pauline Schönflies, una pareja judía acomodada, lo que le brindó oportunidades para ser un escritor, teórico marxista y filósofo estético alemán, considerado uno de los pensadores más importantes e influyentes del siglo XX, y una de las figuras más destacadas de la Escuela de Frankfurt. Sin embargo, su condición como judío pronto acabo afectando su estadía, pues en 30 de enero de 1933 el partido nazi subió al poder y su condición de judío hizo que fuera perseguido en diversas ocasiones al punto que esté tuvo que huir dos meses después de Alemania en 1933, pues en palabras de Walter:

Por lo que a mí respecta no son las circunstancias más o menos previsibles desde tiempo atrás, las que me han llevado, hace solo una semana, a la ejecución

repentina de mi decisión de abandonar Alemania. Fue más bien la simultaneidad casi matemática con la que, desde los lugares que venían al caso, se me devolvieron manuscritos, se rompieron tratos no considerados o ya cerrados y se dejaron demandas más sin respuesta (Benjamin, 2011, p.41).

Dicha persecución, tal y como lo menciona Walter acaban cerrándole las puertas laborales en Alemania, teniendo que mudarse a París que comenzaba a aceptar refugiados políticos. Sin embargo, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, dicha persecución se incrementó hasta el punto que al iniciar el conflicto en septiembre de 1939, el autor fue internado en el campo de concentración de Clos Saint Joseph en Never. **(Ballester & Colom, 2014).**

El día 16 de diciembre de 1939, escribe una carta a Max Horkheimer un filósofo, sociólogo y psicólogo que había conocido en Frankfurt, en dicha carta Benjamín pedía auxilio a su amigo, ya que Europa estaba sumergida en las tensiones políticas que volvieron más intensa la persecución de la raza judía. Por lo cual, pedía incansablemente que intercediera por él para obtener su visado para huir a Estados Unidos. **(Ballester & Colom, 2014).** Es así que, Adorno consigue la visa para que Benjamín pueda irse a Estados Unidos, pero intento de salida de Europa no sería tan fácil, pues aguardaba al autor una odisea que desembocó en su muerte.

Dicha odisea comienza en 1940, una vez que su visa fue remitida, este pone manos a la obra y emprende su huida de Francia, que le había dado residencia desde que fue liberado del campo de concentración. El plan era unirse a un “grupo de refugiados [...que] abandonaría Francia por un paso clandestino de los Pirineos. Esperan atravesar España y seguir su ruta hacia América, huyendo de la barbarie que se había apoderado de Europa.” **(Chico, 2017, p.2).** La travesía fue un suplicio para Benjamín, pues tuvo que recorrer un Francia fascista invadida por los alemanes y aunque muchos de los refugiados que lo acompañaban no creían que Benjamín lograra llegar a la frontera debido a su afección por su enfermedad coronaria lo volvía un hombre débil y abatido **(Ballester & Colom, 2014).**

Benjamín llegó a la localidad fronteriza Port-Bou y estando a unos cuantos metros de escapar se vio envuelto en una serie de problemas, era como si se tratase de una

obra trágica, pues al llegar fueron detenidos por una patrulla franquista que les dejó hospedarse en un lúgubre hotel para que al otro día fueran de nuevo deportados. Aquella noche del 26 de septiembre de 1940 se volvió cómplice de Benjamín en su decisión, pues mientras se encontraba paralizado de miedo a ser reportado y capturado por el nazismo decidió



Figura 2: Placa en la casa en la que murió Walter Benjamin (recuperado de García, 2016).

Es su habitación que Walter pensó que solo había solución y sin demorarse abrió el maletín que cargaba y con una nostalgia procedió a sacar una botella de morfina que se tomó sin rechistar; una vez terminada, del mismo maletín sacó una hoja de papel y bolígrafo para con estos escribir una carta a Theodor Adorno la cual decía: “En una situación sin salida no tengo más opción que ponerle fin. Será en un pequeño pueblo de los Pirineos en el que nadie me conoce donde mi vida se acabará” (cita). Es así como Walter se desprende de su vida antes de que los alemanes lo capturen y acaben con su vida. Aquella noche el suicidio se volvió la herramienta más coherente para que el escritor salvara su dignidad.

2.3.4 Vivir con la muerte

Ernest Miller Hemingway nació el 21 de julio de 1899 en Oak Park (Illinois, EE. UU). Fue uno de los mejores novelistas estadounidenses del siglo XX, también destacó como autor de cuentos. Pero en la madrugada del domingo 2 de julio de 1961 en Ketchum Idaho,

Ernest Miller Hemingway bajaba las escaleras de su casa rumbo al sótano donde guardaba su escopeta favorita, la tomó y procedió a sentarse en su sala. A la luz de la noche cargó el arma y sin pensarlo la puso entre su boca y apretó el gatillo. Así terminó la vida de Hemingway a los 61 años, uno de los escritores más emblemáticos del siglo XX. Pero, nace la pregunta a qué llevó a Hemingway a acabar esa madrugada con su vida, para vislumbrarlo se vuelve necesario sumergirnos dentro de su vida con el fin de entender su decisión.



Figura 3: Ernest Hemingway con una escopeta (recuperado de Jabois, 2021).

Comencemos con sus primeros años de vida donde sus biógrafos, ponen el punto de inflexión, ya que en estos él adquirió algunos de los traumas que llevaría el resto de su vida, puesto que en esta etapa se enfrentó a la dualidad de sus padres. Por un lado, su padre que le enseñó a cazar, pescar y dominar las armas, en una de estas travesías Ernest se ve obligado a “mascar y tragar un fétido y correoso puerco espín que había matado por capricho” (**Burgess, 1985, pp.21-22**). Del otro lado, su madre era una mujer autoritaria y dominante que quería una niña, lo que provocó que durante su niñez Hemingway fuera educado por ella como una mujer. En palabras de **Burgess (1985)**. Estos traumas provocaron que “posteriormente [... Hemingway] se referiría a su madre como la vieja arpía. También se iba a volver contra su padre [... cuando] se mató de un tiro en un estado de depresión.” (**p.24**).

Es justo esta niñez, la que forjó el misticismo en torno a la vida del escritor, pues estos momentos hicieron que el autor se fuera de su casa a los quince años; sin embargo,

regresa para poder seguir estudiando y en 1917, después de graduarse de Oak Park High School, se convirtió en escritor de Kansas City Star, donde le pagaban 15 dólares a la semana y un manual de estilo Star. No obstante, con el estallido de la guerra pronto Hemingway “empezó a anhelar vida más amplia de la de Europa [...] vida con peligro y muerte en ella” (**Burgess, 1985, p.36**). Es así como en 1918, se alistó en la Cruz Roja y fue enviado a Italia. Este momento también influye en Hemingway, el cual:

*regresó a Oak Park insatisfecho [...] deambuló por allí con su capote militar italiano, bebió vino, cantó viejas canciones [...] y no hizo nada para encontrar trabajo. [...] Incluso su manera de hablar había cambiado. Había adoptado [...] una forma de hablar cortante [... por lo cual fue] expulsado de casa por su madre que se quejaba de su costumbre de haraganear (**Burgess, 1985, p.44**).*

Este suceso es el punto de inflexión de Hemingway, pues su niñez y lo aterrador que vivió en la guerra provocaron que su vida no volviera a ser la misma, ya que su vida se desarrolló en torno a una serie de excesos los cuales muchas veces los contaba en sus historias, pues sus “personajes [...] llevan una vacía vida alcohólica en París; luego, en Pamplona, se ven envueltos en el ritual regenerativo y purificante de la corrida” (**Burgess, 1985, p.73**). Y aunque él, estaba en contra del suicidio siempre llevó a la muerte en su vida, y cuando esa idea de muerte no le dio más satisfacciones, la tristeza inundó su ser y aquella vida de excesos ya no le daba el reconocimiento que buscaba. Por lo cual, su salud física y mental se deterioró y poco a poco su vida se fue extinguiendo y tal vez como el mismo Hemingway lo dijo alguna vez “Si nuestros padres son la vara con la que nos medimos, vivir a la sombra de un padre suicida equivale a viajar por una carretera llena de baches en un camión cargado de nitroglicerina” (**citado por García et al., 2017, p.396**). Hemingway viajaba por la vida con una bomba de tiempo, que con cada mal momento lo acerca a su destino, la muerte, pero antes de que dicha bomba llegará a tiempo él decidió acabar con su propia vida.

2.3.5 La muerte Yukio Mishima como crítica a los valores actuales

Yukio Mishima, prolífico escritor japonés, autor de más de veinte novelas, decenas de piezas teatrales y numerosos cuentos, poemas, artículos y ensayos. Su temática audaz y descarnada, atenta a los aspectos más oscuros de las pasiones humanas, contrasta

con la delicadeza y contención de su estilo. Probablemente, el escritor nipón más conocido en el extranjero, trazó con doloroso detalle el desarrollo de la personalidad y el efecto devastador de las crueles paradojas de deseo y rechazo, de belleza y violencia, que la van conformando.

Yukio Mishima había planeado su suicidio fríamente durante más de un año, pero no fue hasta que el 25 de noviembre de 1970 que, con la ayuda de tres de sus miembros, habría de ocupar el cuartel general de las Fuerzas de Autodefensa de Japón, tras una arenga fútil sacaría un sable ante sí y con una mirada melancólica procedió a recordar toda su vida; mientras apuñalaba vientre y gritaba *“larga vida al emperador”*. Pero, qué llevo a Mishima a acabar con su vida ese día y de esa forma, pues bien, para descifrar este suicidio es necesario regresar unos años antes, esto con el fin de vislumbrarlo.

Comencemos abordando, la Segunda Guerra Mundial, ya que para Mishima este acontecimiento le generó un trauma que cambiaría radicalmente su percepción de la modernidad, provocando que, al finalizar la guerra, organizará un movimiento para restaurar la autoridad imperial y la disciplina de guerra que Japón había perdido con su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Pues él creía que al perder la guerra “el régimen imperial [... se convirtió] en un asunto de papel cuché” **(Mishima, citado por Ishihara, 1991, p.94)**.

Es justo esta idea la cual lo llevó el 25 de noviembre 1970, a dar un discurso el cual pretendía inspirarles para dar un golpe de estado y devolver al emperador a su legítimo lugar. Lo único que consiguió fue irritarles y ser objeto de burlas y abucheos. Incapaz de hacerse oír por encima del alboroto, terminó su discurso previsto después de sólo unos minutos. Volvió a entrar en el despacho del comandante y cometió seppuku (suicidio por destripamiento).



Figura 4: Cabeza decapitada de Yukio Mishima (recuperado de Cárdenas, 2019).

Dicha práctica “al fin y al cabo se trata de una práctica que se encuentra dentro de su cultura y tradición y que a Mishima llegó a obsesionarle. No la muerte natural, sino la violenta y heroica, la muerte como liberación.” (Sánchez, 2006, p.14). Es así que, su muerte no fue solo por el mal momento que pasó, sino que desde un año antes él comenzó a preparar su muerte al darse cuenta de que sus ideas jamás podrían hacerse realidad debido a que las ideas políticas de Mishima estaban dominadas por el lenguaje de la estética y estaban desconectadas de la realidad política del Japón de posguerra.

2.4 Las variables del suicidio: contextos y circunstancias

Dentro de la modernidad, el suicidio se ha tomado como un problema que solo puede explicarse por lo psicológico; sin embargo, este fenómeno no siempre está relacionado con problemas mentales, sino que este responde a una serie de consideraciones sociales que impulsan al individuo a tomar esta decisión. Por lo cual se vuelve necesario el bosquejar cómo los diferentes contextos y circunstancias generan dentro de los individuos variables que los llevan a tomar la decisión de acabar con su vida. Es así que este apartado tratará de ser la síntesis que mezcla lo visto dentro del capítulo, destacando como dicho acto debe ser explicado desde una visión interdisciplinar que no aprisione el fenómeno. Por lo cual, en este apartado abordaremos los contextos en donde los suicidios tuvieron un alza.

2.4.1 El suicidio y los momentos modernos de inflexión

Como ya abordé al principio de este capítulo, la época moderna y su espíritu de cambio tienden a la constante incertidumbre, es el periodo donde nada es seguro, ni absoluto, algo que resume maravillosamente Marshall Berman en su interpretación de Marx al decir que la modernidad es "... la unidad de la desunión, nos arroja a una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo donde: *"Todo lo sólido se desvanece en el aire"* (Berman, 1988, p. 1). La incertidumbre genera que el individuo tenga que elegir entre dos opciones; la primera, volverse prisionero de la época, aquella que viaja a una velocidad tan rápida que vuelve a cualquier individuo infeliz; mientras la segunda, es tomar la decisión de escapar de este periodo ya sea por medio de una alienación o la muerte misma. Es justo en la segunda opción que el suicidio encuentra cabida, surge como vía alterna para escapar y de paso poner en manifiesto su inconformidad ante lo que está preestablecido y aceptado de manera general. Por lo cual, en este apartado se pasa a describir los momentos dentro de la modernidad en que los individuos deciden acabar con su vida, tomando como principal referencia variables sociales que deben de tomarse como detonadores de dicho acto.

Comencemos abordando que dentro de la modernidad existen diversos momentos de inflexión, ya que sería un error el abordarlo solo como una simple crisis, puesto que en estos tiempos son diversas las crisis aqueja a nuestra existencia, al punto en que el individuo solo puede despertar el instinto de la muerte. Dicho instinto es generado en la época moderna por la falta de libertad, al igual que un exceso de vacío existencial, debido a la desconexión de todo lo que les envuelve. La vida moderna no regaló libertades, pero sí heredó compromisos y exige cumplir con normas de competitividad. Así es como al individuo no le queda más que entrar en un proceso destructivo.

Originalmente, está todo en el interior, después una parte suya es enviada hacia el exterior y obra como agresividad, mientras la parte que queda dentro es el masoquismo primario. Pero cuando la parte exterior tropieza con obstáculos demasiado grandes para vencerlos, el instinto de muerte vuelve a dirigirse hacia dentro y se manifiesta en forma de masoquismo secundario (Fromm, 1983,

p.443).

Tal y como lo dice Fromm, este instinto masoquista surge cuando el individuo en vez de alcanzar sus metas, tropieza garrafalmente generando un malestar por la realidad. Pero también existe otro momento en que el individuo puede desilusionarse de la vida y este tiene que ver más con las situaciones de crisis las cuales amenazan la sensación de seguridad y certidumbre y no se cuenta con las herramientas adecuadas para hacerlas frente. Estas dos formas de desencanto desembocan en la frustración del individuo que no tiene más que dos opciones; alienarse de la vida o acabar con su vida.

El siglo XX puso en entredicho al proyecto de modernidad, pues la racionalidad en aras del progreso se había deformado, trayendo consigo una crisis de sentido y que Max Weber estudia vehementemente (**Atria, 1997**). Usar la racionalización científica-tecnológica para fines no racionales donde los ejemplos perfectos saltan a la vista: la Primera y Segunda Guerra Mundial (1914-1919 y 1939-1945) cuyos costos humanos pusieron en jaque la veracidad del proyecto, y donde sus efectos marcaron la vida de generaciones posteriores. Nadie fue ajeno a las dos grandes guerras, ni la vida económica, ni cultural, ni política, ni artística e intelectual, pues cada uno desde sus diferentes sectores trataron de darle una respuesta a lo que estaba pasando en el mundo. No obstante, el nivel de hostilidad, de degradación moral, económico y ambiental resultó ser catastrófico.

A excepción de Van Gogh, la lista de intelectuales abordados en el apartado anterior tuvo un encuentro directo con las grandes Guerras del siglo XX, sus experiencias e impresiones fueron plasmadas en parte de sus obras cuya centralidad de emociones se halló en la decepción y desilusión ante la realidad. El estado de anomía a la que habla Durkheim resulta cobrar sentido aquí, ya que: “surge cuando la sociedad está alterada, sea por motivos dolorosos o felices [...] es entonces que se produce un alza brusca de suicidios y un estado de desajuste o de anomia en que las pasiones no pueden ser disciplinadas (**Neira, 2018 p. 142**). No solo las Guerras del siglo pasado son las únicas causantes de inestabilidad social, también lo son las crisis económicas (tal es el caso de 1929 y las constantes crisis del neoliberalismo a partir de 1960), la migración etc. ante lo cual se vuelve necesario marcar a estos estados de desajustes sociales como

detonantes para desarrollar enfermedades psicológicas cuyo desenlace podría ser suicidio.

Hablamos ya de la racionalidad instrumental y de una crisis de sentido entre la finalidad y los fines, es momento de hablar de la crisis del individuo, vista desde la pérdida de la racionalidad de la confianza que propone Giddens. En el mundo moderno, las personas se sumergen en una crisis de desarraigo que los despoja de la matriz en la cual se constituyen las bases de la confianza y en consecuencia esto trae consigo un exceso de individualismo.

los sistemas abstractos, en especial los sistemas expertos de las profesiones, son propios de la modernidad y estos sistemas abstractos se expanden en la doble configuración de estado y clases. el punto decisivo aquí es que esos sistemas abstractos son incapaces de enraizar al sujeto en el terreno de su identidad personal y colectiva (Atria, 1997, p. 96).

El desarraigo provoca que el individuo esté en el mundo de la vida social, pero, no se siente parte de ella, lo que le hace replantearse su existencia sobre el escenario en el que se encuentra parado. Habermas explica que la sociedad en la modernidad produce dos formas de coordinación; la vía del control (sistema) y la vía de la acción (comunicación) **(Seth, 2014)**. Aunado a esto **Raúl Atria (1997)** argumenta que esta doble racionalidad de la coordinación genera tensiones y conflictos en la coexistencia del mundo de la vida, y esto podemos trasladarlo al lado de la cultura.

En conclusión, la cultura capitalista tiende a generar objetivos que atentan contra la existencia de la diversidad, al poner en manifiesto una correcta forma de actuar y de pensar y desvaloriza otras formas de concebir la vida, pero al mismo tiempo se propone a colonizar por medio del control ideológico. Sin embargo, la contradicción y la crisis llegan a afectar al individuo al punto en que esté sé percibirse ajeno a su realidad. Los tipos de crisis que se han expuesto durante todo este capítulo sirven para demostrar que el suicidio intelectual guarda íntima relación con los momentos de inflexión, ya que despojan y desarman al individuo. De tal forma que este entra en un estado de autodestrucción que le sirve como una defensa para aliviar los pesares provocados por

procesos históricos y los contextos de violencia a los que se ve sometido. Donde pareciera no haber más alternativa que aceptar las reglas del orden cultural, despojándose de su felicidad y coaccionándose a las normas de la modernidad, el suicidio se presenta como una respuesta y como una estrategia hacia la emancipación de los impuestos sociales y culturales.

CAPÍTULO 3

EN TORNO AL SUICIDIO INTELECTUAL: ESTIGMATIZACION O ROMANTIZACION DE LAS PRÁCTICAS

El objetivo de este último capítulo está enfocado en generar una discusión en torno a cuáles son los efectos que tiene la normalización de los actos de suicidio de intelectuales en la sociedad con respecto a las actitudes, creencias y prácticas culturales. Para lograr dicho objetivo comenzaremos creando una discusión en torno a cómo los intelectuales que vimos en el capítulo anterior perciben su experiencia en la modernidad. Después se bosquejará como su suicidio puede entenderse como un instrumento contracultural ante el desencanto moderno que no puede cumplir sus exigencias. Mientras que en el último apartado se desarrollarán los dilemas del suicidio como falta de respuesta a los problemas de la realidad.

3.1 La percepción del intelectual ante la modernidad

A lo largo de este trabajo se ha abordado el desencanto que los individuos tienen de la modernidad; sin embargo, este apartado debe considerarse una piedra angular, ya que procede a bosquejar la visión de los intelectuales suicidas vistos en el apartado de la épica del suicidio. Se vuelve relevante entender cuáles son las visiones que ellos tienen de la época en la que viven, así como las diversas amenazas y riesgos que perciben dentro de un escenario cuyos cambios son más apresurados. Por lo cual, parte de todo este capítulo tendrá una suerte de debate entre lo que los teóricos de la modernidad y la percepción que tienen los intelectuales de este tiempo. Desde el ascenso de la modernidad el intelectual ha tratado incansablemente que sus obras se vuelvan

pinceladas del contexto en el que se está viviendo, lo que provoca que cada uno de estos intelectuales ofrezca una descripción por medio de sus creaciones, escritos o pensamientos.

3.2 Diálogos ficticiales

3.2.1 Van Gogh y la sociedad

El mundo resulta ser en ocasiones incomprensible y demasiado profundo, pero el artista intenta sumergirse en este, él artista es quizás el hombre más apasionado en el universo de los hombres porque vive cada emoción y no teme mostrarse y mostrar a otros lo que ha hallado. Él artista no escapa del entorno, y al mismo tiempo lo que es la sociedad no puede huir del ojo del artista porque este lo ve, lo siente y lo dice como si este se tratase de un reflejo de su contexto.

Nos encontramos a finales del siglo XIX una época paradisíaca para algunos, para otros es solo una época más, igual a otras: pesada, decadente o esclavizante. En esta ocasión tenemos la oportunidad de entrevistar a Vincent Van Gogh, él es un artista de estos tiempos Modernos, aunque, en la escena artística resulta ser un pintor cuya popularidad no le ha favorecido. Nacido en Holanda, a la edad de 16 años comenzó su carrera como aprendiz de un comerciante de arte en donde tuvo su primer acercamiento con otros artistas de la pintura.

A continuación, conoceremos al hombre detrás de la obra.

* Bien, Vincent, es un placer tener la oportunidad de conversar con usted.

-Vincent asiente sin evocar palabra alguna-

* Nuestra primera pregunta es ¿qué tipo de artista es usted?

Vicent: *-toca su barbilla- Tal vez Dios me hizo un pintor para gente que aún no nace.*

A lo que me refiero es que mi trabajo parece no interesarle al público actual. Mientras pintó un cuadro en que no se ven resplandores de lámpara al modo de Dou o de Van

Schendel, quizá no sea inútil observar que una de las cosas más bellas de los pintores de nuestro siglo ha sido pintar la oscuridad que, a pesar de todo, es color. Yo busco ahora exagerar lo esencial. No quiero reproducir exactamente lo que tengo delante de los ojos, sino que me sirvo arbitrariamente del color para expresarme con más fuerza. (Van Gogh, Fragmento en Leonforte y Roiz, 2013).

*Si no erramos, es considerado un pintor dentro de la categoría del Neoimpresionismo. Al tener de frente sus obras nos ha parecido que usted no se paraliza, al contrario, sus trabajos son muy ambiciosos: Aunque, al mismo tiempo tenemos la sensación o interpretamos que en sus obras hay una obsesión que lo angustian, que lo aceleran, que pueden ser liberadores y que al mismo tiempo parecieran aprisionarlo. ¿Por qué esta serie de contradicciones?

Vincent: *Creo que es una excelente pregunta, Yo siento en mí un fuego que no puedo dejar extinguir, que, al contrario, debo atizar, aunque no sepa hacia qué salida esto va a conducirme. No me asombraría de que esta salida fuese sombría. He sido estimulado por una sobreabundancia de impresiones, y he querido ser un artista porque deseo pintar y porque presiento que la entrega y el esfuerzo me ayudaran a encontrarme con aquello que buscó. Además, tengo esa angustiante necesidad de que aquello de lo que está lleno mi cabeza y mi corazón debe reaparecer en forma de dibujos o pinturas... casi nunca puedo mantener la calma, ya que mis convicciones están tan arraigadas que a veces es como si me atenazaran la garganta. Quiero y necesito expresar la potencia tan arrolladora con que se percibe la naturaleza y sus habitantes: El paisaje, la luz, mi vida en el sur, me pueden dar las armas para transmitir y personalizar un lenguaje propio en mis obras. (Van Gogh, Fragmento en Leonforte y Roiz, 2013).*

*Vincent en su respuesta ha traído a tema su vida en el sur, en aquel ambiente rural ¿qué ha hallado ahí? Sabemos que uno de sus cuadros, *Los comedores de patatas* de 1885 guarda relación con la pregunta que acabamos de hacer ¿puede hablarnos como se relaciona con el sur?

Vincent: *En “Los comedores de patatas” he intentado describir la auténtica vida rural y como esta difiere de lo que se describe como una vida civilizada. Personas que día a día*

se encuentran trabajando en el campo para producir sus propios alimentos. Aunque, parece una pintura de simples tonos oscuros me he encargado de pintarlo con una variedad de colores como marrón, rojo ocre, amarillo ocre, azul, y algunos otros para obtener la iluminación gris y el conjunto neutro. Aunque, resulta que, para muchos, a pesar de los seis meses que me llevó el estudio de este cuadro, es deficiente.

Yo no reniego del otro, no idealizo ni intentó esconder los problemas del mundo dentro de una imagen idealizada, mi búsqueda está ligada con la verdad. He querido dedicarme concienzudamente a dar la idea de que esa gente que, bajo la lámpara, come sus papas con las manos que meten en la fuente, también ha labrado la tierra. Mi cuadro, pues, exalta el trabajo manual y la comida que ellos, por sí mismos, se han ganado tan honradamente. Con su falda y su blusa azules cubiertas de polvo y remendadas, que, por efecto del tiempo, el viento y el sol han tomado los matices más delicados, una criada de granja es, en mi opinión, más hermosa que una dama; si se pusiera un vestido de dama, desaparecería toda la verdad que hay en ella. Si una pintura de campesinos huele a tocino, al perfume, al olor de las papas, ¡perfecto!

He tenido la oportunidad de observar la vida en el campo, también he sido testigo de la vida y realidad que se vive en las minas...

**Con su referencia al trabajo de las minas estamos seguros de que tiene una opinión sobre el mundo moderno industrial ¿Cuál es su impresión de este mundo?*

Vincent: Algunos artistas como Rappard, entre otros me han llamado “violento”, “fanático” o “Soberbio” por mi forma tan poco delicada de opinar. A él lo conocí en 1880 en Bruselas, resultó ser alguien de carácter amistoso, en cambio, ambos somos radicalmente diferentes en aspecto y estatus social. Rappard se mueve como pez en los clubs sociales producto de una vida de éxito personal. Mientras yo, en los últimos años me he encargado de transmitir que no me siento a gusto en compañía de otros. Tiendo a experimentar estallidos de vehemencia que pueden acabar con cualquier conversación. Después de años viviendo dentro de mi propia cabeza, he perdido la poca gracia social que alguna vez tuve y ahora entiendo la interacción social como un asalto a mi persona o un asalto mío a los demás. En ocasiones en la correspondencia que

sostengo con mi hermano Theo, le escribo palabras que expresan lo desgarrado que suelo estar en ocasiones y le digo cosas como: No puedo soportarlo más, Theo, no soporto más el peso de la vida. Tratando de olvidar, pintando más para olvidar, pero no puedo. No puedo resistirme a los gritos en mí oído. Tengo tanto miedo de autodestruirme **(Fragmento de Últimas cartas desde la locura).**

Yo siento, hasta el extremo de quedar moralmente aplastado y físicamente aniquilado, la necesidad de producir pinturas; precisamente porque en resumen no tengo otro medio de llegar a compensar los gastos. Y no puedo hacer nada, ante el hecho de que mis cuadros no se vendan. Llegará un día sin embargo, en que se verá que esto vale más que el precio que nos cuestan el color y mi vida, en verdad muy pobre. No tengo más deseo ni más preocupación en cuestión de dinero o de finanzas, que suprimir deudas... Mi deuda es tan grande, que cuando la haya pagado, cosa que pienso llegar a hacer, el mal de producir cuadros me habrá robado la vida y me parecerá no haber vivido **(Van Gogh, 2018, p. 22-23)**. No me malinterpreten, mi pasión es dibujar y pintar en busca de un fin centrado en el descubrimiento del color. Tal vez sólo ocurra que la producción de cuadros me resulte un poco más difícil pues mis deudas no me permiten ordenar más telas y los pocos francos en mi bolsillo ya están destinados a quién me vende pan.

Mis experiencias me han llevado a cuestionar la Belle époque, porque puedo decir que en toda mi carrera de artista solo he vendido un cuadro. “El viñedo Rojo” en 400 francos, si bien me he esmerado en trabajar para explotar al máximo mi capacidad productiva me he encontrado con un muro casi impenetrable, ese muro es la sociedad, quien parece ser mi mayor verdugo porque no ve lo que le muestro. En esta época en donde todo parece ser posible, he encontrado mi pasión por pintar y de igual forma, he hallado la desesperanza al serlo. Si bien, el afianzamiento del capitalismo industrial y financiero ha permitido a los sectores sociales acomodados disfrutar del bienestar y suntuosidad, esto resulta ser así para una minoría. Al sur de Bélgica la modernidad ha revelado las verdaderas condiciones sociales de los sectores trabajadores. Ellos trabajan en las minas de carbón [...a decir verdad] El minero del Borinage es especial, para él no existe la luz del sol, que sólo ve los domingos. Trabaja laboriosamente, en un angosto túnel, a la luz pálida y débil de una lámpara [...] trabaja en medio de miles de peligros recurrentes,

pero aun así, estos mineros son de carácter alegre. Están acostumbrados a esa vida y, cuando descienden en la jaula con una pequeña lámpara en la cabeza destinada a guiarles en la oscuridad, se encomiendan a Dios. (Fragmento de Naifeh, S y Smith, G. W. p. 180).

En noviembre de 1878 dibujé a arañazos “El Café Au Charbonnage”, en donde los mineros, expulsados de sus hogares por la crisis económica y el desempleo, acuden - con carbón en manos que necesitan vender- buscando trabajo en las fábricas que bordeaban el canal Charleroi, la espina dorsal de la Bruselas industrial. Mi respuesta ha sido bastante larga, pero considero que puede dar una razón certera de lo que se me ha preguntado. (Fragmento de Naifeh, S y Smith, G. W. p. 188).

*Ciertamente, ha sido así, Vincent. En su respuesta, *la bella época* ha sido disfrutada por un pequeño sector mientras que muchos han resentido los efectos de una Modernidad que exige demasiado del individuo, pero que entrega desencanto y desesperanza. Sin embargo, coincidimos en que como artistas se ha sensibilizado ante estas realidades y que ha buscado retratarlas. Tal es el caso de *Los comedores de patatas* en donde nos muestra la penuria y el trabajo duro como una realidad del sector campesino. Sabemos de su gran empatía hacia el *otro* y que esto tiene relación con la religión cristiana fraternal, lo que nos lleva a nuestra última pregunta, desde esta visión ¿Cómo es vista la muerte para usted? Si anteriormente ha expresado haber tenido impulsos autodestructivos que probablemente conlleva a la muerte ¿cómo es vista la muerte por usted?

Vincent: *En esos episodios de crisis la muerte seduce como si se tratara de ir hacia la paz, ser libre del dolor, la muerte significa silencio de esas voces en mi cabeza, es libertad y es paz. No he perdido mi formación cristiana, así que siempre y cuando pueda mantener mi cordura veo en la muerte un signo de transición. He pintado un cuadro al que le he llamado “El Segador” en él se encuentra un hombre campesino que trabaja duro. Ese cuadro lo he hecho mientras me he encontrado internado en el psiquiátrico de Saint-Rémy. He retratado lo que se ve desde la ventana de mi habitación. El campesino es un símbolo importante porque refleja en él la tranquilidad del día para alejar el miedo*

de la muerte por la noche... yo, veo en aquel segador una vaga figura que lucha como un diablo en pleno calor por acabar su faena, veo en él la imagen de la muerte... Pero en esta muerte no hay nada triste, pasa a plena luz, con un sol que inunda todo de un brillo de oro puro.

Ahora que lo pienso bien y si me permiten expresarlo adecuadamente me gustaría poder morir en un paisaje similar en el que se encuentra "El Segador". Tal vez para muchos la muerte representa una tragedia, pero esto tiene que ver con la edad, si se muere joven se pierde una vida llena de promesas, se le ve a la muerte con horror o miedo, pero entre más avanza la edad parece que se le va aceptando como algo que no se puede evitar. A mis escasos 37 años tengo una visión poco dramática de la muerte. He sufrido tanto que he madurado prematuramente, en la muerte veo algo natural y liberador. Como ya lo dije, en la muerte no veo la tristeza. (Fragmento de Naifeh, S y Smith, G. W. p. 701).

*Por último Vincent ¿regalaría unas últimas palabras a los lectores?

Vincent: Como artista quiero y me he enfocado tanto en la verdad... el tratar de hacer lo verdadero también, en fin, creo... creo que aún prefiero ser zapatero a ser músico con los colores... tratar de seguir siendo veraz es quizás un remedio para combatir la enfermedad de locura que continúa inquietándome. Tengo una profesión sucia y dura - la pintura- y si no fuera lo que soy, no pintaría; pero siendo lo que soy, a menudo trabajo con placer, y en la brumosa distancia veo la posibilidad de hacer cuadros en los que habrá algo de juventud y frescura, aunque mi propia juventud es una de las cosas que he perdido. (Van Gogh The Letters: From Vincent to Wil, en Pareja, 2005).

3.2.2 Virginia Woolf dentro de una modernidad irracional

Virginia Woolf, la mujer que renovó la novela moderna y dio las claves del feminismo actual, nació un 25 de enero de 1882 y es una de las escritoras más importantes de la literatura del siglo XX, además de una lectora muy aguda y con un gran sentido crítico que se refleja en toda su obra y que arroja luz sobre cuestiones literarias y sociales.

*Como entrevistadores, hemos leído sus obras y nos parece que han estado influenciadas por sus experiencias, por lo cual nos gustaría que usted nos regale su

perspectiva acerca de los tiempos actuales, ya que consideramos que su visión crítica nos daría un bosquejo de la realidad.

Woolf: *Si me preguntas sobre los tiempos actuales, el primer pensamiento que me viene es el de una corriente la cual me desvía y sostiene al mismo tiempo, pero no puedo describir esa corriente, aunque tengo un suspicaz sentido de la realidad no puedo ver más que una sola cosa con completa claridad y es mi sentido de dolor y desencanto. Este me salva y me excita incesantemente, pues me permite imponerme a la adversidad de estos tiempos incluso cuando solo guardo silencio. Pues esta realidad es tan efímera que lo que hoy deseo cambia sin cesar y me hace estar en incertidumbre y sobrevivir a los peores desastres (Interpretación de Las olas, p.60).*

*Usted menciona que se viven tiempos de incertidumbre, podría iluminarnos un poco más sobre este problema ya mencionado.

Woolf: *Creo que la incertidumbre se encuentra en cada parte, pero si me permiten responder con una analogía, lo haré: Imaginemos que el inicio de la época moderna es como el viaje de un automóvil un automóvil que avanzaba a una velocidad baja, debido a que este buscaba presenciar las majestuosidades del presente, pero en un abrir y cerrar de ojos este arrancó con una sacudida que no deja ver a sus pasajeros lo que pasaba a su alrededor. Tan pronto pasó esto, los pasajeros se inhibieron por la incomodidad y de vez en cuando se llevaban la mano a la cabeza, confundidos. Es esa la incertidumbre de la que hablo, ya que en los tiempos actuales la velocidad provoca que no se puede disfrutar de la vida -Se reclinó en su rincón.- de un momento a otro nuestro mundo va cambiando vertiginosamente, provocando que no haya tiempo suficiente para asimilarlo, Volviéndonos individuos que de repente nos sentimos fuera de contexto, como en otra época la cual no nos asegura nada más que el desorden y la confusión de los pasajeros que no dejan de moverse sumergidos dentro de las grandes calles repletas de confusión (Interpretación de Los años).*

*Con esta analogía usted nos muestra la incertidumbre dentro de la modernidad, sin embargo, nos atrajo una parte de su respuesta y esta tiene que ver con lo que asombraba al individuo, cuando usted menciona que el auto iba a velocidad baja ¿Nos podría

comentar que era lo que le asombraba a los pasajeros y cuando la velocidad transformó esta realidad?

Woolf: *Bajo esa luz de la modernidad, cabe suponer, todo lo que veía le parecía distinto: los hombres y las mujeres, los autos y las iglesias. Incluso la Luna, poblada como está de cicatrices de cráteres olvidados, le parecía una moneda blanca de seis peniques, una moneda casta, un altar sobre el cual juró que jamás se pondría del lado de los serviles, de los firmantes, porque esa moneda, esa moneda sagrada de seis peniques que se había ganado con sus propias manos, era suya y podía hacer lo que quisiera con ella. Pero con el proceso modernizador se gestó la intención de poner límites a la imaginación usando un prosaico sentido común, objeto que depender del capital irracional no es si no otra forma de esclavitud, la experiencia lo obligará a someterse a una forma de esclavitud. A este ser solo le queda recuerdo de la alegría con la que recibió su primera guinea cuando se encontraba encantado por la época donde todo parecía ser posible y el aire de libertad que respiró cuando se dio cuenta de que sus días de libertar se habían terminado. (Interpretación de tres Guineas, p. 27).*

*Usted menciona que hubo una bandera de exaltación de la modernidad; sin embargo, también hacer una mención a la pérdida de la libertad y es justo esto lo que nos lleva a la siguiente pregunta ¿Para usted cuál es el punto de inflexión en donde el individuo se somete a la irracionalidad que coopta su libertad?

Woolf: *Creo que el punto de inflexión al que te refieres está dentro de la guerra como producto de fuerzas impersonales es incomprendible [...] pero cuando hablamos de la guerra como producto de la naturaleza humana, la situación es otra. [...] pues] una comprensión cabal solo sería posible luego de una transfusión de sangre y de memoria... prodigio que todavía está fuera de las posibilidades de la ciencia. Pero quienes vivimos en esta época tenemos un sustituto para la transfusión de sangre y memoria que, a falta de algo mejor, habrá de servirnos [...] la historia en bruto. [...] para tratar de entender lo que significa la guerra. [...] Si se leen los diarios de hoy, también queda en evidencia que por más disidentes que haya, la vasta mayoría de los hombres actualmente está a favor de la guerra. Los intelectuales reunidos en la conferencia de Scarborough y los obreros*

reunidos en la conferencia de Bournemouth coincidieron en que gastar trescientos millones de libras en armas por año constituye una necesidad -Qué irracional ¿no creen? En 1939, algunos parecían ser ajenos a los hechos y se dedicaban a contemplar el paisaje y tomar café con leche, mientras Europa entera —allí, al lado— estaba erizada como... Giles no dominaba el arte de la metáfora. Solo la inexpresiva palabra «erizo» ilustraba su visión de Europa erizada de cañones, cubierta de aviones. En cualquier instante, los cañones podían destripar la tierra; los aviones podían reducir a astillas el mundo. Esta reciente experiencia provocó en todos, todos los hombres y todas las mujeres, un pozo de lágrimas. Lágrimas y penas, valor y aguante, una postura perfectamente erguida y estoica ante la modernidad **(Fragmento tomado de Tres Guineas, Entre actos, p.30 y la señora Dalloway, p.9)**

*¿Cuál es la visión que usted como escritora tiene acerca de la vida?

Woolf: *Sobre la vida solo puedo decirte que me cansé de ella tan pronto como llegaron estos tiempos, no sólo de la incomodidad de esta vida, y de las escabrosas calles de la vecindad, sino también de las costumbres bárbaras de la gente. Por lo cual, la «vida» y la «realidad» están ligadas de algún modo a la brutalidad y a la ignorancia ¡qué vida es ésta!»*; *En síntesis, la vida normal de un individuo está sujeta a los problemas de la actualidad. (Fragmentos tomados de Orlando).*

* ¿Cuál es la visión que usted como escritora tiene acerca de la muerte?

Woolf: *Todo acaba en la muerte [... entonces] estamos conformados de tal manera que diariamente necesitamos minúsculas dosis de muerte para ejercer el oficio de vivir. Todo acaba en muerte (replico Virginia mientras se incorporaba, nublada de tristeza en la cara, pues de ese modo trabajaba ahora su mente en vaivenes bruscos de la vida a la muerte iba cayendo en sus melancolías mientras continuaba) Solo quiero pensar que la muerte es parte de la vida, porque la gente muere cada día, se muere en la mesa, o así, en los bosques otoñales; y con las hogueras chisporroteando, Es por eso que la muerte siempre me acompaña y al decir verdad me domina, pues definitivamente estoy muerta. (Al terminar el discurso comenzó a abrirse camino como se lo abriría un fantasma entre las hayas pálidas como espectros y se internaba profundamente en la soledad como si ya*

se hubiera cumplido el breve chisporroteo de rumor y de movimiento y ella estuviera en libertad de emprender su camino). **(Interpretación de Orlando).**

3.2.3 Ernest Hemingway una lucha contra la modernidad

Ernest Miller Hemingway es un narrador estadounidense cuya obra es considerada una de las más destacadas en la literatura del siglo XX. Es justo su estilo sobrio el cual ha ejercido una notable influencia sobre la literatura, pues es en ella se encuentran elementos trágicos que retratan la época en la que vive

.
*Como entrevistadores, hemos estado al tanto de tus obras, las cuales han estado influenciadas por sus diversas experiencias a lo largo de su vida, por lo cual nos gustaría que usted nos regale su perspectiva acerca de los tiempos actuales, ya que consideramos que su visión crítica nos daría un bosquejo para entender los tiempos que vivimos.

Hemingway: *Para mí los tiempos actuales me generan una sensación de irrealidad, pues en estos tiempos todo lo que decía lo había dicho antes. Estos tiempos son como un tren que se marcha y yo me quedé en la plataforma de detrás; solo me quedo viendo como el tren se hace minúsculo y a lo lejos oigo el rítmico resoplar del tren que se va alejando más y más. Son estos tiempos los que hacen que los hombres luchen contra otros hombres, esto con el fin de tener alguna probabilidad de subir al tren. Entonces el individuo se ve forzado a utilizar a las personas que estima, como si fueran tropas por las que ni sintieras ningún efecto, si es que quieres tener éxito.* **(Interpretación de Por quién doblan las campanas).**

*Usted menciona que los tiempos actuales nos dan una sensación de irrealidad de la cual usted se siente fuera, pero nos gustaría que desarrollara un poco más esta descripción de la realidad, ya que dentro de su anterior narración usted hace referencia a un estado en donde los individuos están enemistados y luchan constantemente contra sus semejantes para conseguir sus deseos. Por lo cual nuestra pregunta busca que usted pueda narrar un poco más acerca de cuáles son las consecuencias de esta enemistad.

Hemingway: *La enemistad a la cual hago referencia, solo trae consigo una destrucción acompañada de detalles que las hacen poco gratas, por ejemplo, las grandes guerras en donde los hombres solo luchan por ideales que se vuelven irracionales. Sin embargo, nos hemos acostumbrado con facilidad a esta época, reduciendo nuestra vida a sobrevivir el hoy, esta noche, mañana y así indefinidamente. En este momento solo nos queda aceptar lo que nos depara el momento, pues en estos tiempos la felicidad y el placer se ha esfumado dejándonos con la cruda desilusión del ahora. (Interpretación de Por quién doblan las campanas).*

*¿Usted cree que el panorama que tiene sobre la actualidad se ha forjado por su participación en los diversos hechos históricos a lo largo de su vida?

Hemingway: *Supongo que mi percepción de la realidad ha cambiado, pues durante la Primera Guerra Mundial era un joven, con una gran ilusión de inmortalidad, otras personas mueren, tú no ... Entonces, cuando estás gravemente herido por primera vez, pierdes esa ilusión y entiendes que puede sucederte a ti también. Después de haber sido gravemente herido dos semanas antes de mi decimonoveno cumpleaños, tuve un mal momento hasta que me di cuenta de que nada podía pasarme que no le había sucedido a todos los hombres antes de mí. Tenía que hacer lo que los hombres siempre habían hecho, y si ellos lo habían hecho, yo también podría hacerlo y lo mejor sería no preocuparme por ello. Sin embargo, al entrar en la Segunda Guerra Mundial mi actitud tan entusiasta a la guerra cambió y comencé a forjar mi actitud hacia la vida. Creo que estas guerras me forjaron un pensamiento crítico de nuestro mundo. (Interpretación de Por quién doblan las campanas).*

*¿Desde su percepción como afecta los momentos narrados al individuo?

Hemingway: *Pienso que estos momentos destruyen las capacidades del individuo, pues la lucha de unos hombres contra otros está al orden del día y se ha vuelto el mayor vicio en estos años. Dicho vicio acaba influyendo en la desilusión del hombre, pues esta continua competencia acaba destruyendo la capacidad de vivir.*

*Usted menciona que estos tiempos acaban afectando la capacidad de vivir, entonces

nuestra última pregunta va enfocada cuál es la visión que usted como escritor tiene acerca de la muerte

Hemingway: *Opino que la muerte es una buena porquería. Porque nos llega desde que nacemos en pequeños fragmentos que apenas denuncian que ya ha entrado. Y en estos tiempos que corremos a veces llega en forma atroz. Puede surgir de un vaso de agua sin hervir; de la picadura de un mosquito; o puede llegar con el trueno enorme, clamoroso, al rojo vivo, en el que hemos vivido. Llega con los minúsculos chasquidos que preceden al empleo de las armas automáticas. O con el humeante arco que describe la granada, o la aguda caída y explosión de un mortero. Por ejemplo, yo la he visto venir, ampliándose en el espacio al salir del soporte de las bombas, cayendo con esa extraña curva. Aparece con el choque metálico del coche lanzado a toda velocidad o el simple despiste en una carretera resbaladiza. Viene para la mayoría de las gentes mientras están en cama, lo sé, como la antítesis del amor. Yo he vivido con la muerte durante casi toda mi existencia (Interpretación de Por quién doblan las campanas).*

3.2.4 Yukio Mishima: la melancolía del último samurái

Son tiempos donde todo parece carecer de sentido. Benjamin Walter describió esta época en las siguientes palabras: “Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En ese cuadro se representa a un ángel que parece a punto de alejarse de algo a lo que mira fijamente. Los ojos se le ven desorbitados, tiene la boca abierta y además las alas desplegadas. Pues este aspecto deberá tener el ángel de la historia. Él ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde ante nosotros aparece una cadena de datos, él ve una única catástrofe que amontona incansablemente ruina tras ruina y se las va arrojando a los pies. Bien le gustaría detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destrozado. Pero, soplando desde el Paraíso, una tempestad se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. Esta tempestad lo empuja incontenible hacia el futuro, al cual vuelve la espalda mientras el cúmulo de ruinas ante él va creciendo hasta el cielo. Lo que llamamos progreso es justamente esta tempestad” (Walter, 2008, p. 310).

Caótico, incierto, aterrador son palabras que se escuchan después del fin de la segunda Guerra Mundial porque el escenario de mediados del siglo xx no tiene cabida para

adjetivos positivos, pareciera que el fin amenaza y abraza a la humanidad. En estas circunstancias de caos tal pareciera que lo único que se puede hacer es dar una mirada hacia atrás, a las glorias del pasado, a aquel momento en donde recordamos haber sido felices. Este es el anhelo de nuestro entrevistado, Yukio Mishima (1925-1970) crítico del Japón moderno y defensor de la pureza de la cultura tradicional japonesa.

Mishima es un escritor de la posguerra además de ser ensayista, poeta, actor y director de teatro, excelente calígrafo, deportista, piloto de reactores, maestro de Kendo. En esta ocasión tendremos la oportunidad de hacerle una serie de preguntas que nos lleven a intentar descifrar al hombre que en repetidas ocasiones se ha mostrado inconforme con su sociedad y su cultura japonesa.

*Mishima usted en varias ocasiones ha dicho ser descendientes de samuráis, además tuvo participación en la segunda guerra Mundial, puede compartirnos un poco de esta experiencia y si ser de ascendencia samurái influyó en su participación.

Mishima: He nacido en el Japón moderno, un Japón cada vez más occidentalizado hasta las náuseas y tal parece que hemos perdido el camino porque esta sociedad está comenzando a perder su esencia más pura. En mis obras se halla la búsqueda de identidad para mi sociedad, pero al mismo tiempo está una búsqueda de una identidad propia. Seguramente el origen de mi pensamiento tiene relación con la crianza que he recibido. He sido educado de manera rígida por mi abuela quien es descendiente de samuráis, ese fue mi primer acercamiento con las formas culturales del Japón tradicional por lo que desde entonces esmeré mi esfuerzo en el estudio de libros clásicos japoneses y también obras occidentales a las que pude tener acceso. Cuando las tensiones de la guerra alcanzaron al país y el llamado al deber militar fue interpretado como una regla de honor. El Bushido (camino guerrero, código samurái de normas éticas) fue fundamental para alentar a los japoneses a luchar. Debido a mi educación en la tradición y la ética de los guerreros japoneses me mostré realmente entusiasta al respecto. Para el pensamiento del japonés tradicional, morir en batalla es sinónimo de honor. Aunque, fui rechazado y solo pude mantenerme al margen de la situación militar. En la época de guerra pude madurar mi pensamiento, aunque, en varias ocasiones lo han catalogado

de ultranacionalista, me han tachado de exhibicionista al obsesionarme y transformar mi cuerpo.

*Comprendemos que esta relación con lo tradicional ha influido en su pensamiento, y que esto se ha reflejado en sus obras los cuales tocan temas que a muchos resultan incómodos, pero deseamos profundizar precisamente en ese pensamiento. En primer lugar, nos gustaría hablar de su obra *Música* (1965) en donde la literatura nos encuentra con dos mundos, nos referimos a la cultura tradicional y a la cultura moderna.

Mishima: *En “Música” intenté reflejar unos de los problemas que enfrentamos los japoneses. Por medio del psicoanálisis es posible hacer un acercamiento para comenzar a analizar lo que la modernidad ha causado en nuestra sociedad. El personaje principal Kazunori desde su profesión como psicoanalista es una alusión a la intromisión de la civilización y pensamiento europeo en la cultura japonesa, en este sentido el psicoanálisis representa el nexo entre la Modernidad occidental y Japón, y tiene que ver con la inserción de nuevas ciencias occidentales. Por otro lado, la coprotagonista Reiko representa lo tradicional al llegar de provincia, pero, también lo estético dentro de la Modernidad, ya que ella se encuentra con la razón en la capital de Tokio al decidir a tomar terapia. En cierta ocasión Reiko cuestiona a Kazunori con lo siguiente: ¿Se acuerda de que le conté que no podía oír la música? Para disponerse a explicar después. Pues aquello fue una mentira. No crea que intenté ponerle a prueba con mis afirmaciones. No era mi intención engañarle, pero simplemente me sentí incapaz de comunicarle que no sentía nada. Aquella expresión me sirvió de metáfora para ver si usted podía interpretar, a partir de ella, lo que me sucedía y que pretendía ocultar en parte a través de aquel pequeño juego mental (Fragmento de Música, en Mishima, 2012, pág. 35).*

A pesar de que Reiko utilizó la expresión de no poder oír la música como una analogía hacia su incapacidad de poder sentir un orgasmo con su novio, esto va más allá de eso, el no poder sentir la música simboliza aquella naturaleza que no se puede vivir con plenitud, la música no se escucha, no se deja sentir. Esto nos lleva a que esa metáfora de la música y la sexualidad han sido sacrificadas ante nuevas reglas impuestas. Hay una represión sexual que muchos están viviendo y que tiene efectos negativos en la

psique. Este es tan solo un ejemplo de aquello que ha sido sacrificado para adaptar a nuestra sociedad a las normas de la modernidad.

*Al hacer un rastreo histórico podemos encontrar que la era Meiji¹¹, se caracterizó por el proceso de modernización en Japón y el abandono del aislamiento de este y marchó con el objetivo de incrementar relaciones comerciales con otras naciones, lo que significó una etapa de dura occidentalización para el país. Resulta esencial rescatar que con la Era Meiji se acaba el antiguo régimen del Shōgun que daba prioridad a la clase samurái en las decisiones políticas y económicas. Más adelante Japón tiene una serie de inserciones en diferentes guerras donde el objetivo fue claro: la expansión. Y con el tránsito a la era Taishō, aparecen los conflictos que llevarían al país a participar en el segundo conflicto bélico de escala mundial. Si bien hemos intentado hacer una breve síntesis de estos sucesos históricos con ello nuestro objetivo es abordar la tradición japonesa que se dejó atrás ante la reestructuración cultural que deviene de la guerra. ¿Usted puede hablarnos un poco de esa tradición?

Mishima: En 1965 se ha publicado el “Rumor del oleaje”, y con ella puedo responder a su pregunta. La obra visualiza a un Japón de la preguerra que comienza a cambiar a partir del desarrollo de la guerra y la posguerra, mi línea narrativa se encuentra entre la descripción de un relato de amor entre jóvenes: Shinji y Hatsue, y el retrato de las tradiciones japonesas desde la isla de Utajima. Espero que ya hayan leído el “Rumor del oleaje” de lo contrario creo que mi explicación no tendrá sentido.

Veamos... Shinji representa la perpetuación de la tradición de Utajima al poseer una postura de sumisión ante las tradiciones aceptándolas y reproduciéndolas a pesar de que estas pueden no ser beneficiosas y, por el contrario, lo perjudican. Este personaje es la relación del hombre con la naturaleza alejado de ese hombre moderno capitalista, aunque es posible ver que esto se va perdiendo sentido con el avance del progreso en la isla. Algo contrario pasa con Hiroshi, hermano menor de Shinji, en él encontramos el símbolo de inteligencia y de desconocimiento sobre las tradiciones debido a su

¹¹ Periodo que abarca los años 1868 a 1914, denominada como tal por el emperador Meiji que se encontró al mando durante aquel periodo. Esta Era marcó el fin de los sistemas político-feudales tradicionales en Japón (Mantilla, 2018, p. 36).

desinterés. Es un joven que representa las generaciones que devienen las cuales han iniciado a interesarse más por conocer otras partes del mundo y por cuestionar y cambiar las tradiciones.

La isla Utajima es el segundo protagonista, es la máxima representación de la tradición, es un paraíso hermético en donde una sociedad se encuentra aislada, sus vínculos familiares y sociales son estrechos, es allí donde Japón encuentra su más pura esencia. Un lugar que se desenvuelven en actividades relacionadas con el mar y la pesca, de escasos recursos básicos, al que tardan en llegar las tecnologías del exterior como la luz eléctrica la cual se halla presente de forma débil en ciertos puntos, Allí podemos encontrar a los pescadores quienes poseen una mentalidad arraigada a la forma de vida tradicional, tal es el caso de los mitos sobre el mar. Como Shinji son representados como esta relación entre hombre y naturaleza y es evidente la lejanía que existe con respecto a la racionalidad del mundo Moderno.

Hatsue, amada de Shinji es aquello que ha profanado la hermeticidad de la isla, sinónimo de lo extravagante ante los ojos conservadores y tradicionales: Tenía la frente húmeda de sudor y le brillaban las mejillas. Soplaban un viento del oeste recio y frío, pero a la chica parecía agradarle, pues volvía la cara enrojecida por el esfuerzo hacia el viento y dejaba que este ondease su cabello... El saludable color de su piel no se diferenciaba del de las demás muchachas de la isla, pero sus ojos tenían una expresión de euforia, y el dibujo de sus cejas reflejaba serenidad. Miraba fijamente el cielo por encima del mar... [Shinji] no recordaba haber visto nunca a aquella chica hasta entonces, y no había una sola cara en Utajima que no hubiera reconocido. Él pasó apropósito por delante de ella, y de la misma manera en que los niños se quedaban mirando un objeto extraño se detuvo y la miró a la cara, la chica junto ligeramente las cejas, pero siguió contemplando el mar, sin volver los ojos hacia el pescador. **(Fragmento de Rumor del oleaje, Mishima 2011, págs. 16-17)**. Su llegada a la isla es una alegoría al cambio, Hatsue nos ayuda a comprender que la sociedad a la que llega es endógena, pues su presencia ha trastocado la paz y con ello comienza la inserción de nuevas dinámicas sociales. Aunque es importante hablar de aquellos personajes que son nativos de Utajima y que son piezas fundamentales para que estos cambios ocurran, tal es el caso de Yasuo que con su

habilidad de convencimiento y expresión frente al público fue de los primeros en participar y alentar a otros con la idea de caminar hacia el desarrollo mediante la pesca siendo algo así como un antihéroe en la obra.

Con esto puedo responderles la pregunta de esa sociedad tradicional de la preguerra, un escenario en donde la paz parecía nunca tendría un fin, pero que ignoraba que aquellos vientos de cambio sopladados por la modernidad acechaban al lugar y que después de la guerra las costumbres y tradiciones como cantos, ceremonias a deidades o las artes marciales constantemente están modificándose, ritualizándose e institucionalizándose para ajustarse a los nuevos objetivos nacionales.

*Coincidimos con usted, nosotros desde un punto de vista sociológico, observamos que las nuevas tradiciones japonesas surgen frente una necesidad de acercamiento al mundo moderno occidental. Además, escucharlo hablar ahora y al leer sus obras podemos darnos cuenta de cierto malestar frente a la época moderna y sobre el escenario en el que usted se encuentra parado, además de percibir un sentimiento de melancolía hacia el pasado. ¿Puede hablarnos acerca de ese malestar en usted?

Mishima: Si bien he dicho que fui uno de los tantos entusiastas al llamado militar porque fue un llamado para los valientes dispuestos a defender la nación yo me he proyectado desde una visión que tiene como base el honor samurái, extinto en la actualidad. Aunque, he olvidado mencionar en la anterior pregunta el tema de la Segunda Guerra Mundial en el "Rumor del Oleaje", es pertinente que lo haga ahora. El padre de Shinji murió a causa del conflicto bélico, algo que en un momento narré como la consecuencia de hacer caso omiso a los mitos y escribí: En el pueblo se decía: «No lles nunca a bordo a una mujer ni a un monje». El barco en el que murió el padre de Shinji había incumplido ese tabú. Hacia el final de la guerra una anciana falleció en la isla y se decidió que el barco de la Cooperativa trasladara su cadáver a Toshijima para practicarle la autopsia. Cuando el barco se encontraba a unas tres millas de Utajima, lo avistó el piloto de un caza que había despegado de un portaaviones. El maquinista habitual de la embarcación no iba a bordo y su sustituto no estaba acostumbrado a la máquina. Fue el negro humo de la lenta máquina lo que proporcionó al piloto su blanco. El avión dejó caer una bomba sobre el

barco y luego lo atacó con fuego de ametralladora. La chimenea de la nave se partió y al padre de Shinji le voló parte de la cabeza, desde las orejas hacia arriba. Otro hombre también murió al instante, alcanzado en un ojo. Un proyectil alcanzó a un tercero en la espalda y se alojó en los pulmones, y otro resultó herido en las piernas. Y un marinero al que el ataque le había destrozado una nalga murió poco después a causa de la hemorragia. **(Fragmento de Rumor del oleaje, Mishima, 2011, pág. 52).**

La guerra obliga a cambios bruscos, transforma a las personas porque nacen aquellos instintos de supervivencia que nos obligan a matar de las formas más detestables y olvida cualquier tipo de honor en la lucha. Deja una huella de tristeza en el corazón de las personas, un acto tan despreciable disfrazado de racionalismo da el inicio de la introducción de ideales occidentales y modernización. Por otra parte, mi malestar se origina a partir de aquello que estamos obligados a cambiar y olvidar en nombre de la modernidad, lo que antes resultaba ser aceptable y normal en la tradición japonesa ahora parece ser un pasado que resulta vergonzoso e incómodo como ocurre en "Música". Yo no puedo oponerme al cambio porque eso sería negar la naturaleza del ser humano mismo, pero tengo un deseo ardiente por el retorno y la conservación de la tradición japonesa más pura. En esto yo encuentro un gran dilema no solo para la sociedad sino para mí.

*Si bien, usted ha respondido maravillosamente a nuestra pregunta y nos ha hablado de los efectos y cambios que la guerra produce, además, del olvido sobre la cultura milenaria. Usted ¿Ve la posibilidad de retorno, es decir, el resurgir de un imperio japonés que traiga de vuelta la época de oro de la clase samurái?

Mishima: *El shōgunato ha desaparecido, hoy yo soy un guerrero sin dueño. Me he dado cuenta sobre la imposibilidad de retorno, somos solo algunos con el deseo de regresar a aquella época dorada... estamos extraviados en un Japón que se ha occidentalizado bajo las leyes del racionalismo, y carecemos totalmente de aquel mundo donde los samuráis habitaban y dormían. Tatenokai (Sociedad del Escudo) como grupo paramilitar ha buscado defender los valores tradicionales del Japón imperial algo a lo que Hirohito le ha dado la espalda al someterse a las presiones occidentales y rendirse aceptando*

que no es un Dios. Ante estas aspiraciones y sueños frustrados, pues resultan tan imposibles, no me queda más que limpiar mi deshonra por haber fallado.

*¿A la manera del samurái?

Mishima: *Así es... La idea de mi propia muerte me hacía estremecer con un placer desconocido. Tenía la sensación de poseer todo. No era nada extraño porque es justamente mientras estamos engolfados en los preparativos cuando nos hallamos en completa posesión de nuestro viaje hasta el último detalle. Después, sólo nos queda un proceso, el proceso de perder nuestra posesión. Esto es lo que hace absolutamente inútil eso que llamamos "viaje" (Fragmento de Confesiones de una máscara, en Mishima, 2009, p. 63). Mi deber es morir antes de abandonar mis ideales y de aceptar el yugo occidental, el Seppuku¹² como el camino del samurái a la muerte es una manifestación de coraje, valor y determinación... a esto me han llevado los temas que me han obsesionado en vida, es inevitable. Con mi muerte voy a limpiar mi error de haber fallado, y evitaré la deshonra de mis ancestros.*

Vincent, Virginia, Hemingway y Mishima son cuatro intelectuales que a través de sus obras se describen así mismos, pues el autor no es sino el protagonista de su propia obra: Van Gogh a pesar de expresarse a través de la pintura, no se limitó y de su puño y letra le gritó al mundo su frustración de sentirse incomprendido mientras pasaba parte de su vida sumido en la pobreza y la miseria. Mientras, Virginia a pesar de ser una mente brillante y destacada del siglo XX, su personalidad sensible y de gran apego emocional poco a poco la fueron consumiendo con la muerte de sus seres queridos, además, la vivencia de sucesos desafortunados le arrebataron el espíritu de su ser. Hemingway por su parte es capaz de profundizar en un tema de tal forma que resulta difícil seguir su hilo narrativo, pero queda claro que su pensamiento sobre la muerte como un ente que nos acompaña a todos lados nos deja con un sabor extraño. Finalmente, Yukio Mishima nos

¹² Traducido literalmente como "eviscerar" es un ritual meticulosamente planeado de suicidio para la clase samurái prohibida con la llegada de la era Meiji. Consiste en que el sujeto se abra el estómago de manera voluntaria para dejar expuestas sus entrañas, al representar una muerte terriblemente dolorosa y agonizante el suicida nombra a un segundo sujeto quien terminará por darle muerte.

ofrece una obra que puede resultar desagradable a los ojos muchos, no teme al vocabulario “obsceno” y toca temas que con el paso de los años se han convertido en tabúes en su cultura japonesa; se ve preso de la ira cuando habla de la occidentalización de su cultura y en la búsqueda de la identidad encuentra su mayor barrera.

Hemos visto que cada intelectual guarda una opinión propia con respecto a su experiencia en el escenario de la modernidad, aun así, estas opiniones convergen en el desencanto sobre este. Al leer y prestar atención a las entrevistas de cada uno de los cuatro autores presentados anteriormente, es posible tener un acercamiento a las formas de vida y los pensamientos latentes de sus respectivas épocas y contextos; de igual manera se pueden percibir aquellos malestares, inconformidades y pesares que refleja cada uno debido a su alto grado de conciencia sobre la realidad, ocasionando que se volvieran críticos del proceso modernizador.

Si bien, la mayor parte de cada entrevista giró en torno a desentrañar principalmente las razones sobre el desencanto de la modernidad, resultaba importante cuestionar sobre la percepción que cada uno tiene sobre la muerte, pues como se ha expuesto con anterioridad esto es fundamental para entender al suicida intelectual quien no ha encontrado más solución que terminar con su propia existencia. Las entrevistas desarrolladas en este apartado abren paso al análisis y a exponer como el suicidio puede explicarse como una reacción contracultural cuyo efecto directo significa la transgresión de la sociedad misma.

3.3 El suicidio como instrumento contracultural ante el desencanto moderno

A lo largo de esta investigación hemos puesto especial atención en cómo la modernidad trajo consigo un proceso de racionalización que tenía como fin llevar a la humanidad al progreso y la libertad. Sin embargo, estos objetivos se convirtieron en una serie de falacias que llevaron al proyecto a contradecirse lo que ocasionó que el individuo quedaría atado solo a satisfacer los intereses culturales con tal de sobrevivir a un tiempo de caos e incertidumbre. Dichas contradicciones son abordadas por Nietzsche quien describe a esta época de la siguiente forma:

Enorme destrucción y autodestrucción, debida a los egoísmos violentamente

enfrentados, que explotan y se combaten en busca del sol y la luz, incapaces de encontrar algún límite, algún control, alguna consideración dentro de la moralidad de que disponen [...] Nada más que nuevos «porqués» [,,] y a la falta de respeto mutuo; decadencia, vicio y los deseos más elevados terriblemente ligados unos con otros, el genio de la raza fluyendo sobre la cornucopia del bien y del mal; una simultaneidad fatal de primavera y otoño [...] Nuevamente hay peligro, la madre de la moralidad —un gran peligro— pero esta vez trasladado a lo individual, a lo más cercano y más querido. (Citado por Berman, 1989, p.8).

Es así que esté apartado se enfocara en primer momento en describir brevemente la cultura establecida por el proyecto de modernización, para después abordar como los intelectuales, vistos en el apartado anterior, ven el suicidio no solo como una forma de escaparse de la realidad, sino como una herramienta que alza la voz en contra de la cultura en la que se vive. Comencemos bien, recapitulando brevemente cuál es el cambio cultural que se originó con el triunfo de la modernidad porque es justo este la piedra angular para entender por qué los intelectuales se desencantaron de la época.

Debemos de comenzar recordando cómo a lo largo de esta investigación hemos dado algunas pinceladas a los problemas de la modernidad entre los que destacan el racionalismo y el individualismo que llevaron a la humanidad a sumergirse dentro de una cultura que idolatra el progreso sobre todas las cosas, pues se cree que este se vuelve la única forma de cambio cultural, económico, moral, físico y social. Sin embargo, en la actualidad el progreso se “hizo sinónimo de crecimiento económico y se abocó a la modernización de países que no habían alcanzado a salir del atraso y la tradición; así se concibió la idea de desarrollo” (Olivares, 2016, p. 93). Es justo esta idea de desarrollo la que cayó en una serie en ideologías que nada favorecían al hombre, pues existen una serie de contradicciones, las cuales son bosquejadas de la siguiente forma por **Berman (1989)**:

Hoy día, todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, por arte de un extraño

maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen a la vida humana al nivel de una fuerza material bruta. (p.6).

Esta descripción que hace Berman de la modernidad explica las grandes contradicciones que vienen con el proyecto, pues se destruye la realidad justo en el momento que se crea, dejando al hombre moderno sumergido a su suerte. Esto ocasionó que el hombre se volviera desdichado, pues se encuentra entre su deseo de trascendencia y el movimiento a la individualidad (**Touraine, 1994**). Lo que termina originando que el individuo se sienta impotente ante la fáctica realidad que reprime sus deseos y lo somete a una cultura impregnada de cambios, que provocan una diversidad de la crisis que lo afectan directamente pues:

*Todas las ilusiones placenteras que hacían que el poder fuera amable y la obediencia liberal, que armonizaban los diferentes matices de la vida [...] serán disueltas por este nuevo imperio conquistador de la luz y la razón. Todo el decoroso envoltorio de la vida será desgarrado groseramente. Todas las ideas añadidas, que pertenecen al corazón, y que el entendimiento ratifica como necesarias para cubrir los defectos de nuestra débil y trémula naturaleza, y para elevarla a la dignidad en nuestra propia estimación, serán destrozadas como ridículas, absurdas y anticuadas (**Berman, 1989, p. 106**).*

Ante este problema moderno surgen diversos grupos de individuos que no se sienten parte de la cultura moderna lo que termina por despertar diversas actitudes de protesta y reaccionar ante el sistema impuesto que no es capaz de responder ante sus inconformidades, dichos grupos tratan incansablemente de reivindicar cuestiones como la paz, los derechos y la *libertad* mientras que su lucha puede ser interpretado como un acto contracultural. En palabras de **Dezcallar (1984)**

...la contracultura [...se entiende como] una actitud de protesta contra la sociedad tecnocrática que trataba de evitar la burocratización de los partidos y organizaciones revolucionarias tradicionales, y que proponía unos medios nuevos para transformar la sociedad, unos medios que trataban de contener en sí mismos un adelanto de la sociedad desalienada que deseaban crear. (p.14).

A estas formas de protesta, se incorpora una fracción del sector intelectual que no se siente conforme con la cultura impuesta. Por lo cual comienza a escribir en contra de la cultura moderna con un robusto peso teórico que critica a la cultura de la producción y el consumo que aleja a los individuos de la razón sometiéndolos a la irracionalidad y a la miseria. **(Touraine, 1994)**. No es coincidencia que intelectuales vistos en las entrevistas del apartado anterior vieran a la modernidad como tiempos de incertidumbre de los cuales no se sienten parte. El mismo Hemingway describe a estos tiempos como violentos donde “los hombres luchan contra otros hombres, esto con el fin de tener alguna probabilidad de [... progreso], como si fueran tropas por las que ni sintiera ningún efecto, si es que quieres tener éxito” **(Interpretación de Por quién doblan las campanas)**.

Las formas de protesta por parte de los intelectuales no fue hasta el siglo XX, cuando la fiebre por el progreso había terminado y los estragos de esta habían salido a relucir en forma de grandes contradicciones. Justo es en este contexto que diversos autores comienzan a escribir sobre estos tiempos que más que llevar al progreso se vuelven contradictorias, al punto que ya no responden a las necesidades del individuo. En palabras de **Touraine (1994)** “Los intelectuales [...] del siglo XX estuvieron dominados por el sentimiento de la catástrofe, la falta de sentido, la desaparición de los actores de la historia [...] y se vieron obligados a denunciar el auge implacable de la barbarie, el poder absoluto o el capitalismo monopolista del Estado” **(pp. 151-152)**.

Este sentimiento de malestar dentro de los intelectuales, se ve reflejado en una robusta crítica teórica a la cultura moderna que tuvo su mayor auge al final de las dos grandes guerras, cuando el intelectual se volvió un ser esencialmente solitario, desconectado de la burguesía y del proletariado, y abocado a una búsqueda personal, de carácter dialéctico que le remite al mundo (al exterior) y a sí mismo (a su interior)” **(Pecourt, 2016, pp.344-345)**. Dicha metamorfosis del sector intelectual provoca que

estos decidan cometer suicidio como forma de protesta a los valores sociales impuestos por la modernidad. Pues para estos su realidad ha sido cortada por leyes y normas sociales y culturales, que logran aprisionarlos, al punto en que estos comienzan a ver el mundo de forma fatalista.

En palabras de **Marcuse (1993)** estos ven “un mundo afligido por la necesidad y la negatividad [...que está] constantemente amenazado por la destrucción” (p.153). Es por ello que la modernidad se convierte en un arma de doble filo que afecta al individuo y su desarrollo, al punto que esté no se sienta identificado y quiera buscar su libertad desesperadamente. Es justo esta desesperanza la que provoca que múltiples intelectuales tomen la decisión de huir de su cruenta realidad por medio del suicidio, pues para ellos las promesas de la realidad no bastan, si estas dejan de ser justas. (**Durkheim, 1893**).

Esto provoca que el intelectual tome al suicidio como mera arma contracultural para protestar en contra de los valores actuales, pues dichos valores han provocado una serie de crisis que perjudican su forma de vivir. Pues para ellos, el sujeto nace y es arrojado a la incertidumbre, pues todas sus esperanzas no son seguras. Es así que los intelectuales no ven la muerte como algo que deben temer, sino que estos la entienden como un proceso que los hará libres de cierta manera. El mismo Vincent Van Gogh, expresa que la muerte es algo natural y liberador, en donde este no ve ningún miedo o tristeza. (**Fragmento de Naifeh, S y Smith, G. W. 2011, p. 701**).

Por lo cual, el suicidio intelectual es un acto de lucidez, en donde se adopta una conducta de protesta ante las normas, que aprisionan al individuo a las creencias y los valores impuesto por la modernidad En palabras de **Marcuse (1983)**, “el instinto de la muerte es [...] una huida inconsciente del dolor y la necesidad. [...]Es una expresión de la eterna lucha contra el sufrimiento y la represión” (p. 43). Por lo cual, el sector intelectual ve al suicidio como un acto de expresión y protesta que revela un profundo desacuerdo ante ciertos patrones sociales de los cuales se niega a ser parte.

En síntesis, el suicidio de intelectuales, no debe entenderse como un sin sentido, sino que este se vuelve una decisión lucida ante tiempos inciertos donde él sin sentido

se ha vuelto el principal motor de la modernidad, provocando que algunos intelectuales decidan acabar con su propia vida. Por lo cual, el intelectual no solo atenta contra el yo individual del sujeto, ni agrede exclusivamente al que se mata, sino que también “atenta y agrede a esa sociedad que rechazó al eliminarse de ella y que, a su vez, fue causa muda de su decisión” (Berengueras, 2018, p. 18). En otras palabras, este acto no solo debe entenderse como una forma de escapar de la vida, sino que se transforma en un acto de profunda expresión donde se expresa una inconformidad o decepción de la sociedad en la que se vive.

3.4 Los dilemas del suicida como falta de respuesta de la modernidad

Al comprender por qué el suicidio de los sectores intelectuales debe considerarse como una reacción contracultural es momento de poner sobre la mesa otro tema relevante en relación con las principales opiniones que engloban este acto dentro de la sociedad y forman parte de un dilema. Si bien, el suicidio se presenta como un problema social y para evitarlo los alegatos del tema hablan de este con valoraciones negativas, es decir, estigmatizándolo. De igual forma es de suma relevancia mirar a aquellos discursos contrarios, es decir, los que romantizan el acto. Y este es el propósito de este capítulo, desentrañar las visiones en torno al suicidio.

Como se vio anteriormente, uno de los discursos más férreos y efectivos que estigmatizaron al suicidio está sucedido por el desarrollado del catolicismo en occidente cuyo auge más importante fue durante la edad media, por otra parte, desde la edad antigua ya existían autores que escribían y justificaban al suicidio como la solución a los malestares vividos del ser. No obstante, es relevante cuestionarse sobre qué hace que un acto sea rechazado o aceptado por la sociedad, puesto que en la actualidad el número de suicidios va cada vez más en ascenso, independientemente de si se trata de los sectores intelectuales o de la población en general. Por lo que se debe hablar de una normalización del suicidio con la que la sociedad ha aprendido a convivir.

En un análisis que hace **Alexis Sossa Rojas (2011)** sobre Michel Foucault rescata a la *economía política de la verdad* que en otras palabras se trata de la verdad como un discurso científico:

Lo que interesó a Foucault fue ver como existe una producción de discursos verdaderos, a modo de ejemplo, llamar “desviados” a alguien tiene consecuencias diferentes de llamarlo “enfermo”. De ahí la importancia que Foucault le da a los discursos y a sus cambios en la historia. [...] Las relaciones de la verdad son relaciones de fuerza inherentes a las prácticas que se observan y codifican en los efectos de su propio movimiento. [...] Foucault propone que la verdad está en estrecha relación con las relaciones saber-poder. El poder se encuentra en el hombre mismo, no es algo externo que lo oprima o lo esclavice [...] si Foucault cambia la mirada al poder, lo hace para demostrar que la construcción del conocimiento, de la verdad y la propia subjetividad, no son ni universales, ni azarosas [...] en consecuencia el poder es la capacidad de conducir conductas, de hacer circular a la gente por un camino determinado, sin por ello ejercer algún tipo de violencia. El poder es una fuerza que en esencia es productiva, puede conseguir la conversión del espíritu y el encauzamiento de la conducta de los individuos (p. 3-4).

El suicidio por mucho tiempo fue considerado una actitud de desvío, aunque, ahora podemos decir que fue la producción de la verdad del poder eclesiástico lo que provocó que aquellos suicidas fueran catalogados como desviados. El poder como un ente capaz de transformar un hecho o actitud en algo aceptable o reprobatorio nos lleva a una respuesta más profunda, aunque, al mismo tiempo abre el paso a la reflexión. A pesar de que el suicidio desde siempre ha sido un tema profundamente sensible y difícil de investigar, no puede escapar el hecho de que día con día se está normalizando más y más, por lo que se debe colocar la mirada en la sociedad en la que nos estamos convirtiendo. Son muchas las razones por las que los individuos deciden terminar con su vida, es cierto; en cambio, aquí queremos puntualizar uno de tantos problemas sociales: la indiferencia o apatía que invisibiliza al *otro*.

Estamos en un escenario que se encuentra plagado de una exaltación de un Yo “peculiar” algo que autores como **Guzmán Toro (2004)** han llamado la *individualidad narcisista* consecuencia de la vida virtual y fría que ofrecen los cambios tecnológicos y que ha desencadenado en un hedonismo que rinde culto a un tipo de individualidad que resulta ya no ser un individualismo competitivo a la manera de las sociedades modernas capitalistas tradicionales, se trata de un individualismo hedonista en donde la competitividad representa un *sin sentido* porque el *Otro* no interesa o siquiera logra afectar a los sujetos:

Una forma de violencia que se ha acrecentado en los últimos años, son los intentos suicidas que son la expresión de tendencias autodestructivas, en que [las personas] son atrapados con mayor frecuencia en los oscuros brazos de Tanatos como consecuencia de una impulsividad efímera en que el individuo se quiere matar sin querer morir, para observar si genera alguna reacción “del otro” a su alrededor, como si quisiera asistir a su propio funeral (Guzmán, 2004, p. 111).

Estamos frente a la normalización del suicidio en la que una explicación a este hecho puede ser un último acto de profunda expresión ante diversos factores: la inconformidad, el desencanto, la falta de empatía de ese *Otro* quien parece incapaz de ver más allá que de sí mismo. Aunque, la normalización es solo un vértice de este problema social, ahora es momento de cuestionar sobre cómo es que el suicidio hoy más que nunca se encuentra entre el mundo de la estigmatización y la romántización, y para ser más específicos ¿Para quién es estigmatizado y para quien es romantizado tal acto? Lo que nos llevaría en un primer momento a tratar de ir desde lo general hasta lo particular, al comenzar de esta forma resulta posible sintetizar las consecuencias del proyecto modernizador expuestas a lo largo de todo este trabajo.

Marshal Berman escribe en su obra *Todo lo sólido se desvanece en el aire* como las sociedades a través de procesos sociales, científicos, económicos y políticos se han incrustado en el escenario de un nuevo paradigma y nos acerca a entender la experiencia de la modernidad en relación del tiempo, del espacio, del ser humano mismo y al mismo tiempo de su interacción con otros, de las posibilidades, pero también de los peligros que

acechan al escribir lo siguiente que: “Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos” **(Berman, 1988, p. 1)**. Nos retrata el inicio de una época donde los metarrelatos englobaron a la superación universal del hombre por medio del desarrollo y del progreso algo que no podemos negar se ha cumplido en gran medida, pues solo con girar la mirada a nuestro alrededor observaremos los grandes espacios contruidos de concreto sólido, los inventos que nos facilitan la vida diaria o el avance de la medicina por poner algunos ejemplos. Al mismo tiempo, Berman a través de los trabajos de Goethe, de Marx o Nietzsche nos presenta que los ideales universales de individualidad (construcción de yo), felicidad, fraternidad, libertad etc. se vieron relegados a un segundo plano cuando el desarrollo y ascenso capitalista comenzaron a impregnarse en la vida social diaria dando prioridad en primera instancia a las necesidades económicas y, es sobre el eje económico de acumulación y consumo que sale a relucir que aquellos objetivos iniciales tan exaltados del racionalismo durante el siglo XIX ya no eran el centro del desarrollo y el progreso. Es decir, una nueva etapa de la modernidad había nacido y que en Zygmunt Bauman encontraremos como la transición a la Modernidad Líquida en donde las sociedades se levantarán sobre estructuras flexibles fáciles de destruir para construir algo nuevo. El telón se abre y da paso al periodo de las sociedades livianas.

*[...] “Derretir los sólidos” significaba, primordialmente, desprenderse de las obligaciones irrelevantes que se interponían en el camino de un cálculo racional de los efectos; tal como lo expresara Max Weber, liberar la iniciativa comercial de los grilletes de las obligaciones domésticas y de la densa trama de los deberes éticos; o, según Thomas Carlyle, de todos los vínculos que condicionan la reciprocidad humana y la mutua responsabilidad, conservar tan sólo el “nexo del dinero”. A la vez, esa clase de “disolución de los sólidos” destrababa toda la compleja trama de las relaciones sociales, dejándola desnuda, desprotegida, desarmada y expuesta, incapaz de resistirse a las reglas del juego y a los criterios de racionalidad inspirados y moldeados por el comercio, y menos capaz aún de competir con ellos de manera efectiva **(Bauman, 2004, p. 10)**.*

La sociedad líquida de la que nos habla Bauman a costa del desvanecimiento de las sociedades sólidas comienza a ser visible desde los años 60's del siglo XX, es el inicio de un escenario volátil: cambiante e inestable más propenso a los cambios apresurados que amenazó y destruyó el sentido de la certeza con la que los humanos se dirigieron por mucho tiempo y que los coloca en un plano incierto. Otro de los aspectos que resultan relevantes de esta sociedad líquida es precisamente la transformación de las relaciones interpersonales pues, más que nunca fueron sometidas a cuestionamiento las formas de crianza en la familia, las relaciones matrimoniales, temas como la sexualidad etc. En cuanto a estos aspectos debemos tener en cuenta que los vínculos sociales pierden el sentido de la responsabilidad y del compromiso, es decir, se vuelven más ligeras, porque aquellos sentimientos que representan un peso van a ser despojados por el individuo quien se resiste a trabajar sobre una solución para no perder cierto vínculo, simplemente lo olvidará. En síntesis, la liquidez de la que nos habla Bauman provoca instituciones ligeras, fáciles de derribar, esta ligereza de la realidad envuelve a las sociedades en un torbellino de crisis, es decir, las crisis se vuelven parte de la vida diaria adoptando una existencia sustentada en que todo aquello que resulta ser pesado puede ser rechazado, evadido, cambiado o tirado por la borda, pero que coloca al sujeto en un mundo *sin sentido* que se vuelve sentido.

En un plano incierto, donde la vida cultural según **Martha Olivares (2016)**, se caracteriza esencialmente por tres tipos de excesos: de tiempo, de espacio y de individualismo.

El exceso de tiempo [referido] a la aceleración de la historia y a la sobreabundancia de acontecimientos. El exceso de espacio [referido] a la planetarización y multiplicación de los “no lugares” [...] Por último, el exceso de individualismo observable en la prevalencia del narcisismo, de las historias individuales sobre lo colectivo, en el aumento de las autorreferencias y en las patologías del consumo (p. 105).

Un contexto en que los humanos parecieran que poco pueden hacer más que intentar adaptarse o aprender a sobrellevar las crisis, en donde el proceso de modernidad

ha resultado ser benéfico en cuanto a los avances tecnológicos y la mejora en “el estilo de vida”, pero que, al mismo tiempo, no ha podido responder a las necesidades de todos, lo que abre el camino a un dilema: este se trata de la coexistencia de la negación a manera de estigmatización del suicidio y la aceptación en una forma romántica como un acto que llega a ser justificable cuando el sujeto no halla en el mundo terrenal aspectos como la libertad o la felicidad. Es indudable que para una sociedad encaminada hacia el desarrollo y progreso los sectores intelectuales son fundamentales para alcanzar dichos propósitos y que la pérdida de una mente brillante (en un acto de suicidio) es lamentable y es resentido por ciertos círculos sociales en diferentes niveles, ya que el intelectual pocas veces pasa desapercibido si este ha sido dotado de un carácter carismático.

Por otra parte, dos conceptos que pueden relacionarse con respecto a la condena y a la aceptación del suicidio tienen lugar en la biopolítica y la necropolítica. El primero referido a la gestión de la vida, es decir, “a la manera como se emplean formas políticas de administración de la vida de una población (natalidad, salud etc.) [...] operado a través del biopoder para producir productividad, en el primer caso: en una persona, en un segundo: en toda la sociedad” (**Sossa, 2011, p. 5**). Lo que refiere que las normas se inclinan a proteger la vida, en este sentido se puede argumentar que el suicidio es condenado desde esta visión, ya que castigaría a quien ha influido directamente en el suicidio de un sujeto, tal es el del ciber-acoso. El suicidio representa un fallo que pone en riesgo la productividad, es decir, cada sujeto representa una mano productora que con el suicidio se pierde, es así que el intelectual tiene el rol de ser creador, portador y difusor de conocimientos y con su muerte la cadena sufre un desequilibrio, por lo cual las valoraciones del acto se inclinarán a ser negativas y se contraatacará con discursos que apelen a proteger la vida de los individuos.

El concepto de necropolítica contrapuesto a la biopolítica y “referido a las políticas de gobierno que facilitan o permiten la muerte como un dispositivo de control de la población. Una política del poder que pretende decidir quién muere y cómo [...]” (**Brenna, 2021, p. 27**). Si bien el concepto de necropolítica funciona como un sistema de control asociado al fenómeno de las pandemias globales, este puede ser asociado al fenómeno

del suicidio, lo que puede explicado mediante lo que **Jorge e. Brenna (2021)** expone al decir que

la expresión mínima de soberanía recae en el poder en términos de su capacidad de dictar quién puede vivir y quién debe morir [...] va de la mano con el concepto de necroeconomía, ya que una de las funciones del capitalismo actual es producir población excedente a gran escala, cuando esa población ya no es susceptible de ser explotada [...] una manera de administrar estos excedentes es exponerlos a todo tipo de riesgos a menudo mortales (p. 28).

En la actualidad las personas se encuentran expuestas a la mercantilización de absolutamente todo, el mercado vende ideas y temas entre ellos, el suicidio a través de la música, la literatura, el arte, el cine etc., donde el suicidio aparece como una opción ya no de cobardes, desviados o pecadores sino como la expresión de una profunda tristeza de la vida que ha aprisionado al ser, en donde quitarse la vida es justificado mediante la expresión de sentimientos -como la melancolía, la ira, el desencanto, el desamor, el resultado de una vida decadente o la lucidez sobre una realidad que no ofrece nada más que un sin sentido-, a partir del relato o descripción -metafórica o no- de una historia que se dirige de forma voluntaria hacia la muerte.

Sobra decir que el suicidio no es ningún juego para él suicida, ya que este es un proceso que puede resultar un hecho meticulosamente planeado porque conlleva la aceptación de la muerte como la única y más efectiva opción a la solución de los malestares o como la expresión resultante de una vida que se enfrenta al vacío, así como lo expresa Virginia Wolf al decir:

Todo acaba en la muerte [... entonces] estamos conformados de tal manera que diariamente necesitamos minúsculas dosis de muerte para ejercer el oficio de vivir. Todo acaba en muerte [...] Solo quiero pensar qué la muerte es parte de la vida, porque la gente muere cada día, se muere en la mesa, o así, en los bosques otoñales; y con las hogueras chisporroteando. Es por eso que la muerte siempre me acompaña y al decir verdad me domina, pues definitivamente estoy muerta (Interpretación de Orlando, en Entrevistas ficticias, Capítulo 2, p. 76).

O con la aceptación de la muerte, que siempre presente se encarga de recordar que es un destino inevitable y un recordatorio de lo frágil que es la vida, excelentemente expresado por Hemingway de una forma agria:

Opino que la muerte es una buena porquería. Porque nos llega desde que nacemos en pequeños fragmentos que apenas denuncian que ya ha entrado. Y en estos tiempos que corremos a veces llega en forma atroz. Puede surgir de un vaso de agua sin hervir; de la picadura de un mosquito; o puede llegar con el trueno enorme, clamoroso, al rojo vivo, en el que hemos vivido. Llega con los minúsculos chasquidos que preceden al empleo de las armas automáticas. O con el humeante arco que describe la granada, o la aguda caída y explosión de un mortero. Por ejemplo, yo la he visto venir, ampliándose en el espacio al salir del soporte de las bombas, cayendo con esa extraña curva. Aparece con el choque metálico del coche lanzado a toda velocidad o el simple despiste en una carretera resbaladiza. Viene para la mayoría de las gentes mientras están en cama, lo sé, como la antítesis del amor. Yo he vivido con la muerte durante casi toda mi existencia (Interpretación de su obra Por quién doblan las campanas en Entrevistas ficticias, Capítulo 2, p. 79).

Romantizar significa tomar un evento y convertirlo en algo sumamente épico, convertirlo en una moda o en algo a seguir, ese es el peligro de la comercialización del suicidio porque entra a la psique de las personas como si se tratase de un parásito que puede ser capaz influir o ser determinante en el suicidio del sujeto que ha sido consumidor de este tema. Por otra, parte el suicida romantiza su suicidio y vuelve de este el último acto que merece la pena una planificación cuyo resultado sea una muerte efectiva por lo que podrá todo su esfuerzo en idear la forma de que el desenlace sea exitoso. Virginia Wolf se aseguró llenar sus bolsillos de piedras para hacer más difícil que lograra sobrevivir en aquel río. Van Gogh se cercioró de estar en un lugar aislado parecido al paisaje de su cuadro “El Segador” expresando de este que:

[...] El campesino es un símbolo importante porque refleja en él la tranquilidad del día para alejar el miedo de la muerte por la noche... yo, veo en aquel segador una

vaga figura que lucha como un diablo en pleno calor por acabar su faena, veo en él la imagen de la muerte... Pero en esta muerte no hay nada triste, pasa a plena luz, con un sol que inunda todo de un brillo de oro puro **(Van Gogh, Entrevista ficticia a Van Gogh, Capítulo 2, p. 72).**

Tal vez Yukio Mishima podría ser la máxima expresión de romanización de un acto de suicidio con la que cuenta este trabajo, ya que este intelectual fue consciente que su anhelo por el retorno de la tradición cultural más pura de la sociedad japonesa era parte de un sueño irrealizable, por lo que Mishima, pronto descubrió el rumbo y desenlace de su vida: el suicidio a la manera del Samurái y dice lo siguiente:

La idea de mi propia muerte me hacía estremecer con un placer desconocido. Tenía la sensación de poseer todo. No era nada extraño porque es justamente mientras estamos engolfados en los preparativos cuando nos hallamos en completa posesión de nuestro viaje hasta el último detalle. Después, sólo nos queda un proceso, el proceso de perder nuestra posesión. Esto es lo que hace absolutamente inútil eso que llamamos "viaje". Mi deber es morir antes de abandonar mis ideales y de aceptar el yugo occidental, el Seppuku como el camino del samurái a la muerte es una manifestación de coraje, valor y determinación a esto me ha llevado los temas que me han obsesionado en vida, es inevitable **(Mishima, en Entrevista ficticia, Capítulo 2, p. 84-85).**

A lo largo de este apartado hemos revisado y entendido porque que uno de los dilemas a los que se enfrenta la sociedad con respecto al fenómeno del suicidio es la romántización y la estigmatización que coexisten en un mismo escenario cultural plagado de tres tipos de excesos: de tiempo, de espacio y de individualismo, por lo que la normalización de este acto está precedida por la apatía del individualismo narcisista.

Finalmente, este capítulo se ha enfocado en conocer la experiencia del intelectual en el escenario de la modernidad y la convergencia de sus opiniones en el desencanto. Por otra parte, era indispensable exponer porque este trabajo considera que el suicidio debe ser considerado una reacción contracultural al transgredir las normas socioculturales que han sido impuestas colectivamente. Y finalmente, fue necesario

visibilizar un dilema que gira en torno a estigmatizar y romantizar el suicidio de tal manera que, por un lado, se hacen estrategias para evitar que los números de suicidios disminuyan mientras que se expone a las personas al consumo del suicidio a partir de la difusión de elaborados planes de márketing que resultan ser seductores

Conclusiones: hallazgos y resultados

El objetivo de esta investigación fue conocer las variables socioculturales que intervienen en las decisiones de los sectores intelectuales para cometer actos de suicidio y los efectos tienen –buscados o no—en la opinión pública en términos de actitudes, creencias y prácticas culturales que normalizan, estigmatizan o romantizan el suicidio en la época moderna. Por lo cual, se procedió en un primer momento a bosquejar el concepto de suicidio a través de un rastreo histórico en el que se ha hallado que la significación y valorización de tal acto ha variado a través del tiempo entre la estigmatización y la romanización en los diversos contextos socioculturales. Generando así que el suicidio se vuelva por sí solo un concepto cargado de una serie de ambigüedades, ya que la forma de comprenderlo o concebirlo resulta influido por la disciplina que lo estudia. Pero, es un hecho que para comenzar a comprender al suicidio es importante entender la muerte, que como también hemos revisado su significado ha variado entre la trascendencia, la liberación y el castigo siendo este último una resolución de la inestabilidad social producto de guerras, epidemias o pandemias, etc.

Dicha variación del concepto permitió que pudiéramos hacer una taxonomía que no dependiera únicamente de variables psicológicas o médicas, sino que integrará aspectos sociales, económicos, filosóficos y culturales. Dichas variables a nuestro entender son igual de relevantes para explicar el suicidio porque demuestran que un acto que a simple vista parece ser una decisión individual resulta no serlo. Pues, cuando él individuo toma la decisión de acabar con su vida, su resolución está influenciada por factores externos a él que lo han conducido a un trágico resultado.

Ahora bien, con el ascenso de la modernidad surgieron nuevos paradigmas y promesas que planteaban una mejor vida para las personas por medio de la racionalización. En cambio, mientras la modernidad avanzaba y esta se inclinaba al progreso y desarrollo por medio del avance industrial y económico las promesas de libertad, fraternidad o felicidad fueron quedando en el olvido. Lo que provocó el cuestionamiento y desencanto del proceso modernizador ante las crisis constantes que sumergen a las sociedades en un estado de anomia o desequilibrio que ya hemos revisado con anterioridad en el capítulo 2, al mismo tiempo se creó una resistencia de

diversos sectores quienes trataron incansablemente de explicar, exponer y detener el avance de estas nuevas estructuras tan depredadoras.

Entre estos sectores se encontró al sector intelectual quien, a partir de las dos grandes Guerras Mundiales y las consecuencias devenidas de estas, optó por expresar su descontento de dos maneras y que ya se ha expuesto con anterioridad, la primera: fue centrar sus estudios en una crítica rotunda a la modernidad. Sin embargo, los sectores intelectuales también optaron por expresar su descontento a través del suicidio, lo que lo vuelve un acto centrado en la lucidez y la aspiración en la libertad, es decir, se toma la decisión de acabar con la propia vida porque esta se ha transformado una prisión de la que es necesario escapar, volviéndose así un acto contra cultural ante la incertidumbre de la modernidad.

A lo largo de toda investigación hemos encontrado diversas dificultades, quizás la más importante ha sido lo referente a nuestro objeto de estudio (el suicidio de intelectuales), ya que al tratarse de personas no vivas se ha optado por la elaboración de las entrevistas ficticias en los que a partir de un arduo trabajo de revisión de sus diversas obras se ha intentado buscar una respuesta del intelectual sobre su decisión de quitarse la vida, donde la parte más difícil ha sido desentrañar de entre todas sus obras aquellas pistas que revelaran a la persona detrás de la obra.

En síntesis, el suicidio en la modernidad varía según el individuo; sin embargo, existen variables sociales, culturales y económicas que orillan al sujeto a morir, pues la decisión de acabar con la propia vida no es producto únicamente de un estado mental patológico como la locura, también se puede explicar a partir de la falta de oportunidades que dejan al individuo sin alternativas y lo desalentará a seguir existiendo. Sin embargo, socialmente el suicidio ha tomado dos vías en la opinión y reacción pública, la primera vía; es estigmatización, en la que la sociedad un acto de repudio cree que el suicida es un pecador, un cobarde, un desviado. No obstante, existe un segundo panorama en donde el suicida es romantizado y justificado al punto en que su decisión se vende como única forma de escape ante los pesares o malestares del alma no solo de este sino como un posible ejemplo a seguir. Dentro de una modernidad avanzada el individuo debe de adaptarse a los ritmos y reglas culturales y sociales y encontrar un sentido a su existencia

o verá en el suicidio una alternativa para escapar de la infelicidad. Lo que es un hecho es que en muchos de los casos de suicidio, al morir no está deseando la muerte en sí, más bien está huyendo de la vida, una vida donde el sistema y desarrollo económico ha aprisionado a las personas en ambientes laborales, sociales y culturales que han conseguido limitar la capacidad de reacción y que cada vez más han robotizado y deshumanizado la mente y cuerpo, y es de eso de lo que muchas veces se intenta huir.

Bibliografías

Abderrahmane, T. (2012). “El espíritu de la modernidad y el derecho a la creatividad”, en *Eikasía: Revista de Filosofía*, año V, 38, mayo.

Amador Rivera, Gonzalo H. (2015). “Suicidio: consideraciones históricas” en *Revista Médica La Paz*, 21(2), 91-98. Recuperado en 18 de agosto de 2022, de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1726-89582015000200012&lng=es&tlng=es.

Aristóteles. (1985) "Ética a Nicómaco Trad. J. Palli, Editorial Gredos, Madrid.

Artaud, A. (2008). *Van Gogh el suicidado por la sociedad*, Revista literaria Katharsis. recuperado de https://revistaliterariakatharsis.org/Artaud_Van_Gogh.pdf

Atria B, R. (1997). *La sociología actual y el espíritu de la modernidad*. Santiago, Chile: CPU, pp. 75-96.

Balestrini, M. (2020). Marco metodológico. *Caracas. Venezuela: BL Consultores Asociados. Obtenido de <http://virtual.urbe.edu/tesispub/0094671/cap03.pdf>*.

Barrena, S. (2014). “El pragmatismo” en *Revista de Filosofía Factótum*, ISSN 1989-9092, núm. 12, España, pp. 1-18.

Bauman, Z, (2004). *Modernidad líquida*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Bauman, Z. y Bordoni, C. (2016): Estado de crisis. Barcelona: Paidós.

Beltrán, A. F. J. (2015). “La construcción de la epidemia de suicidios: interpretaciones y confrontaciones de los letrados en torno a sus causas sociales. Ciudad de México, 1830-1876”, en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, ISSN 2322-9381, Núm. 5, pp. 60-82.

Benjamin & Scholem (2011). “Correspondencia 1933-1940”, trad. Rafael Lupiani, Madrid, Trotta.

Bennett, A. (2001), Cultures of Popular Music, United Kingdom, Open University, After Subculture: Critical Studies in Contemporary Youth Culture, London, Palgrave Mcmillan.

Berengueras, M. (2018). *Suicidio. La insoportable necesidad de ser otro*. México, Universidad Autónoma de Morelos-Porrúa.

Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid. Siglo XXI

Bobbio, N., Matteucci, N. & Pasquino, G. (2007). Diccionario de Política. México: Siglo Veintiuno Editores.

Boeri, Marcelo. (2002). “Sobre el suicidio en la filosofía estoica”. Revista HIPNOS, año 7, Nro. 8, 1er semestre, São Paulo, pp. 21-33.

Brenna, J. (2010). “La sociología líquida de de Zygmunt Bauman” en *VEREDAS ESPECIAL*, UAM-Xochimilco, México, pp. 15-32.

Brenna, J. (2021) “Gestión de la vida... administración de la muerte. Biopoder, biopolítica y Necropolítica en la pandemia global de 2020” En: COMBONI Salinas, Sonia y Jorge E. Brenna Becerril (coordinadores), en *La teoría social frente al espejo de la pandemia global*. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 1ª edición, noviembre del 2021, pp. 19-37.

Camus, A. (2005) *El mito de Sísifo*, Buenos Aires, Alianza.

Cárdenas, B. L. (2019). “Yukio Mishima: Escribir hasta la muerte” en *Cultura inquieta*, en <https://culturainquieta.com/es/pensamiento/item/15755-yukio-mishima-escribir-hasta-la-muerte.html>

Careaga, Gabriel. (2015). Crisis de la modernidad: un asalto a la razón. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales; Vol 36, No 140, 1990. Recuperado de <https://repositorio.unam.mx/contenidos/55804>

Chueca, G. F. (2001). “La ciudad antigua” en *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2da reimpresión, pp. 24-65.

Cioran, E. M. (2010) En las cimas de la desesperación. Barcelona: Tusquets.

Comboni y Juárez (2015) “La educación como proceso de interculturalización. una vía hacia las pedagogías insumisas” en *Pedagogías insumisas Movimientos político-*

pedagógicos y memorias colectivas de educaciones otras en América Latina, México, UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA EDUCACIÓN PARA LAS CIENCIAS EN CHIAPAS, A.C. JUAN PABLOS EDITOR. pp. 385-417.

De Madrigal, A. (2017). Religión: Edad Media. [online]. Recuperado de:
<https://edadmedia1blog.wordpress.com/religion/>

Delgado, R. M. (1998). “Dinámicas identitarias y espacios públicos”, en Revista *CIDOB d’Afers Internacionals*, núm. 43-44. Páginas 17-33.

Derrida, J. (1998). Aporías. Barcelona, España: Paidós.

Dezcállar R. (1984). Contracultura y tradición cultural, en Revista de estudios políticos, ISSN 0048-7694, N° 37, págs. 209-238

Dias Angelo De Souza, A. J. (2018). “Muerte y representación en la Edad Media: consideraciones sobre la imagen, la iconografía de la muerte y la influencia de la Peste Negra en el surgimiento de los temas macabros”, en *De Medio Aevo*, ISSN: 2255-5889, Núm, 12, pp. 239-258.

Diaz, J. (1999) “Husserl y la cultura europea como crisis de la racionalidad universal”, Laguna: Revista de Filosofía, ISSN 1132-8177, N° Extra 1, (Ejemplar dedicado a: Universalismos), págs. 137-146.

Duby, G. (2013). ESCRIBIR LA HISTORIA. Revista Reflexiones, 25(1). Recuperado a partir de <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/reflexiones/article/view/10745>

Durkheim, É. (2004). *El suicidio*: Buenos Aires: Losada.

Echeverría, B. (1998). La modernidad de lo barroco, editorial Era.

Edvinsson, L. y Sullivan, P. (1996). “Desarrollar un modelo de gestión del capital intelectual”, *European Management Journal*, Vol. 14, No. 4.

Foucault, Michel (1988). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza Editorial, Madrid.

Frutis, Ó. (2017). La muerte en el pensamiento de Séneca: una lección moral. La Colmena, [S.l.], n. 78, p. 45-52. ISSN 2448-6302. Disponible en:
<https://lacolmena.uaemex.mx/article/view/5502>

García, N. R. (2004). “Virginia Woolf: Caso Clínico”, en Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, núm. 92, octubre-diciembre, pp. 69-8, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, España.

García, L. (2016). “Antonio Machado y Walter Benjamín, muertes paralelas” en *Público*, en: <https://www.publico.es/politica/antonio-machado-y-walter-benjamin.html>

George S, (2002). “El concepto y la tragedia de la cultura” en *Sobre la aventura*. Ensayos filosóficos, Península, Barcelona.

Gonthier, F. (1998). “Algunas reflexiones epistemológicas sobre la idea de suicidio en sociología” en. *Revista española de investigaciones sociológicas*, Núm. 81, pp. 117-131. <https://doi.org/10.2307/40183967>

González García, (1992). *Las huellas de Fausto*, Editorial TECNOS, España, ISBN:84-309-22-49-0,

Gordon, Lyndall. (2018). “Virginia Woolf. Vida de una escritora”, Ediciones Alejandría S.A de C.V, mx books, EDS8N, Edición 1st

Graterol, M (1990). “Mas allá del blanco y el negro (Reflexiones sobre la Modernidad y Postmodernidad)” en *Revista FACES*, núm. 5, en
<http://servicio.bc.uc.edu.ve/faces/revista/a2n5.htm>

Grimson, A. (2018). *Argentina y sus crisis*; Nueva Sociedad; Nueva Sociedad; 273; 3-2018; 1-19. Recuperado de: <https://nuso.org/articulo/argentina-y-sus-crisis>

Guerrero D. M. (2019). “Reflexiones sobre el suicidio desde la mirada histórica” en *Psicoevidencias*, ISSN 2254-4046, núm. 55. recuperado de

<https://www.psicoevidencias.es/contenidos-psicoevidencias/articulos-de-opinion/89-reflexiones-sobre-el-suicidio-desde-la-mirada-historica/file>

Hemingway, E. (1980). *Por quién doblan las campanas*. Andres Bello.

Hernández, F. E. et. al. (2012). "Suicidio: el género como factor de riesgo violencia autoinflingida: caso de Mexicali, Baja California. Frontera norte de México", en *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, mayo, www.eumed.net/rev/cccss/20/.

Hernández, I. (2022). "Werther y la moda del suicidio por amor" *Historia: National Geographic*,

Ishihara, S., (1991). *El eclipse de Yukio Mishima*, Titivillus, 1a Edición.

Jabois, M. (2021). "Nunca se pone el sol en las escopetas de Ernest Hemingway" en *El País*, en: <https://elpais.com/television/2021-06-11/nunca-se-pone-el-sol-en-las-escopetas-de-ernest-hemingway.html>

James E. O. (1963). *Historia de las religiones*, Vergara, vol. 1, Barcelona, p. 371.

Kerkhoff, M. (1978). *El Suicidio Estetico (Kaffiot Anasia)*. Diálogos, 31, 39-5

Leonforte, A. y Roiz, L. (2013). "Reflexiones sobre Van Gogh y su obra: ". En *Cuadernos de Historia del Arte*, Año 2013, no. 23, p. 43-71.

Lopez, M. (2009). "El concepto de anomia de Durkheim y las aportaciones teóricas posteriores" en *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. Año IV, No 8. Julio-Diciembre 2009. pp. 130-147.

Macho, T. (2021). *Arrebatat la vida*, ISBN: 9788425442902, Herder

Mantilla, S. M. (2018), *EL ÚLTIMO SAMURAI DE LA MODERNIDAD: Significaciones y símbolos sociales de la Modernidad japonesa en la obra de Yukio Mishima*, PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR, Quito.

Manzo, G., G. I. (2005) "El suicidio desde una perspectiva socioeconómica cultural" en *Cuicuilco*, ISSN: 1405-7778, vol. 12, núm. 33, Escuela Nacional de Antropología e

Historia Distrito Federal, México, pp. 153-171.

Marcuse, H. (1993), El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada, Buenos Aires, Editorial Planeta.

Marcuse, H.(1983). Eros y civilización. Ed. Sarpe, Madrid 1983

Marx, K. (1980). Manuscritos de Economía y Filosofía, 1980, p.109.

Marx, Karl., (2003) “El Capital (Selección de textos)”. Editorial Libertador; Buenos Aires, Argentina.

Mishima, Y. (2006). Lecciones espirituales para jóvenes samuráis, palmyra, España, ISBN: 844-935003-6-4.

Mishima, Y. (2009). *Confesiones de una Máscara*, Revista literaria Katharsis.
https://0201.nccdn.net/4_2/000/000/072/2aa/Confesiones-de-una-m--scara.pdf

Mishima, Y. (2011). *El rumor del oleaje*. Madrid, editorial Alianza.

Mishima, Y. (2012). *Música*. Madrid, editorial Alianza.

Naifeh, S y Smith, G. W. (2011). *Van Gogh. La vida*. Titivillus.

Neira, H. (2018) “Suicidio y misiones suicidas: revisitando a Durkheim” falta completar.

Nietzsche, F. (2014). Así habló Zaratustra. Madrid: Alianza Editores.

Olivares, M. A. (2016). “Los sujetos rurales, globalización y contradicciones espaciales: Lo urbano y lo rural”, en *Sujetos rurales, retos y nuevas perspectivas de análisis*, Beatriz Canabal y Martha Olivares, coordinadoras, Editorial ITACA, UAM Xochimilco, México, pp. 93-120.

Organización Mundial de la Salud (OMS) (2021). Suicidio: Datos y cifras, consultado el 20/07/2022 en: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/suicide>

Pareja, E. (2005). Vincent Van Gogh: The letters, consultado el 15/08/2022 en <http://www.vggallery.com/international/spanish/letters/main.htm>

Pecourt, J. (2016). La reconstrucción de la sociología de los intelectuales y su programa de investigación, Universitat de València, ISSN 2013-9004 (digital), en <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers.2165>

Platón, (2010). Fedon, 1a Edición, **ISBN** 9788424913397, Madrid: Gredos

Platón. (1999). Leyes. Traducción, introducción y notas. Lisi, Francisco. Madrid: Gredos.

Van Gogh (2018). *Últimas cartas desde la locura: ARLES* (octubre de 1888-Mayo de 1889) Ediciones Coyoacán.